

10

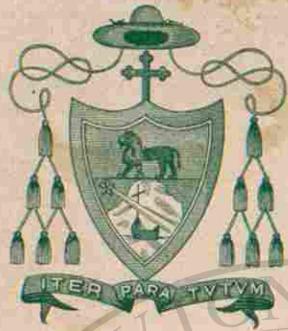
72

CANTON

BT430

B3

003472

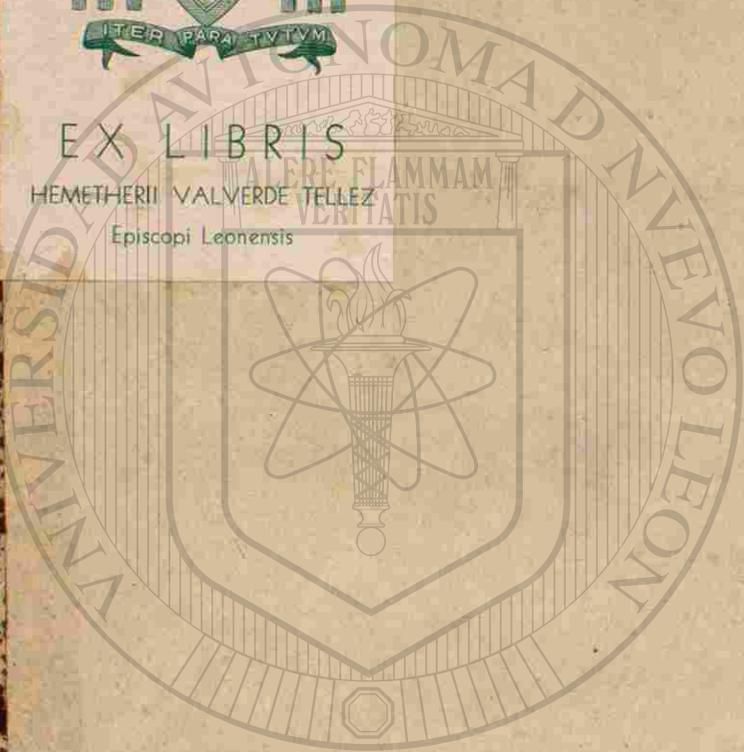


1080014858

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

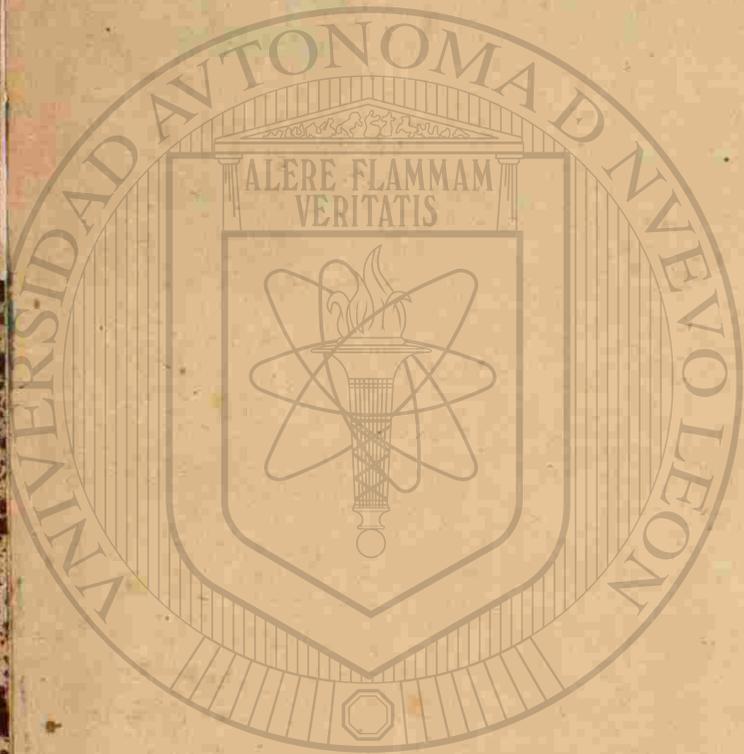


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

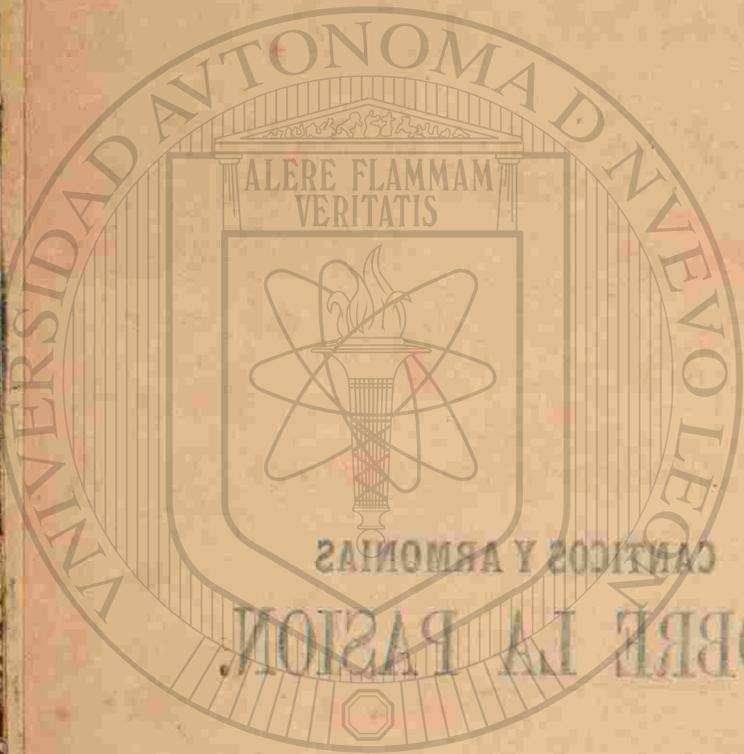
4200



CANTICOS
Armonías sobre la Pasión

CANTICOS Y ARMONIAS
SOBRE LA PASION.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SOBRE LA PASION

CANTICOS

Armonias sobre la Pasion

OBRA RELIGIOSA,
ESCRITA EN PROSA Y VERSO,
Y DEDICADA A LA NIÑEZ

por Refugio Barragan de Toscano

Se comprenden en ella,
los pasajes mas interesantes de la vida
de N. S. Jesucristo,
y las principales parábolas que dijo,
durante su peregrinacion
sobre la tierra.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

C. GUZMAN

Imprenta de José Contreras. Calle de Moctezuma núm. 11

1883

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

VALVERDE Y TELLEZ
BIBLIOTECA

BT 430

B3

CANTICOS



Esta obra es propiedad de la autora, quien se reserva el derecho de reimprimirla.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

1883

JUICIO

emitido por el Sr. Canónigo D. Florencio Parga.

Guadalajara, Julio 27 de 1883.—Sra. D.ª Refugio Barragan de Toscano.—Zapotlan el Grande.

Señora de mi respeto y estimacion:—En debida respuesta á la muy apreciable nota de Vd., por la cual se sirve honrarme inmerecidamente consultando mi parecer sobre el libro manuscrito que me remitió, titulado: CANTICOS Y ARMONIAS SOBRE LA PASION, libro de que Vd. es autora y el cual desea dar á la prensa, si, especialmente por lo que vé á la parte religiosa y moral, no lo encuentro indigno de la publicidad, digo á Vd. que, habiendo leído con detenimiento la mencionada obra, y habiéndola revisado con toda atencion, mi humilde juicio acerca de la misma es el que, con toda sinceridad y franqueza, como debe ser y el caso lo demanda, paso á continuacion á formular de la manera siguiente:

Aunque la recomendable autora de los "Cánticos y Armonías sobre la Pasion" titula así su obra, ésta abraza algo mas de lo que indica ese título, pues no se limita á hablar de la Pasion de Jesucristo, sino que toca y canta muchos otros asuntos de la vida y prodigios del Hombre-Dios.

En lo general esos Cantos, como debidos al númen religioso de una poetisa bien conocida ya en el mundo de las letras por otras producciones literarias, son muy bellos, sonoros, fluidos y de grande aliento; ora porque el asunto que ha escogido la autora, es de suyo grandioso, sublime y poético, cual ningun otro; ora porque está ella poseida de ardiente amor á sus creencias religiosas. Cree y siente lo que dice; y de ahí el que brote naturalmente la inspiracion y la poesía del fondo de su corazon, de incontables disposiciones, por otra parte, para trabajos de esta clase.

Esto por lo que hace al fondo de la obra. No he queri-

003472

do emitir mi juicio sobre el mérito literario de la misma por no considerarme competente en la materia. Cifándome, por tanto, al aspecto religioso y moral, me parece que bajo tal aspecto el libro de Vd. no contiene alguna cosa seriamente censurable. Solo hay que advertir á quien lo leyere que, aunque está calcado en los hechos históricos de la Sagrada Biblia, lo que se lee no es precisamente, sin faltar ni sobrar nada, la historia de esos hechos, sino que es, como la mayor parte de las obras de ese género, la obra de la imaginacion poderosa y creadora con que Dios dota á los verdaderos poetas.

En el libro de que hablo, hay que ver y aun admirar la muy sana y piadosa intencion de su autora; su cuidado en no alterar, hasta donde le es posible, la verdad histórica del Texto en que se inspira; sus esfuerzos en imitar á otros grandes autores del Cristianismo; y por fin, su laudable empeño en pasar sus versos por el crisol purísimo de la idea religiosa y moral.

Juzgo, por lo mismo, que la autora de los "Cánticos y Armonías sobre la Pasion" hará muy bien en dar á la prensa su inspirada obra, y yo de mi parte así se lo suplico. Los católicos podrán leer sin ningun peligro esa hermosa composicion poética; si bien tendrán, como ya se deja entender, que rectificar los hechos en el Sagrado Texto, si quieren conocerlos, no poética sino históricamente.

Tal es mi parecer que acerca de la obra que he examinado me es satisfactorio emitir. Concluyo autorizando á Vd. para que haga de mi presente juicio el uso que le conviniere y protestándole las seguridades de mi respeto y alta estimacion.

Su atento servidor y capellan.—FLORENCIO PARGA.

LICENCIA.

Guadalajara, Julio 26 de 1883.—Me consta que, la obra de la Sra. Refugio Barragan de Toscano, contenida en este cuaderno, el Illmo. Sr. Arzobispo D. Pedro Loza ha concedido que se imprima.—PRESB. RAMON LOPEZ.

DEDICATORIA.

A vosotros, niños y niñas, que cruzais apénas por la alborada de la vida; á vosotros, que aun llevais en la frente las blancas flores de la inocencia, perfumadas con el calor de los besos maternales; á vosotros, que con la sonrisa en los lábios y la cándida alegría en el alma, mirais ante vuestro paso quizá un porvenir que ha de llenaros de felicidad; á vosotros, delicados botones del jardin de la vida, cuajados aun con el rocío brillante de la mañana y acariciados con las madrugadoras sonrisas del alba; á vosotros dedico las presentes páginas. ¡Dichosa yo si alcanzo que grabándolas en vuestro corazon, podais amar aun mas, al que siendo Dios, descendió á la tierra para redimurnos!

Apénas habeis tocado con vuestra débil planta el árido desierto de la vida, y ya podeis formaros una idea de su grandeza y de su poder sin límites, porque todo lo que os cerca obra es de su Mano. Millares de estrellas giran por la noche sobre vuestra casta frente; y ¿cómo podreis mirarlas sin que á vuestro pensamiento, á vuestro corazon y á vuestros lábios deje de asomar el nombre santo de Dios?

En la inmensidad del Oceano vereis escrito ese sagrado nombre con perlas, conchas y corales; en la tierra con perfumes y flores, y en todas partes le hallareis escrito en la grandeza de sus obras, sin que pueda borrarlo ni la misma ingratitud que todo lo desconoce.

¡Benditos seréis por esa Mano creadora, por ese Dios infinito y sabio, si procurais instruiros en la Religion Católica, única verdadera, si aprovechais los beneficios de su Pasion y sabeis agradecerle todo cuanto ha hecho por vosotros! ¡Benditos seréis!

¡El Hijo de María sabrá recompensaros sobradamente con la paz del espíritu, que nunca hallarán los que se apartan de su senda!

Refugio.

Todas las plantas necesitan del sol para su completo desarrollo: el sol de la niñez cristiana, debe ser el conocimiento pleno y firme de las sublimes bellezas de su Religión. ¿Y de qué manera conseguiremos que se graben en su alma esas bellezas sublimes? Ningun medio mejor para conseguirlo, que colocar en sus pequeñas manos buenos libros, pero un tanto amenos y en lenguaje sencillo y claro, para que sin cansarles les diviertan, y divirtiéndoles les instruyan.

El presente libro, que dedico á la niñez católica, está impulsado por ese laudable objeto: he alternado en él, la prosa y el verso, tanto por el ejercicio vario en su lectura, como porque la poesía es una música, y el oído de los niños gusta mucho de ella; y gustando de ella, leerán con agrado un libro en que he tratado de reunir los principales pasajes y parábolas de la vida santísima de Jesucristo, con el único fin de grabarlos en su corazón tierno y puro.

Sin embargo, al espresarme así, no tengo la pretension del mérito, porque demasiado conozco mi inutilidad para las letras; empero me guía el deseo único de cooperar en algo á la fomentación del espíritu religioso entre los niños.

Acostumbrada estoy á manejar el corazón de la niñez mucho tiempo hace; y por lo mismo, creo que mi trabajo no será estéril. Dios que ha guiado mi mano hasta aquí, hará que ella le acoja con alegría y lea con provecho sus mal escritas páginas.

¡Dichosa yo, si tan feliz éxito viene á coronar mis esfuerzos en el difícil cuanto noble trabajo que hoy emprendo!

La Autora.

Cánticos y Armonías

SOBRE LA PASION

INTRODUCCION

JUSTICIA Y CLEMENCIA.

En el principio del mundo, cuando la naturaleza pura y virgen acababa de salir de las manos del Eterno, crió Dios al primer hombre á su imagen y semejanza. Pero viendo que no estaba bien solo, le dió por compañera una mujer, la que fué formada de una de sus costillas, mientras que dormía.

Adán y Eva vivieron felices: eran por decirlo así, dos ángeles á quienes el Señor confería el dominio sobre todo lo que la tierra producía.

Su palacio era un bellissimo jardín, situado entre dos grandes ríos, el Tigris y el Eúfrates.

Las brisas asiáticas besaban con orgullo la cuna de los primeros moradores de la tierra.

El sol dorando las cimeras de los árboles, sa-

zonaba los frutos que debían refrescarles en las calurosas horas del día.

Las humildes violetas, los aromáticos nardos y las elegantes rosas, perfumaban el tapete de flores en que sus pies se deslizaban.

Aves variadas de distintos tamaños y colores, armonizaban con sus alegres trinos los vistosos bosquecillos de arrayanes, donde los cervatillos jugaban en la yerba.

Empero la Omnipotencia Divina quiso probar la obediencia de los padres de la humanidad.

«De todo árbol comereis—les dijo—ménos del que teneis ahí á la vista.»

«Y tened entendido, que si de él comiereis, morireis.»

Aquel árbol era un manzano: su fruta, hermosísima á la vista, incitaba á comerla.

Adán y Eva no debieron nunca haber quebrantado aquel precepto, mucho ménos cuando no tenían que desear nada, puesto que en torno suyo se dejaba ver en toda su virilidad, una eterna primavera, ostentando los frutos más esquisitos, variados y hermosos.

Peró Satanás se había propuesto perderlos.

Un día que Eva se había quedado sola, cerca del manzano, la serpiente tentadora le dijo:

—¿Por qué de todos los árboles has comido y de este aun no pruebas el sabroso fruto?

—Porque mi Dios y Señor—contestó Eva—me ha dicho que de todos coma ménos de éste; pues si tal cosa hiciere, moriré en el instante.

—¡Oh! no lo creais—le dijo Satanás—Dios sabe que si de él comiereis, sereis como dioses, y se abrirán vuestros ojos á la ciencia del bien y del mal; por eso os lo prohíbe: comed sin recelo y sereis tan poderosos y tan sábios como El.

La ambición y la vanidad se apoderaron entonces del corazón de Eva!

¡Creyóse por un momento compitiendo con su Creador; abarcando con una mirada la inmensidad del oceano; empujando con un dedo la gran mole del Universo y haciéndola girar á su antojo. Se figuró sobre las estrellas, viendo estallar á sus pies las tempestades y la estridente vibración de rayo!

¡Su cabeza tuvo un vértigo; aquel vértigo debió ser muy terrible!

Tan terrible cuanto que era la caída de la inocencia; el destronamiento de la gracia; la mancha de la pureza; la fuga de la virtud; el encadenamiento de la libertad; la derrota del espíritu; la muerte del bien en el alma!

Tan horrible cuanto que era la elevación del pecado; la coronación del vicio; el triunfo de la materia; la vida del mal sobre el borrascoso oceano de las pasiones.

Eva comió del codiciado fruto é indujo á su marido á que gustase de él.

La espada de la justicia divina cayó sobre ellos tan veloz como lo había sido su falta al comerse.

Se vieron desnudos, y por primera vez tiñó la vergüenza su rostro y el remordimiento taladró

la tranquilidad de su alma, como un gusano roedor destroza en un momento las flores de un hermoso tiesto.

¡Una terrible maldición pesó sobre ellos y sobre la serpiente que les había seducido!

La espada vengadora de un ángel se interpuso entre los culpables y aquel bellísimo Paraíso, donde la gracia había arrullado con cariñosa mano, su tranquilo sueño.

Sus ojos se llenaron de lágrimas: las puertas de aquel delicioso palacio se habían cerrado para siempre; y solo vieron abierto á sus pies, un abismo terrible, próximo á sepultarles en su pavoroso seno.

Aunque la tierra es vasta, ellos no hallaban un lugar donde reclinar su cabeza, abrasada por el terrible dolor que les causaba la pérdida de la amistad de su Creador.

La tierra que pisaban, cubierta de guijarros, solo presentaba abrojos á sus pies; reptiles que se arrastraban, y cuya venenosa lengua les amenazaba constantemente, cuya mortífera ponzoña podía herirles, y herirles de muerte.

Pero en medio de tanta desolación, conservaban el recuerdo, la fé de una sagrada promesa.

Y así como el náufrago, al luchar con las encrespadas olas que braman en torno suyo, se hace á la tabla, que vé cercana, y no la suelta hasta que se halla en la arenosa playa, salvo de una muerte cierta; de la misma manera, Adán y Eva se acogían á la esperanza de aquella promesa salvadora.

La Justicia del Señor había pesado terrible y grande sobre los culpables; pero su Clemencia había exedido á su Justicia, como se vé en aquellas memorables palabras que el Señor dijo al pronunciar su terrible anatema: «Enemistades pondré entre tí y la mujer, y entre tu linage y el suyo. Ella quebrantará tu cabeza, y tú le pondrás acechanzas á su calcañar.»

Palabras misteriosas en que se anunciaba el triunfo de una Mujer, por el poder de la gracia, sobre el imperio del pecado.

La rehabilitacion de la primer Eva, madre de los hombres y esclava del pecado, por la segunda Eva, María, Madre de Dios y Reina del Universo.

Eva había ofrecido al mundo, en la persona de Adán, el fruto amargo de la muerte; y María le ofrecía el fruto de la vida, en Jesucristo, segundo Adán, y víctima voluntaria de expiacion, en favor de la humanidad.

La Clemencia había superado á la Justicia Divina; y era digna solo de un Dios todo misericordia. ¡De un Dios cuyos brazos están siempre dispuestos á perdonar al pecador arrepentido!

SUPLICA.

¡Oh Dios! centro de amor y de clemencia, cuya justicia nunca deja de ser suavizada por el inagotable tesoro de tu infinita misericordia, y cuya mano, pródiga en dones, está continuamente a-

bierta para tus hijos! Jamás me he sentido tan dichosa como en estos momentos en que mis labios y mi corazón se ocupan en alabarte y bendecir tu santo nombre. Empero tu lo sabes, Dios mío; emprendo hoy un trabajo cuya grandeza supera á mi capacidad: me siento confundida ante esa tu Divinidad Increada, y no puedo menos que acudir á tí, fuente de santa inspiración, para que guíes mi mano, y des á mi pensamiento luz y gracia, para ocuparme dignamente de tí, único bien de mi alma.—Amén.



CANTO I.

ZACARIAS.

Se aceleran los tiempos: todo avanza:
Se acercan ya los venturosos días,
En que la tierra cruzará el Mesías,
En que el sol brillará de la esperanza.

Se preparan las nubes en el cielo
Para llover al Santo de los Santos;
El ángel de la paz eleva cantos,
Marte suspende su terrible duelo.

¡Las naciones esperan! con fé aguarda
El pueblo de Israel á su Deseado;
Y allá en su corazón mira extasiado
La dulce aurora que su dicha tarda.

Todo presagia que cercano se halla,
A descender á la espinosa tierra,
El que jamás en sus designios yerra,
El que todo á su acento lo avasalla.

Apoyando la sien en sus laureles,
Tranquila duerme la indolente Roma,
Descuidada y feliz como Sodoma,
Antes de ver ceniza sus verjeles.

En las altas montañas de Judea
Nace el hijo del grande Zacarias,
Precursos anunciado del Mesias,
Años atras á la nacion Hebrea.

Dos milagros preceden su venida:

¡Nace de estéril madre.....! y porque duda,
La lengua de su padre queda muda,
Al oír de Gabriel la voz sentida.

Voz que resuena aterradora y fría
Del Sumo Sacerdote á los oídos;
Y en cuyos ecos vagos y perdidos,
Esta triste sentencia se envolvía!

«Mudo serás, por descreído padre,
Hasta que nazca lo que te he anunciado,
Lo que por Dios será santificado
Desde el fecundo seno de su madre.

«Mudo serás hasta que llegue el día
En que con gozo á tu Señor bendigas;
Y en el que el nombre de tu hijo digas,
Causa de dicha en la nacion judía.

«Sus hechos el Señor hará tan grandes
Que cruzando los mares y confines,
Resonarán de Helvecia en los jardines,
Y en las nievas montañas de los Andes.

«Será el ángel que clama en el desierto,
Como dijo el profeta Malaquías;

«El que irá preparándole al Mesias
«Entre los hombres escogido huerto. »

¡Calla Gabriel, y entre el nevado incienso
Las lumínicas alas luego tiende,
Y el azulado firmamento hiende,
Y va á perderse en estrellado inmenso!

Sale del Templo el Sacerdote anciano,
En torno suyo el pueblo se aglomera,
Y en medio de tan grande vocinglera
Solo sabe hacer señas con la mano.

Curiosas le contemplan las judías,
Le ven los hombres con asombro hablando;
Al fin todos se alegran murmurando:
¡Vision! ¡vision! ha visto Zacarías!

CAPITULO I.

¡MARIA!

¿Qué haré? ¿tomaré la pluma, confiada en la bondad de María, ó la dejaré?

¡María! su solo nombre dulce como la miel de los panales, suave como los colores de la rosa, tierno como el gorgceo de las alondras, embriagador como el aroma de los lirios, puro y armonioso como el murmulio de la fuente ó como el arrulló de las tórtolas; su solo nombre, música celestial, en que se deleitan los ángeles, impulsa mi mano para que se deslice ligera sobre la tersura del papel!

¡María! yo espero en tu bondad, en tu ternura, en tu misericordia, como espera el náufrago en la tabla que ha de salvarle de las encrespadas olas; como espera el marino el regreso feliz á sus hogares, cuando al caer la tarde, sentado sobre la popa, ve dibujarse el horizonte entre las blancas brumas que se levantan del seno del Oceano

¡María! elevada palmera que se levanta en el desierto de la vida! "¡Plátano plantado en la corriente de las aguas," como tú misma dijiste, hablando de tu ser!

"Vid que brotó pimpollos de suave olor" yo espero en tí que eres mi esperanza!

¡Yo espero en tí, que eres la perla preciosa incrustada en la concha de la gracia!

¡Yo espero! y tengo razon al esperar en tí, que eres mi Madre: porque yo sé que guiarás mi pensamiento y mi mano en esta obra, como la guias-te un dia en mi pequeño poema, "La Hija de Nazareth," el que sin tu auxilio quizá no habria llegado á su última página.

Yo sé que tú, mi Reina, serás para mí la misteriosa nube que guió á los Israelitas por el dilatado desierto de la Arabia.

Yo sé que tú serás para mí la brillante estrella que condujo á los Magos desde la gran ciudad de Selencia hasta el humilde portal de Belen.

¡Yo sé, en fin, que serás el sol á cuya portentosa luz mi pensamiento tenderá su vuelo para cantar las bellezas de tu Hijo celestial.....!

.....
María, hija de la gracia, elegida por Dios desde la eternidad, nació de los santísimos ancianos Joaquin y Ana, descendientes ambos de David por la rama de Zorobabel.

De tres años de edad fué llevada por sus padres al Templo, donde consagró á Dios su virginidad.

Este solo hecho manifiesta la gracia divina de que se hallaba investida la santísima Niña, desde su milagroso nacimiento; porque á mas de hacer un voto que en aquellos tiempos estaba muy léjos de admitirse, se admira que lo hiciera en una

CAPITULO I.

¡MARIA!

¿Qué haré? ¿tomaré la pluma, confiada en la bondad de María, ó la dejaré?

¡María! su solo nombre dulce como la miel de los panales, suave como los colores de la rosa, tierno como el gorgéo de las alondras, embriagador como el aroma de los lirios, puro y armonioso como el murmulio de la fuente ó como el arrulló de las tórtolas; su solo nombre, música celestial, en que se deleitan los ángeles, impulsa mi mano para que se deslice ligera sobre la tersura del papel!

¡María! yo espero en tu bondad, en tu ternura, en tu misericordia, como espera el náufrago en la tabla que ha de salvarle de las encrespadas olas; como espera el marino el regreso feliz á sus hogares, cuando al caer la tarde, sentado sobre la popa, ve dibujarse el horizonte entre las blancas brumas que se levantan del seno del Oceano

¡María! elevada palmera que se levanta en el desierto de la vida! "¡Plátano plantado en la corriente de las aguas," como tú misma dijiste, hablando de tu ser!

"Vid que brotó pimpollos de suave olor" yo espero en tí que eres mi esperanza!

¡Yo espero en tí, que eres la perla preciosa incrustada en la concha de la gracia!

¡Yo espero! y tengo razon al esperar en tí, que eres mi Madre: porque yo sé que guiarás mi pensamiento y mi mano en esta obra, como la guias-te un dia en mi pequeño poema, "La Hija de Nazareth," el que sin tu auxilio quizá no habria llegado á su última página.

Yo sé que tú, mi Reina, serás para mí la misteriosa nube que guió á los Israelitas por el dilatado desierto de la Arabia.

Yo sé que tú serás para mí la brillante estrella que condujo á los Magos desde la gran ciudad de Selencia hasta el humilde portal de Belen.

¡Yo sé, en fin, que serás el sol á cuya portentosa luz mi pensamiento tenderá su vuelo para cantar las bellezas de tu Hijo celestial.....!

.....
María, hija de la gracia, elegida por Dios desde la eternidad, nació de los santísimos ancianos Joaquin y Ana, descendientes ambos de David por la rama de Zorobabel.

De tres años de edad fué llevada por sus padres al Templo, donde consagró á Dios su virginidad.

Este solo hecho manifiesta la gracia divina de que se hallaba investida la santísima Niña, desde su milagroso nacimiento; porque á mas de hacer un voto que en aquellos tiempos estaba muy léjos de admitirse, se admira que lo hiciera en una

edad tan tierna, en una edad en que el comun de los niños, careciendo de reflexion, solo sabe ocuparse de sus inocentes juegos.

Criada y educada en aquel grandioso Templo, donde Salomon desplegó toda la grandeza de su poder, creció como esas violetas silvestres, á las cuales nunca contagia el aliento de las emponzoñadas ciudades.

Su hermosura era tanta que mi mano estaria torpe y mi mente oscurecida para delinearla; báste-me decir: que así como la belleza de su alma sobrepujaba a la de los ángeles, la hermosura de su castísimo cuerpo era el reflejo de la grandeza, del poder de un Padre, que se habia complacido en que su Hija predilecta no tuviera el mas leve defecto ni en su cuerpo santísimo ni en su alma purísima.

A los quince años de su edad, fué desposada con un anciano carpintero, de la estirpe real de David, llamado José; tan pobre, que su trabajo apenas le bastaba para ganarse un corto sustento.

Pero así como era pobre en bienes de fortuna, era sobradamente rico en dones de virtud.

Como María, habia hecho voto de castidad en su juventud, Dios en sus inescrutables juicios preparaba de antemano un esposo digno de las virtudes de ella.

José era humilde como las florecillas de la verbena.

José era casto como las azucenas brotadas milagrosamente en su vara.

José era piadoso como Tobías, apacible como

las brisas de la tarde, resignado como Job, sumiso y obediente á su Dios, como Isaac.

Para enaltecer las virtudes de José seria necesario una pluma como la de Pállés: para cantarlas la inspiracion de Carpio.

Los castos esposos fueron á vivir á Nazareth, patria de la Santísima Virgen.

El trabajo y la oracion eran su ocupacion diaria.

María, á pesar de haberse criado entre las comodidades del Templo, no se desdeñaba de ir á la fuente con su cántara al hombro, ni de amasar el pan con sus delicadas manos.

Una tarde, el sol derramaba como un effluvio de oro, sus últimos rayos sobre los elevados picos del Ararat, del Tauro y del Libano: los pajarillos prontos á recojerse, aleteaban, dejando escuchar á veces sus apasionados trinos, entre los risueños bosquecillos de almendros y de sándalo: el viente-cillo jugaba las copudas ramas del cedro: las mariposas revoloteaban en torno de las nacaradas rosas del granado: perfumes, auras y brisas, todo embellecia la divina tarde de que me ocupo, mientras Jehová con enternecidos ojos miraba hácia la humilde casa de José.

María, hincada en su pequeña estancia, elevaba su alma en amorosa contemplacion. Su voz armoniosa llegaba al trono de la Divinidad, como las notas suaves y melodiosas de una música celestial, cuyas notas llegan á herir de léjos nuestros oídos embriagados.

Derrepente su amoroso éxtasis fué interrumpido

pido por la voz melodiosa de un hermoso adolescente, cuya planta descansaba ó parecia descansar en una brillante nube de plata y ópalo.

¡El embajador del cielo, se arrodilla delante de María!

¿Por qué se arrodilla?

¡Se arrodilla, como se arrodillaría un mensajero ante la hija de su rey!

¿Cómo no arrodillarse ante la Soberana Princesa que antes de mucho ha de llevar en su seno al Hijo del Increado?

¿Cómo no arrodillarse ante la inmaculada Esposa del que hizo girar mil mundos á sus pies?

¿Cómo no arrodillarse el embajador de amor, ante la Mujer de cuyos lábios iba á estar pendiente la Redencion de todo un mundo?

Pero oigamos lo que le dice:

“Dios de salve ¡oh María! llena eres de gracia; el Señor es contigo.”

María se turba; ¿por qué se turba?

¡Porque siendo tan humilde, no se cree merecedora de tan sublimes alabanzas!

Pero á la gran humildad de María siguen estas sublimes palabras, con las cuales el ángel concluye su misteriosa embajada:

“Nada temas, María; un Hijo nacerá de tí, á quien darás el nombre de Jesus, y que será llamado el Hijo del Altísimo.”

María con las manos cruzadas sobre el pecho y la frente inclinada hácia la tierra, llena de profundo reconocimiento, y sin fijarse en la grandeza

á que se veia sublimada por sus altas virtudes, solo permite á sus lábios articular estas palabras: “He aquí la esclava del Señor: hágase en mi según tu palabra,”

SUPLICA.

¡Aquí estoy á tus pies, dulce Señor mio: mi frente unida con el polvo no osa levantarse á tí; mi alma está manchada; en mi corazon solo puede verse la podredumbre de la miseria; en mi cabeza solo han cabido pensamientos vanos.! Conozco que no soy digna ni de estar á tus divinas plantas; pero tú me has dado por protectora á María. Por su santa humildad y obediencia, te ruego que arranques de mi alma la soberbia y el orgullo, para que digna imitadora de ella; no tenga mas vanidad que hacer en todo tu voluntad santísima. Así sea.

LA ENCARNACION.

I.

Era María la escojida perla,
La paloma sin mancha y agraciada,
La que Dios enzalzó porque humillada
En su propia grandeza se miró.

Cada hora que pasaba, cada instante,
Raudal de gracias derramaba en su alma,
Cual suele derramar sobre la palma
Sus rayos de oro el matutino sol.

¡Criatura tan gentil, tan hechicera,
El cetro de un imperio merecía;
Mas un cetro la tierra no tenía
Digno, digno de niña tan gentil!

¿Qué puede haber sobre la tierra impura
Que digno de besar su planta sea?
Ni el sol que de la altura centellea,
Ni las suaves esencias del Abril.

Se avergüenza la luna al contemplarla,
Y el sol oculta su brillante disco,
Y la paloma lánguida en el risco
No se atreve su canto á modular.

De rosa de granado son sus labios,
Y de azucena su torneado cuello;
Y en cada hebra sutil de su cabello
Se vé el oro del Andes fulgurar.

Nunca vió Nazareth sobre su suelo
Criatura mas humilde ni mas bella,
Ni en su sereno cielo vió una estrella
Como la Estrella cándida del Mar.

Quizá la fuente que bañar solia
Su diminuto pie, ya la besaba,
Y quizá su grandeza adivinaba
Cuando iba allí su cántara á llenar.

Quizá el olivo que le daba sombra,
En el pequeño patio de su casa,
Formando pabellon de verde gasa,
Tributo le mandó de adoracion.

Quizá la aurora sus primeros rayos
Mandaba á aquella estancia bendedida,
Donde la Virgen madre adormecida,
Volaba hasta su Dios en la oracion.

Y quizás en ocultos pebeteros,
Los ángeles incienso le ofrecian,
Y quizá por la noche ya venian
Las estrellas su frente á coronar.

Quizá en su casto y apacible sueño
A sus plantas la luna se postraba,
Y un pedestal la nube le formaba,
Y un tierno querubin la iba á besar.

¡Mas hasta aquí! mi mano no es bastante

A describir su espléndida belleza,
Se anonada á su brillo mi cabeza.....
¡Solo un pintor pintárala, que es Dios!
No yo que soy aquí grano de arena,
Pequeño gusanillo de un momento,
Ráfaga de humo que deshace el viento,
Frágil arista que pasó veloz.

¡Ni Carpio con su bíblica armonía,
Ni el profeta David con su arpa de oro,
Ni de dulzura con su gran tesoro,
Pintárala Zorrilla, el español!

Que es dulce cual la miel de los panales,
Humilde como el lirio de la fuente,
Casta como la nube trasparente,
Sencilla como el blanco girasol.

Jehová contempla desde el igneo cielo
A la Niña gentil de quince abrilés,
Cuya alma no manchada en polvos viles,
No tiene entre los ángeles igual.

Y al llegar su santísima plegaria,
Que como incienso hasta sus plantas sube,
Sobre su trono de carmínea nube,
Hácia la tierra se le vé mirar.

Y tiemblan los abismos á sus plantas,
Y á la hija de Joaquin juran encono;
Mas viene un rayo desde el alto trono,
Y con sus alas cúbrese Luzbel.

Y aunque se acerca vengativo y fiero,
Con su aliento á manchar obra tan bella;
No puede nada hacer á la Doncella,

A quien custodia el príncipe Miguel.

II.

Ruedan las espumosas cataratas,
Y las flores de Marzo abren su broche,
El crepúsculo anuncia ya la noche,
El sol poniente está para espirar.

El ánzar blanco de sedosa pluma
Del Sinaí se oculta entre las zarzas,
Y en las ondas del Nilo van las garzas
La punta de sus alas á mojar.

Vuela cual siempre la oracion sublime,
Que de la boca de coral derrama,
Como un efluvio de brillante flama,
La immaculada esposa de José.

Y como siempre al escuchar el eco
De su voz deliciosa y argentina,
Hácia la tierra el Hacedor se inclina
Y mira triste al pueblo de Isráel.

«Baja; dice á Gabriel, y di á María
«Que es su oracion acepta á mis oídos,
«Que cesen de mi pueblo los gemidos
«Que esta tarde á su seno bajaré.

«Dila que su Hacedor está con ella
«Y que es ante sus ojos agraciada,
«Que por eso desde hoy será exaltada
«Sobre todas las hijas de Isráel.»

Su encargo desempeña el mensajero,
Y al escuchar su puro asentimiento

¡Se desprende Jehová del firmamento
Y viene en sus entrañas á encarnar.....
¡Veinticinco de Marzo, agosto dia,
En que se obra el misterio mas sublime,
En que el Dios inmortal que nos redime
Deja del cielo el grande luminar!

Y se hospeda en el vientre de una Virgen,
Portento sin igual, incomprensible,
Que á Dios en su poder no es imposible,
Porque mas de lo que hace puede hacer.
¡Ay! infeliz del que á dudar se atreve
Misterios que de Dios realzan la gloria;
Que son de su poder prenda notoria;
Luz que alumbrá el camino del Eden!

¡Ay! de los hombres míseros é impíos
Que de la Madre atacan la pureza;
El Hijo de esa Madre hará pabeza
Lábios que supo encadenar Satan!
¡Ay! del que solo por el vil capricho
Quiere rasgar el luminoso velo
Con que tantos prodigios cubre el cielo,
Y que la fé nos hace vislumbrar!

CAPITULO II.

"LA PAZ SEA CONTIGO."

Quando el ángel anunció á Maria Santísima la Encarnacion del Divino Verbo en sus purísimas entrañas, le dió la feliz nueva de hallarse Elisabeth cercana á ser madre.

La Esposa de José entró en deseos de ir á visitar á su anciana prima.

Esto no fué para ella un acto de curiosidad, porque su alma exenta de toda mancha, no podia darle cabida á este abominable defecto. Quiso ir porque la caridad le era inseparable; y su corazon bondadoso, tierno y compasivo, la hizo comprender que siendo Elisabeth una mujer entrada en años, necesitaba de aquellas consideraciones y desvelos que solo hallamos en las personas de nuestra familia.

Elisabeth vivia en Hebron; y la distancia de este punto á Nazareth era, segun varios autores, de 69 millas.

Sin embargo, distancia tan considerable, no fué un obstáculo para la ardiente caridad de la Inmaculada Virgen, que de acuerdo con su Esposo, partió para Hebron, en compañía de unos parientes suyos.

El viaje era largo y el camino en algunos puntos casi intransitable; pero María, aunque delicada y tierna como la flor del terebinto, y no acostumbrada á las incomodidades de un viaje como el que entónces hacia, no abría sus nacarados lábios para quejarse del cansancio que necesariamente sentía.

¿Pero esta visita que María Santísima iba á hacer á su prima Elisabeth entraba en los secretos designios del Altísimo?

Indudablemente, sí, supuesto que S. Jnan, preparador de los caminos del Señor, debía ser santificado antes de nacer. ¡Privilegio digno de la grandeza de su destino!

A la dignidad del Bautista convenia una distincion tan señalada como la que iban á otorgarle la gracia de la Madre Virgen y el amor de Dios Niño.

El Bautista no sólo tuvo la dicha de ser santificado antes de nacer por la presencia de la Santísima Virgen, en quien habia tomado ya carne humana el Divino Verbo, sino que mereció por esa misma santificacion, derramar el agua del bautismo sobre la divina cabeza del Salvador.

Es, pues, indudable, que María hizo aquella visita inspirada por un Ser superior.

Cuando la humilde esposa de José se presentó en los umbrales de aquella casa, en que reinaba la abundancia, Elisabeth, avisada por un criado, salió á recibirla.

¿Se puede acaso describir cuál seria el gozo,

la alegría de aquellas santas Mujeres al encontrarse unidas, y unidas por una gracia especial?

Hay placeres que no se definen porque no hay bastantes conceptos para hacerlo. Muy atras de la realidad quedarian las frases que para ello se emplearan; y así como las nebulosas solo aparecen á la vista lejana, como una niebla delgada y blanca ó como una leve sombra, dibujada en la cóncava oscura y diáfana del cielo; así esas alegrías, lejanas por el colorido de la forma que tratásemos de darles, nos parecerian siempre pálidas y oscuras.

María vió apénas á su anciana prima, cuando dirigiéndole una mirada dulce y tierna, dejó salir de sus lábios este sencillo saludo: "La paz sea contigo."

¿Qué pasó entónces en el alma de Elisabeth?

Su rostro sereno y alegre hasta allí, tomó una espresion respetuosa y profética; y avanzando un paso hácia adelante, aunque sin atreverse á tocar con sus manos á la Santísima Virgen, como si un temor respetuoso se lo impidiera, exclamó:

"¡Bendita, tú, eres entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre purísimo!

¿Y de donde me viene la gran dicha de que la Madre de mi Dios y Señor, se digne hoy visitar á su sierva?

"He aquí que al escuchar tus palabras, mi hijo ha saltado de contento.

¡Oh Madre mil veces dichosa y bienaventurada! porque en tí se verán cumplidas todas las

“cosas que prometió el Señor, por boca de sus profetas.”

Al escuchar María las proféticas alabanzas de Elisabeth, inspirada también por la Divina gracia, entonó aquel cántico sublime que usa la Iglesia con el nombre de *Magnificat*.

María penetró después á aquella morada doblemente dichosa, por albergarse ella bajo su techo.

Zacarías manifestó por señas la alegría que le causaba la presencia de María, quien por su parte, apreciaba aquella mudez de Zacarías, como un nuevo prodigio de las glorias de su Divino Hijo.

La mudez de Zacarías tenía asombrada á toda Jerusalén.

Los hombres, las mujeres y los niños repetían con asombro: “El gran sacerdote está mudo!”

“Un prodigio sin nombre, se ha obrado en las personas de Zacarías y de su esposa.”

¡Tenía razón el pueblo al espresarse así!

Elisabeth era anciana, é iba á ser madre.

Zacarías había enmudecido violentamente, cuando se hallaba en el Templo dando culto al Señor.

¿Qué significaba todo esto sino la realización de un grande acontecimiento? ¿Y qué acontecimiento más asombroso podía acaecer que la venida del Mesías, venida que debía tener su verificativo en medio de estupendas maravillas? El profeta Aggeó al hablar de ella, se había espresado así, muchos años ántes: “A la venida del Mesías,

“Dios conmovirá el cielo y la tierra, el mar y todo el universo.”

Ocho siglos ántes, Malaquías había anunciado el nacimiento de un hombre extraordinario por su virtud, y por la misión que desempeñaría cerca del Redentor.

Aquel hombre iba á nacer: aquel hombre sería Juan, hijo de Zacarías y de Elisabeth.

Las profecías comenzaban á tener su verificativo; y pronto aparecería entre los hombres el Deseado de las naciones, el Santo de los santos.

El nacimiento de Juan iba á ser un motivo de alegría para todo el pueblo de Israel, no porque éste tuviese conocimiento de su noble misión, pues era imposible adivinar en aquel niño al gran Preparador de los caminos del Señor, sino porque siendo Zacarías un gran sacerdote, respetado por sus altas virtudes, era natural que el pueblo le amase, y amándole se felicitara con el nacimiento de su hijo.

¡Por eso el pueblo judío esperaba con ansiedad la sonriente y nacarada aurora que alumbraría la cuna de tan ilustre vástago!

¡Empero he aquí que ese día tan deseado toma su luz en el Oriente, y se deja ver risueño para todos, y de inmensa dicha para la casa de Zacarías!

En una rica cuna cubierta por blancas y vaporosas cortinas, se vé un hermoso niño, cuyas manecitas juegan con el blanco lino que le cubre.

María, que aun se halla en aquella suntuosa morada de felicidad, Elisabeth y sus parientes mas

cercanos, deliberan sobre el nombre que darán al precioso niño.

Ocho días han trascirrido desde su nacimiento. Zacarías se acerca al grupo que rodea la cuna: toma una tablilla, y graba en ella el nombre de "Juan." Pero al mismo tiempo siente que su lengua se desata; y en medio del círculo que hacen en torno suyo, la dichosa familia y hasta los criados, cruzando las manos sobre el pecho y elevando los ojos al cielo, entona fervoroso y conmovido, el siguiente cántico:

IBENEDICTUS!

¡Bendito, si, bendito
El Dios de cielo y tierra,
Cuyo precioso nombre
Bordaron las estrellas!

¡Bendito el Dios de Israel,
Bendita su grandeza,
Que dió la libertad
Al pueblo que le espera!
La casa de David
Con él alcanzó fuerza;
Con él halló salud
El hijo que le espera.

Cumplió lo que anunciaron
Santísimos profetas,
¡Por eso su clemencia
Así bendita sea!

Del enemigo libres,
Cual tú, Señor, deseas,
Harás que nuestros pasos
Estén en tu presencia.
Para que así sumisos,
Sirviéndote sin tregua,
Justicia y santidad
Nos des en la existencia.

Y á tí precioso niño,
Tierno hijo que me alienta,
Por gracia del Eterno,
Te llamarán profeta.
De su Hijo primogénito
Prepararás la senda;
Y ciencia de salud
Darás á quien le espera,
En remision de culpas,
De manchas que le afean,
Por la misericordia
De un Dios que es todo ciencia;
Que á visitarnos viene,
Desde su gloria excelsa,
Para alumbrar un mundo
Sumido en las tinieblas;
Y enderezar sus pasos,
Para que rectos sean,
Por el camino santo
Donde la paz se encuentra.

Con un religioso silencio escucharon todos aquel canto profético, durante el cual, el alma su-

blime de María vagó por las regiones del infinito, absorta y arrobada en las grandezas del Señor.

Pocos dias despues emprendió su regreso á Nazareth. La casa de Zacarías pareció desierta con su ausencia: las palmeras de Aín, lánguidas y dolientes, parecieron gemir al alejarse de allí la immaculada Virgen.

Tres meses habia permanecido en aquella santa casa, llenándola de su gracia, y aromatizándola con el perfume de sus virtudes.

¡Como la flor del arrayán, habia derramado en torno suyo la suavidad de su fragancia!

“La paz sea contigo” habia dicho á Elisabeth al pisar los umbrales de su casa, y las mismas palabras habia proferido al abandonarlos.

¡Bendita paz, la que nos alcanza la protección y el amor de María!

Ella se conservará intacta en nuestras almas, á través de las vicisitudes humanas!

Ella enjugará nuestras lágrimas, serenando las tempestades de nuestro espíritu, en las amargas horas de la tribulación!

Ella, en fin, nos conducirá salvos al puerto de la eterna vida!

SUPLICA

¡Oh María! por aquella ardiente caridad que sentiste, cuando atravesando las asperezas de un camino tan largo, como era el que separaba á Nazareth de Hebron, llegaste á la casa de Elisabeth

á prodigarla toda la ternura de tu alma; te suplico me concedas que yo imitadora tuya, solo tenga en mis lábios palabras de dulzura y de bondad, para que mis conversaciones sean siempre arregladas á la ley de tu Santísimo Hijo; para que la paz de espíritu no me abandone nunca. Amén.

CANTO III.

NACIMIENTO DEL MESIAS.

I.

Octavio Augusto, emperador de Roma,
Y señor de la estensa Palestina,
Le dió á Herodes el reino de Judea,
Hombre de alma satánica y mezquina,
Extranjero nacido en la Idumea.

Su padre fué Antipatro, y desde niño
Dió á conocer su corazon perverso,
Porque furioso como leon rujia
Cuantas veces el hado le fué adverso
O la suerte la cara le volvia.

De su sorda ambicion víctima fueron
El Sanedrin y sus setenta jueces,
Su esposa, la bellissima Mariana:
La sangre de Judá regó mil veces,
El sólio de la testa soberana.

A su suegra Alejandra dió la muerte,
Y al Pontífice sábio, al grande Hircano;
Y aun la sed devorando de esterminio,
Contra sus hijos levantó la mano,
Temiendo le usurparan su dominio.

¡En torno de su trono alzó el tirano
De roja sangre altísima muralla,
De cabezas ilustres formó un cerco!
No tuvo su ambicion freno ni valla,
Y al fango del horror se arrojó terco.

¡Hiena voraz, se alimentó de carne,
Y de crimen en crimen fué corriendo!
¡Un mar de sangre sus pupilas ciegan,
Cadáveres sin fin le van siguiendo,
Olas de llanto sus pupilas riegan!

¡Mas qué le importa al monstruo, que le im-
El llanto de la madre, de la esposa, [porta
De la hija, de la hermana, del hermano,
Si asegura la púrpura costosa
Que cubre los delitos del tirano?

Rey extranjero, teme que su cetro
Ambicionado por alguno sea;
Y por esto la sangre corre en rios,
Hasta que tiembla el pueblo de Judea
Y le proclama: "Rey de los judíos."

Se cumple de Jacob la profecía:
Rey extranjero se alza con sus leyes,
Usurpando la púrpura y el solio,
Cual se alzara la Roma de cien reyes
Sobre el poder del viejo Capitolio.

Cirino gobernante de la Siria,

Dispuso que de término en tres días,
 Los que al César tributo le pagaran,
 Sin excepcion de edad ni gerarquías,
 En Belen de Judá se empadronaran.

Era el mes de Diciembre: en caravana
 Hombres, niños, ancianos y mujeres,
 A Belen de Judá se dirigian:
 Solas quedaron casas y talleres,
 Unos iban, y en tanto otros venian.

José el esposo casto de María,
 A las leyes sumiso y obediente,
 Conduciendo á su esposa en un pollino,
 Soportaba las burlas de la gente
 Y la ruda aspereza del camino.

Quién paga su ternura y su pobreza,
 En medio del unánime desprecio,
 Con la risa insultante del soldado;
 Quén les mira al soslallo, y quén mas necio
 Murmura al ver su rostro fatigado.

Mas sufridos los dos oyen y callan,
 Y en su grande humildad se reconcentran;
 Prosiguen su camino sin quejarse,
 ;Y llegan á Belen, donde no encuentran
 Un oscuro rincon en qué albergarse.

Entran á los mesones ;qué tristeza!
 Ni aun el súcio pajar está vacío:
 "Tarde llegais" les dice el mesonero;
 Y arrecidos de sed, cansancio y frío,

Andan de puerta en puerta el pueblo entero.

"Salgamos para el campo," José dice,
 Dios que á los astros señaló una ruta,
 Y que alimenta al pájaro tranquilo
 Bajo las hayas nos dará una gruta,
 Y entre las rosas nos dará un asilo.

Un tapete riquísimo de estrellas
 Derrama su azulada transparencia
 Cuando tristes al campo se encaminan,
 Y con las violas de exquisita esencia
 Los lirios á besar sus pies se inclinan.

Allí no hay hombres de sañuda cara
 Despreciando á los castos peregrinos,
 Ni lengua sin virtud que los denigre,
 Y rechace al que rige los destinos
 Con sus garras satánicas de tigre.

Allí está Dios en toda su grandeza
 Y sin la vil profanacion del oro,
 El murmurio lejano de las fuentes,
 Y los lirios silvestres poro á poro,
 Derramando perfumes á torrentes.

En medio de tan puras armonías,
 Y ya soplando el Noto, helado viento,
 Las ruinas de un establo divisaron:
 Dieron gracias á Dios, y en gran contento
 En aquellos escombros se albergaron.

III.

Las doce de la noche eran en punto
 Cuando la sábia Omnipotencia quiso,
 En medio del silencio mas profundo,
 Hacer de aquel establo un paraíso,
 Naciendo en él para salvar al mundo.

La Virgen trasportada de alegría
 Le tributa en sus brazos mil caricias,
 Le calienta en su seno, le dá besos,
 Le dá de su ternura las primicias,
 Deja sus lábios en su frente impresos.

Rompe el velo que cubre su cabeza
 Y envuelve en él á su precioso Niño,
 ¡Oh! cuál quisiera púrpura de Tiria,
 Cual quisiera mullido y suave armiño,
 Y blanco lino de la rica Siria!

«¿Qué haré, Señor, te aclamaré, le dice,
 «O besaré amorosa tus mejillas,
 «O te daré dulcísimo sustento,
 «O caeré ante tus plantas de rodillas,
 «O arrullaré tu sueño con mi acento?»

José en tanto postrado de rodillas,
 Aquel cuadro divino contemplando,
 Arrobado en sus dulces embelesos,
 Su blanca manecita acariciando,
 Le dá besos, y besos, y mas besos.

¡Con qué santa ternura le contempla

Y cual quisiera en su pobreza suma,
 Ver arder en dorados pebeteros,
 El sándalo oloroso que perfuma
 Los palacios de reyes altaneros.

Si el duro belemita ver pudiera
 La gloria del portal dismantelado,
 A las plantas del Niño se arrojará,
 Porque en cada peñon abandonado
 Millares de querubes contemplara.

Mas ya amanece; con nevada gasa
 Cubre la aurora el estrellado cielo,
 Asoman ya del alba los fulgores,
 Cuando un ángel de Dios tiende su vuelo
 Y llega donde velan los pastores.

«Oid, les dice, mi dichosa nueva;
 «Buscad al Redentor qué hoy ha nacido;
 «Le hallareis sobre pajas reclinado,
 «Entre heladas escarchas adormido,
 «En un pobre portal dismantelado.»

Despiertan las zagalas y zagales
 Y en busca van del prodigioso Niño;
 Entonan en su honor dulces canciones,
 Y llenos de respeto y de cariño,
 Allí le ofrecen sus sencillos dones.

Vuelven cantando á sus humildes chozas,
 A través de los campos y llanuras,
 Y se oye del espacio en la alta flama:
 «Gloria, gloria al Señor en las alturas,
 Y paz al hombre que en la tierra le ama!»

CAPITULO III.

LA CIRCUNCISION.

El sol extendía su capa de oro sobre las escarpadas montañas del magestuoso Líbano, comenzando á derretir las escarchadas hebras que, como hilos de plata, brillaban á lo léjos en las abanicadas hojas de los dátiles.

La gruta de Belen, inundada en la gloria del Dios Niño, parecía derramar torrentes de luz de cada una de sus ruinas: el sol brillaba allí con mas intensidad, como si tratase de agraciarse aun mas la humilde cuna de su Rey: sobre el desmantelado techo y los derruidos muros de ella, las cuajadas gotas de nieve heridas por el sol, remedaban los colores del ópalo, la margarita, el rubí y el amarillo pálido de la perla.

Las palmeras y los cedros aromáticos, movían levemente sus hojas, impelidos por el apacible viento de la mañana.

Sin embargo, tanta belleza parecía estar velada por una melancolía indefinible.

¡María! la incomparable María, sentada en un monton de paja, estrechaba contra su pecho al precioso Niño, cuyos ojos garzos se hallaban fijos

en el blanco y ovalado rostro de su casta Madre, mientras sus manecitas salpicadas de pequeños y redondos hoyuelos, jugaban con los dorados bucles que se desprendían de aquella virginal cabeza, que se inclinaba sobre su frentecita de nieve para besarla y sonreírle.

De vez en cuando furtivas lágrimas se desprendían de los ojos de María, ojos tan azules como las risadas olas del mar Genesareo.

¡La divina Madre lloraba; y aquellas lágrimas eran arrancadas por el dolor!

Su corazón, mas sensible que ninguno otro, por la plenitud de gracia de que lo había investido el Altísimo, al elegirle por Hija, Esposa y Madre, se hallaba penetrado de un pesar intenso, pesar que hacía estremecer á los ángeles que allí velaban en torno de Ella.

De pronto el castísimo Patriarca y el gran Sacerdote Zacarías, acompañados de algunos pastores, penetraron en la Gruta.

¡El corazón de María se estremeció como la hoja del árbol azotada por el huracán, como se estremece la gota de rocío cuando la mano del niño arranca el tallo de la flor en que se suspende!

José le dirigió una mirada tierna y dolorosa al grupo que formaban los dos Seres mas queridos y respetados de su alma; mientras Zacarías, doblando una rodilla, besó los piesecitos del pequeño Niño, que alegre y risueño pagó con una mirada dulce aquel respetuoso beso.

—Necesario es—dijo el anciano Zacarías—dirigiéndose al humilde Patriarca, que tomes en tus

brazos al Niño para que el corazón de María no se lastime con seremonía tan dolorosa.

—Dejadle en mis brazos—exclamó María con acento suplicante—al oír las palabras del Sacerdote, ¿quién mejor que una madre podrá endulzar los dolores del hijo amado? Deber mio es alegrarme con sus sonrisas y entristecerme con sus lágrimas: la seremonía es dolorosa para mi corazón; pero estoy pronta á que se cumpla con la ley de Moisés; y no me apartaré de mi Hijo en esta hora de amargo dolor, en que buscará mi seno para aliviarle.

Las palabras de María fueron escuchadas con religioso silencio.

Y Zacarías acercándose, hizo al Niño la incision acostumbrada, dánle el nombre de Jesus.

María con el corazón rasgado de dolor, enjugó la sangre de aquella herida con un blanco lienzo, mientras que dos gotas cristalinas desprendiéndose de su pupila azul oscuro rodaban silenciosas é iban á humedecer la pálida frente del Niño que lloraba.

Habia terminado la Circuncision.

El dolor que atravesó entónces el alma de María solo puede ser comprendido por las Madres!

¿Porque solo una madre comprende el corazón de otra madre!

Y sin embargo, ¿qué distantes nos hallamos las madres del mundo para nivelarnos siquiera á la Madre de la Divina gracia, á la Madre de Dios!

En la Circuncision del Verbo comenzó Ma-

ría á apurar el cáliz amargo que la Redencion del linaje humano le ofrecia

¡Flor mística y pura, nacida en los jardines de la gracia y arrullada con las auras de la virtud, veia brotar junto á su tallo la primera espina; y aquella espina era regada con sus lágrimas!

¡Lágrimas preciosas y de gran valor para la humanidad; diamantes riquisimos sacados de las entrañas de la gracia y pulidos en el fuego del amor!

La estrella no pierde nada en su belleza ni en su brillantez porque la cerquen oscuros y densos nubarrones; al contrario, parece adquirir mas fulgor y crecimiento á los ojos que la contemplan.

Así María con aquellas sublimes y sentidas lágrimas, adquiria á los ojos de su Padre celestial, mas hermosura, mas esplendor; y se elevaba ante ellos como las palomas de la Siria, como los cedros del Libano, como los frondosos plátanos de la Arabia.

¡Benditas gotas de sangre! ¡Benditas lágrimas derramadas en la gruta de Belen, y fecundizadas por el amor de un Dios infinito y la gracia de una Virgen!

SUPLICA

¡Oh María! cuyo corazón santo se estremeció de dolor ante las primeras gotas de sangre, derramadas en la gruta de Belen por tu Santísimo Hijo, nuestro Redentor; alivia mis dolores y lléname de fortaleza, en las amargas horas en que el infortunio hiere mi alma. Amén.

CANTO IV.

LOS MAGOS.

I.

Tres Reyes sábios hay en el Oriente,
Que estudian de la noche los lunares,
Ese insondable cúmulo de estrellas,
Esos vastos y grandes luminares
Que de Dios marcan las brillantes huellas,

Sus frentes se rugaron á los rayos
Del magnífico sol que nos fecunda,
Sus rizos meditando se blanquearon;
Mas no hay estrella que á su vista se hunda,
Ni á su estudio cometas se pasaron.

Vénus la estrella de los rayos de oro,
Círio, la Vega, Orion y los Antáres,
La Espiga, Cinosura y el Arado,
La Estrella rutilante de los mares,
Tributo á sus estudios han pagado.

A la luz de la lámpara dudosa,
Por su mirada penetrante y sábia,
Pasó la Tierra, el Géminis y el Tauro,

Los soles pequeñitos de la Arabia,
La brillante melena del Centauro.

A tan tenaz y meditado estudio
No se pasó una noche, un solo día:
La luna siempre iluminó su frente
Ardiendo al pensamiento que absorvia,
De su cerebro el cráter combustente.

Gaspar, Melchor y Baltazar, se hallaban
Al estudio entregados, cuando vieron
De grande magnitud cercana estrella;
Con otra confundirla no pudieron,
Pues con ser la mas grande era mas bella.

Y los tres á sus solas se dijeron:
«Esa estrella que asoma en el espacio,
«Que resalta entre todas las mas grandes,
«Que con solo sus rayos de topacio
«Iluminara los azules Andes,

«No puede ser sino la regia estrella
«Por Balaan anunciada al pueblo Hebreo:
«Sus rayos caen sobre mi oscura frente;
«La grandeza de Dios en ella leo;
«Nació, no hay duda, el Niño Omnipotente!»

II.

Al asomar el esplendente día
La ciudad de Seleucia preguntaba:
¿Por qué en palacio tanto movimiento?
Y en torno del alcázar se apiñaba,
Conteniendo al mirar hasta el aliento.

Ya el sol doraba las salientes cimas
 Cuando salieron los ilustres reyes,
 Su séquito al mirar los campesinos
 El arado dejaban y los bueyes,
 Y la altura tomaban de los pinos.

Garzotas y penachos relucían,
 Ricos turbantes de nevada pluma,
 Brillaban á la luz colores varios,
 Y entre la parda y polvorosa bruma,
 Piafaban los altivos dromedarios.

Arabes elefantes y camellos,
 Olfateaban alegres el camino:
 Brillaban armaduras y broqueles,
 Saltaban dando brincos de continuo,
 Sedosos y bellísimos lebreles.

Gallarda comitiva les seguía,
 En aquel viaje de misterios lleno,
 Y cual globo surgiendo en el espacio,
 Sus pasos guiaba en el azul sereno,
 La estrella con sus rayos de topacio.

Así llegaron los dichosos Magos
 A la ciudad de altísimas murallas,
 Donde en vez del olivo blanco y puro,
 Vieron las cotas y terribles mallas,
 Y las enhiestas lanzas sobre el muro.

¡Jerusalén, Jerusalén de entónces,
 Quién al ver como estás te conociera!
 ¡Quién al ver tus harapos de mendiga

Tu orgullo de sultana comprendiera,
 Cuando fuiste de Dios tan enemiga.....!

¿Quién, al verte cual pálida ramera
 Con el cetro y el manto hecho girones,
 Del olivar bajo la sombra fría,
 No dirá, al ver tus ruinas á montones,
 No es esta, no, Jerusalén la impía?

Mas al entrar á la ciudad se vieron
 Sin su radiante y misterioso guía,
 Y los tres de tristeza se llenaron,
 Mas creyendo que allí nacido había,
 A todos por el Niño preguntaron:

«¿Dónde ha nacido el que con solo un dedo
 «Hace brotar los astros á millares,
 «El que las blancas nubes abrillanta,
 «Que perfuma los lindos azahares,
 «Por quién el ave en el bosque canta?»

«¿Dónde el que dió á la mar conchas y per-
 «Peces de brillantísimas escamas; [las,
 «A la tierra perfumes, auras, flores,
 «Que el espacio sembró de blancas flamas
 «Y el Iris argentó de cien colores?»

«¿Dónde el que sábio lo gobierna todo,
 «A cuyo impulso, á cuyo solo acento,
 «Se derriban las testas coronadas,
 «Se estremece en su base el firmamento,
 «Brotan fuego las rocas calcinadas?»

El pueblo se turbó; turbóse Herodes,
Y llamó á los ancianos y les dijo:
"Segun vuestros profetas predijeron,
"Decidme ¿donde nacerá Dios Hijo?"
"En Belen de Judá!" le respondieron.

Haced venir á mi presencia luego
Esos crédulos Magos, ¡por mi vida!
Quiero oir de sus lábios tal noticia;
Y ¡ay de ellos si me burlan! sin medida
Caerá sobre su frente mi justicia.

Y crujiendo de rabia y de dolencia,
Sobre el blando cojin de terciopelo,
Reclinó su cabeza coronada,
Y á la puerta mirando con anhelo,
Arrojó una estridente carcajada.

Luego llevó la descarnada mano
A la rica corona de su frente,
Y de su boca se exhaló un rujido,
Y en sus ojos brilló fosforescente
La llama de Satan enfurecido.

¡Oh! nó, se dijo, mientras yo respire
La corona estará sobre mis sienes,
Rodarán las cabezas á millares,
Que se tiñan en sangre mis harenas
Y que esa sangre corra por los mares.
¡Ay! del que intente levantar el brazo
Para usurparme la corona, el trono;
¡Yo con mi propia mano le haré trizas!

Como se hace pedazos un vil mono,
Y su loca ambicion haré cenizas.
"He comprado el poder con roja sangre,"
Sangre, y mas sangre le regó en su cuna;
Y si mas sangre aun él necesita,
Las cabezas caerán una por una,
Le regará la sangre belemita.

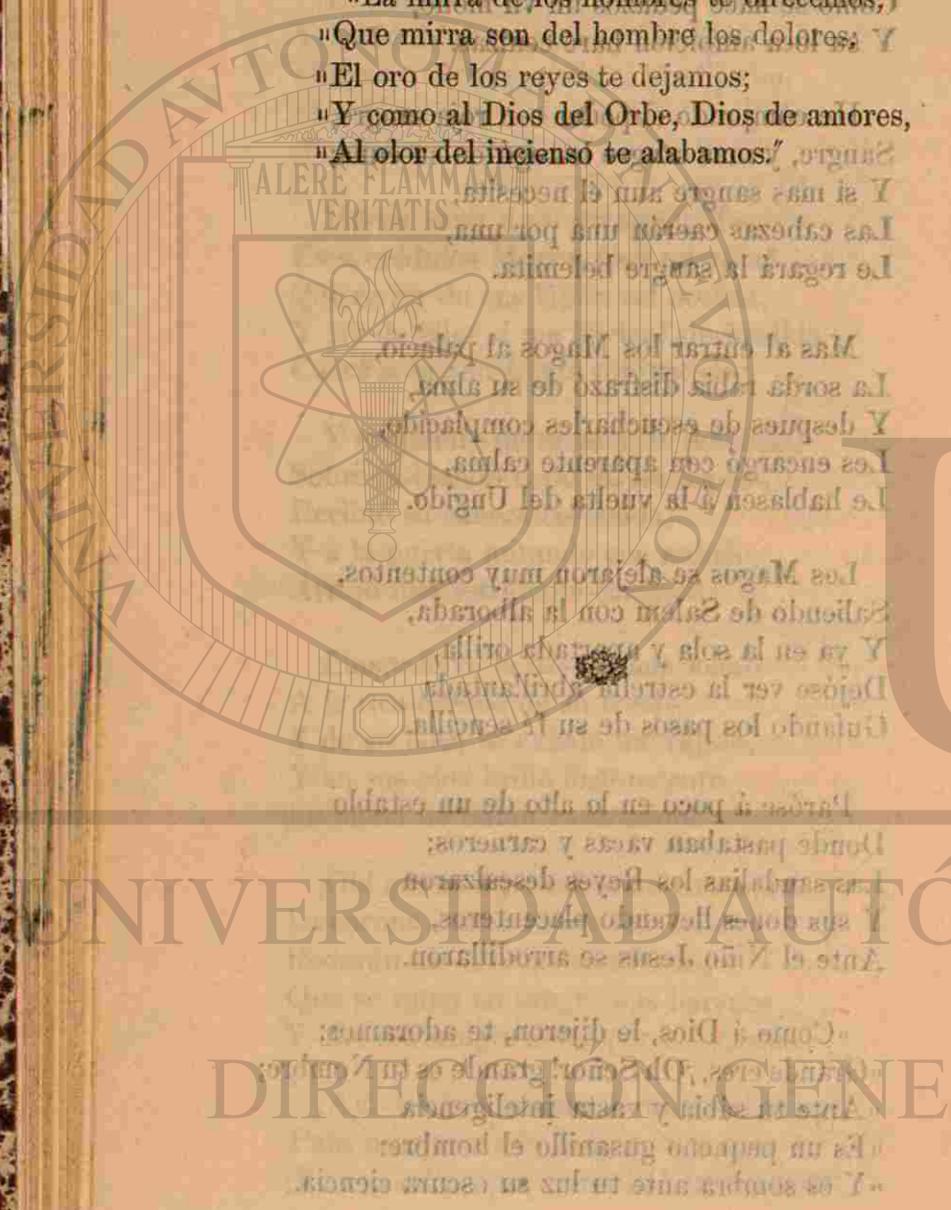
Mas al entrar los Magos al palacio,
La sorda rabia disfrazó de su alma,
Y despues de escucharles complacido,
Les encargó con aparente calma,
Le hablasen á la vuelta del Ungido.

Los Magos se alejaron muy contentos,
Saliendo de Salem con la alborada,
Y ya en la sola y apartada orilla,
Dejóse ver la estrella abrilantada
Guiando los pasos de su fé sencilla.

Paróse á poco en lo alto de un establo
Donde pastaban vacas y carneros;
Las sandalias los Reyes descalzaron
Y sus dones llevando placenteros,
Ante el Niño Jesus se arrodillaron.

"Como á Dios, le dijeron, te adoramos:
"Grande eres, ¡Oh Señor! grande es tu Nombre;
"Ante tu sábia y vasta inteligencia
"Es un pequeño gusanillo el hombre:
"Y es sombra ante tu luz su oscura ciencia.

«La mirra de los hombres te ofrecemos,
 «Que mirra son del hombre los dolores; Y
 «El oro de los reyes te dejamos;
 «Y como al Dios del Orbe, Dios de amores,
 «Al olor del incienso te alabamos.»



CAPITULO IV.

LA PURIFICACION.

Cuarenta veces se habian abierto las rosadas cortinas del Oriente para dar paso á los rayos vivificadores del sol, desde que el divino Niño naciera en el portal de Belen.

Cuarenta auroras habian derramado sus brillantes y acristaladas perlas, entre las tembladoras hojas del garambuyo y los sonrosados pétalos de las rosas, cuando María, exacta en el cumplimiento de las leyes divinas, fué al Templo á purificarse.

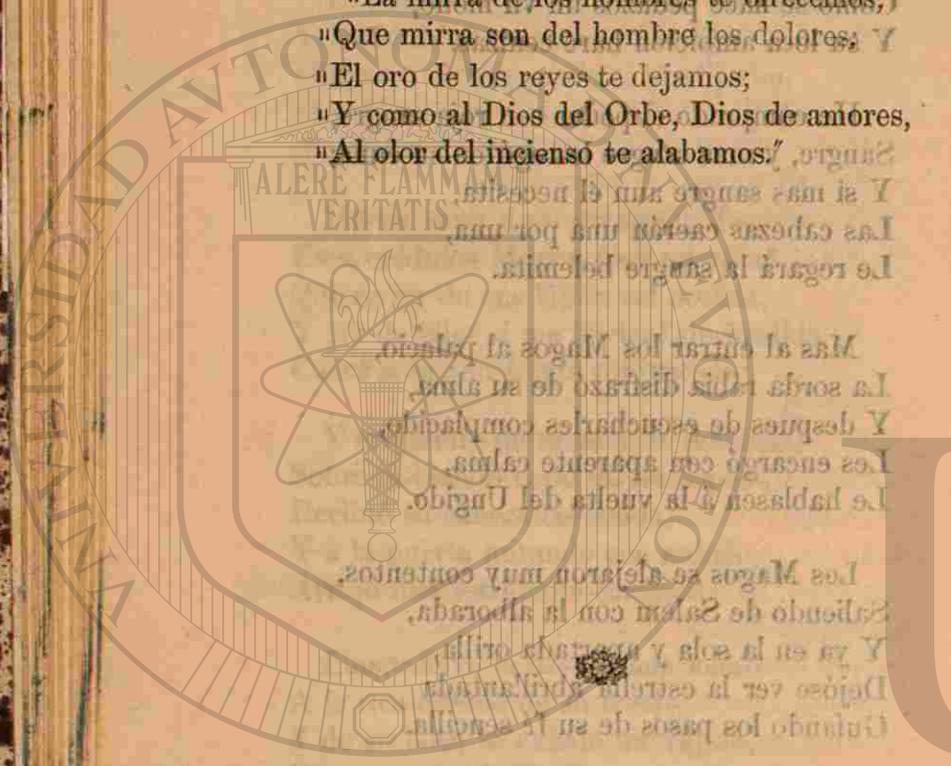
¿Qué necesidad tenia la immaculada Virgen de aquella ceremonia?

¿No era la gracia misma trasplantada á la tierra, para llenarla de sus embriagadores aromas?

¿No era el relicario sin mancha, el Templo de santidad, el reclinatorio de oro donde el Hijo del Altísimo tenia puestas todas sus complacencias?

María, huerto cerrado, donde nunca entró el hálito pestilente del pecado, fué pura desde el instante mismo de su Concepcion; desde que en la mente del Eterno tomó vida su celestial ser: María fué pura como esas gotas de rocío, que suspendidas en la punta del diáfano velo de la mañana, van á

«La mirra de los hombres te ofrecemos,
 «Que mirra son del hombre los dolores; Y
 «El oro de los reyes te dejamos;
 «Y como al Dios del Orbe, Dios de amores,
 «Al olor del incienso te alabamos.»



DIRECCION GENERAL DE B...

CAPITULO IV.

LA PURIFICACION.

Cuarenta veces se habian abierto las rosadas cortinas del Oriente para dar paso á los rayos vivificadores del sol, desde que el divino Niño naciera en el portal de Belen.

Cuarenta auroras habian derramado sus brillantes y acristaladas perlas, entre las tembladoras hojas del garambuyo y los sonrosados pétalos de las rosas, cuando María, exacta en el cumplimiento de las leyes divinas, fué al Templo á purificarse.

¿Qué necesidad tenia la immaculada Virgen de aquella ceremonia?

¿No era la gracia misma trasplantada á la tierra, para llenarla de sus embriagadores aromas?

¿No era el relicario sin mancha, el Templo de santidad, el reclinatorio de oro donde el Hijo del Altísimo tenia puestas todas sus complacencias?

María, huerto cerrado, donde nunca entró el hálito pestilente del pecado, fué pura desde el instante mismo de su Concepcion; desde que en la mente del Eterno tomó vida su celestial ser: María fué pura como esas gotas de rocío, que suspendidas en la punta del diáfano velo de la mañana, van á

ocultarse en la perfumada corola de la humilde violetilla; como el rayo de sol desprendido de su inmenso disco; como el blanco beso de la luna en las rizadas ondas del Golfo de Bengala; como la perla en su concha de nácar, ó como el sueño del niño en el regazo de su tierna madre.

Pero no obstante ser la pureza misma, quiso purificarse, y presentar á su Hijo al Templo, segun costumbre de las mujeres israelitas, para darnos ejemplo de obediencia á las leyes de la Iglesia de Jesucristo.

Su Santísimo Hijo se habia ofrecido voluntariamente como Víctima expiatoria, desde la prevaricacion de nuestros primeros padres; y sin embargo, quiso ser presentado por la immaculada Virgen á aquel Templo, de quien era la cabeza invisible.

María penetró en él, llevando dos palomas y el valor de diez reales.

Su ofrenda era pobre, si atendemos al valor del dinero; pero hubo jamás una mujer que como ella, presentara en el altar ofrenda de mas precio que la que se albergaba en sus ebúrneos brazos?

¡Hubo una reina que en el apogeo deslumbrador de su grandeza, pudiera decir, al doblar la rodilla en el Templo: ¡Adoradme los que aquí estáis! porque este Niño, cuya cabeza se reclina en mi amoroso seno, digno es de la adoracion de los ángeles y de los reyes: ¡adoradme! porque el Cordero sin mancha me ha elegido para ser la lámpara depositaria de la luz de la gracia; el cielo sin nubes de donde descenden á la tierra los ra-

vos vivificantes de! Sol de justicia: ¡adoradme! porque soy la conductora de la Víctima destinada para la salvacion de todo un mundo; porque el Dios de los cielos y de la tierra, me ha escogido para que le llevara en mi seno.

¡Oh! nó; y María, pobre y oscura, pudo decir todo esto y aun mas, al penetrar en aquel sagrado recinto, que la magnificencia y poder de Salomon habian embellecido con un lujo digno de la casa del Señor.

Cuando las últimas bendiciones del sacerdote hubieron caido sobre la immaculada cabeza de la Santísima Virgen, el anciano Simeon, hombre de acendrada virtud, tomó al Niño en sus brazos, besó su tierna frente, y levantando los ojos al cielo exclamó: «Ahora sí, Señor, ya puedes llevarme á tu santo reino; mis ojos han visto, por fin, á Dios mi Salvador, al Prometido de tantos siglos; ya puede tu siervo dormir en paz el sueño de la muerte.»

Al mismo tiempo, Ana la profetisa se deshacia en alabanzas, tributadas á la Madre y al Hijo.

Despues de una corta pausa, los labios de Simeon predijeron á María los terribles dolores que habian de lacerar su benditísima alma.

¡Su corazon se estremeció y las lágrimas se agolparon á sus azuladas pupilas!

Los terribles episodios del Monte de las Calaveras pasaron á su vista envueltos en todos los horrores, que mas tarde debian darla el glorioso atributo de «Reina de los Mártires.»

Bajo las altas bóvedas de aquel Templo, con-

de entre arabescos de pórvido, resaltaban los mas ricos metales; donde los diamantes mas escojidos evaporaban su abillantada luz, mas suave que el fulgor de la alborada, entre las nubíferas gasas del incienso; fué donde el alma de María recibió el primer golpe, donde su corazon sensible se vió traspasado por la primera espada de dolor.

Despues de cumplir con el sagrado deber que la ley le imponía, regresó á Nazareth con su casto esposo y su pequeño Niño.

Aun todavía no cumplia tres meses el divino Jesus, cuando sufrió la primer persecucion. Persecucion terrible, que si bien por entónces no pudo alcanzarle, por no ser aun llegada la hora de su santísima muerte, fué la hoz sangrienta que segó millares de niños, y en la que se cumplió exactamente lo predicho por el profeta Jeremías en estas palabras:

«Un gran rumor se ha oido en Roma de quejas y gritos lastimosos: es Raquel llorando á sus hijos, y no queriendo consuelo porque no existen.»

El Señor dió principio á su peregrinacion sobre la tierra en medio de acontecimientos asombrosos.

Tres Magos de Oriente, impulsados por su gran fé y guiados por una estrella de asombrosa magnitud, atravesando senderos y desafiando peligros, llegan al oscuro pesebre, donde no se desdennan de quitar el calzado que defendia su régia planta, contra los duros guijarros, para adorar á un pobre Niño que no tiene mas cuna que un

monton de paja, ni mas abrigo que un giron del velo de lana con que se abrigaba su bellissima Madre.

Herodes, tres meses despues, dá la terrible orden de matar á los niños, que de dos años abajo alienten sobre el polvo de la inmortal Belen.

¡Acontecimiento terrible, que á traves de millares de siglos y de generaciones, aun horroriza; y que solo pudo ser impulsado por Satan en la cabeza de un hombre como Herodes!

¡Dios lo quiso! El camino de la Redencion fué fecundizado con la sangre de los inocentes!

SUPLICA

Inmaculada Virgen; que siendo la pureza misma, porque el Omnipotente se complace en llamarte su paloma sin mancha, su lirio escojido entre millares, la rosa sin espinas de su sellado huerto; quisiste darnos ejemplo de obediencia y de pureza, cuando presentándote al Templo, ofreciste dos palomas, símbolo de inocencia, cumpliendo así con la ceremonia, por medio de la cual la madre se purificaba; pero de lá que tú te hallabas excluida por la gracia de que te habia investido el Altísimo. Haz, Madre mia amorosísima, que mi alma, siempre sumisa y obediente á las divinas leyes, sea un templo de castidad y de pureza, en el cual estén siempre grabados con indelebles caracteres, los santísimos nombres de Jesus y de María. Así sea.

CANTO V.

LOS PRIMEROS MARTIRES DEL CRISTIANISMO.

Cual llega hasta el cautivo la luz del claro día
Y se oye, aunque de léjos, el silbo del pinar,
Cual llegan los riachuelos hasta la mar bravía
Y sube hasta las nubes del humo la espiral,

Llegaron al palacio de Herodes el tirano,
Mil voces que auguraban al Hijo de Miriam
Poder sublime y grande, divino, sobrehumano,
Cuyos prodigios nunca los hombres contarán

Dijéronle que un día llevó Miriam al Niño
Al Templo rico y bello del sábio Salomon;
Y que á la Madre luego del llanto en desaliño,
Tormentos predijeron los lábios de Simeon.

Y que á ese mismo tiempo Ana la profetisa,
Anciana de acendrada y sólida virtud,
Dijo; mirando al Niño con cándida sonrisa,
„Bendito Dios, que has traído la vida y la salud!“

Y que ambos alternaban sublimes alabanzas
Diciendo en su alegría con santa inspiracion:
„Al fin vemos cumplidas tan santas esperanzas;
Ya, si te place, llévanos al seno del Señor!“

Y á cada nueva frase pálidos cual bretaña,
Los lábios del impío mirábanse temblar;
Y vacilaba airado como la débil caña,
Y con fulgor siniestro chispeaba su mirar.

Su cólera no tuvo ya límites ni traba;
Burlado por los Reyes de Oriente se creyó:
Y su ambicion haciendo de la razon su esclava,
Venganza mas terrible furioso meditó.

„Oh! sí, mañana, dijo, el pueblo envilecido
„Sabrá que aquí no existe mas dios que mi poder,
„Mas ley que mi capricho, capricho no vencido
„Que acatará sumiso el pueblo de Israel.“

Sus manos se crisparon á impulso del encono,
Sus ojos sanguinosos de un lado á otro llevó;
Y viendo su corona, su cetro, manto y trono,
Riéndose con furia los dientes rechinó.

Llamando á sus esbirros „Id á Belen; les dijo,
„De todos los infantes la sangre derramad:
„No perdoneis á nadie ¿lo ois? ni aun á mi hijo,
„Que no os conmueva el llanto, si los ois llorar.“

„Llevad alma serena y corazon de roca;
„Si pide alguna madre de su hijo compasion,
„¡Sellad, sellad los ayes de su amorosa boca
„Rasgando en su regazo su propio corazon!“

„De dos años abajo no perdoneis varones:
„¡Matad! que irá entre todos el Hijo de José;
„Alumbre el sol mañana rasgados corazones,

«Pupilas derramando por llanto sangre y hiel.»

Partieron los malvados y duros herodianos,
No se escapó á su zaña cabaña ni rincón;
En sangre estaban tintos sus rostros y sus manos,
Que sangre derramaban doquier sin compasion.

Allí una madre estrecha á su hijo contra el seno,
Y el ara son sus brazos donde le ve inmolar;
Y otro soldado mira impávido y sereno,
Que el rostro de la madre la sangre fué á bañar.

Acá ocultando á su hijo en un terral oscuro,
La madre temerosa le besa con amor,
Y viene un herodiano, le arroja contra el muro,
El cráneo se hunde, y salta rojísimo turbion.

Allá entre dos esbirros la presa se disputan,
Le toman indolentes cada uno por un pié,
Y alzándole en el aire risadas le tributan,
Y el juego de pelota despues hacen con él.

Aquí madres que lloran y mesan los cabellos,
Y tuércense las manos temblando de dolor;
Y viendo de sus hijos sin busto ya los cuellos
Exelaman extraviadas: ¡horror! horror! horror!

Allí se dejan unas caer sobre la losa,
En tanto corren otras con loco frenesi;
Y otras aquí convulsas, con risa temblorosa,
¡Maldicen al tirano.....! y al hijo ven morir.

Raquel toma el cadáver del hijo que adorará,

Le acuesta en sus rodillas, le besa veces mil;
Y riega con su llanto su ensangrentada cara,
Y al cielo alza su frente de pálido perfil.

Y en gritos lastimeros y mil sentidas quejas
Desahoga la dolencia que rasga el corazon:
De los dorados rizos separa dos madejas,
Las corta, y á sus lábios las lleva con pasion.

«¡Oh! mi hijo idolatrado ¿en dónde estás, en don-
«¿Por qué á tu pobre madre dejaste sola tú? [de?
«¿Por qué tu vocecita mis quejas no responde?
«¿A quién pondré la túnica de raso y de tisú?

«¿A quién verán mis ojos al despuntar la aurora?
«¿En mis amantes brazos á quién arrullaré?
«¿Tu madre ya no canta; tu madre solo llora;
«Tu madre es una sombra, no mas, de lo que fué!

«Tu cuna estará sola cual nido abandonado:
«No habrá en mi estancia aromas, no habrá en mi
[estancia luz;
«Que las alfombras pérsicas, la seda y el brocado,
«Desde hoy cubre la muerte con hórrido capuz.

«A la tarde que vuelva tu padre, ¡hijo de mi al-
«No irán tus manecitas su frente á acariciar; [ma!
«Y llorará á la sombra de la frondosa palma,
«Do en mas felices horas te vió á sus pies jugar...

«¡Herodes! ¡vil tirano! ¿qué te hizo el hijo mio
«Para que así le hirieras con el alfanje cruel?
«Si sangre mas querias, ¡Herodes, rey impío!

«¿Por qué no la tomaste del pecho de Raquel?»
 Así Raquel exclama y triste se lamenta,
 En medio de tan grande y cruel desolacion;
 Y besa de su niño la frente amarillenta.
 ¡Hasta que poco á poco se extingue su razon!

Y es tradicion que al filo de la sangrienta espada
 El hijo mas pequeño de Herodes sucumbió:
 Que la nodriza fuése al rey ensangrentada;
 Y ¡maldicion horrible al rostro le arrojó.

Avisada de un ángel secretamente en tanto
 La Sagrada Familia de Nazareth salió:
 Su huida protejieron las sombras con su manto:
 Muy léjos de su patria el sol les alumbró.

Temiendo les alcancen, sin pan y sin abrigo,
 Pobrisimos viajeros, ¿á dónde, á donde irán?
 ¿A qué país extraño, país quizá enemigo,
 Donde las horas lentas para ellos pasarán?

Mas van para el Egipto, ciudad de los jardines,
 Donde Cleopatra impura la vida se quitó:
 Ciudad de las cien torres, ciudad de los festines,
 Donde al triúnviro Antonio amor encadenó.

La mano del Eterno sostuvo su camino,
 Y su poder grandioso sus pasos siempre guió:
 La sombra del almendro, la palma y el sabino,
 Mil veces con su pompa de techo les sirvió.

Cruzaron del desierto las vastas soledades,
 Do el simöum ardiente azota el arenal;
 Y al paso de Jesus en todas las ciudades,
 Los ídolos caian de su alto pedestal.

Así por fin llegaron: del caudaloso Nilo
 Hallaron á la márgen un pueblo en qué vivir;
 Y allí en aquel destierro, de su pobreza asilo,
 Miraron cinco veces las rosas del Abril.

CANTO VI.

MUERTE DE HERODES.

En lecho de oro, de marfil y pórvido,
Bajo ondulante pabellon sutil,
Sobre mullidos almohadones pérsicos,
Presa es Herodes de dolores mil.

Ulcerado su cuerpo miasmas fétidos
Exhala solo en derredor de sí;
Y aquella estancia de riqueza espléndida
Repugna á todos los que van allí.

En vano en pebeteros de oro fúlgido
Arde el nardo, el aloé y el jazmin,
La hediondez es tan grande, que ni el sándalo
Lograra perfumar el camarín.

Al frente de su lecho se halla el príncipe
Que su corona heredará al morir;
Y á los pies Salomé mirando pálida,
Sombras moradas en el rey surgir.

Este los vé con ojos cadavéricos,
Y de su boca se oye el blasfemar;
Y en un segundo de sus negras úlceras

Los gusanos comienzan á rodar.

Y de sus ojos las redondas órbitas
Con siniestro fulgor se ven brillar,
Y entre sus lábios descarnados óyese
De sus dientes ya largos el crispár.

Del príncipe á la voz, entran los médicos,
Y Herodes dice, al verles, con furor:
«¿Concluyó vuestra ciencia? ¿No hay antídoto
«Que me quite, por fin, tanto dolor?

«¡Idos malditos! de mi vida el término
«De vuestra muerte la sentencia es:
«Sereis muy pronto pasto de las águilas,
«Y de los buitres codiciada pres.

«Cumple, Arquelao, mis mandatos últimos;
«Pues no pudieron á su rey salvar,
«Vayan ellos delante, y que mi espíritu
«Siga al suyo en la ignota oscuridad.

«Y porque el pueblo miserable y sórdido
«Me guarde luto y llore por su rey,
«Harás segar de cada casa un vástago.....
«¡Cumple, Arquelao, mi postrera ley.....!

¡No pudo continuar! su voz satánica
Comprimida en el pecho se extinguió:
Se contrajeron sus horribles músculos
Y la luz de sus ojos se apagó.

¡Así acabó aquel rey sangriento y bárbaro,

Que hizo temblar al pueblo de Judá,
 Que llenó el cielo de inocentes víctimas,
 Y que al Hijo de Dios quiso matar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE VALLADOLID
 DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO V.

EL PAN DEL DESTERRADO.

Uno de los pesares mas amargos para el alma es indudablemente el destierro.

Las aflicciones, la pobreza, el abandono y hasta la indigencia misma, son llevaderos en el pátrio suelo.

La tierra en que miramos la luz primera, es para nuestro corazon como una segunda madre: ella nos arrulla con sus brisas, nos embriaga con sus flores, nos consuela con su sol siempre fecundo y puro, y nos sonrie con sus recuerdos, vivos siempre en nuestra alma.

Por pequeña, por árida, por desagradable que sea para otros, tiene para nosotros un encanto indefinible; una atraccion que nos arrastra hácia ella, de donde quiera que estamos, como el iman al acero, como el Estío atrae las lluvias que fecundan las cementeras, haciéndolas producir doradas espigas, mieses abundantes.

El magnate puede vivir en un palacio en lejana tierra; doblan ante él la rodilla aduladores visionarios, que hacen consistir su felicidad en la esperanza de un puesto, que quizá ha de legarles una vida de remordimientos; el oro y las perlas

les son tan comunes que no le ofrecen ya ningún placer, si es que puede llamarse placer á la posesión de tesoros que conturban el espíritu; que se compran con lágrimas, y que tienen por origen el sudor de los pobres. ¡Pero alguna vez, se acuerda del pedazo de tierra en que se meció su cuna! Cuando las borrascas se levantan en el fondo de su alma, va allí donde la yerba fresca le sirvió de alfombra: donde su reclinatorio eran los brazos de una madre tierna: donde su palacio no era quizá otra cosa que una pequeña casa de teja con un extenso gallinero, que tenía por límites: la espesa selva, el cristalino arroyuelo, la verde loma tocando con su bajo penacho, el limpio azul del horizonte.

¡Entonces suspira; quizá una lágrima de fuego resbalando por sus mejillas, rebota al corazón causándole un dolor agudo; el dolor de un bien perdido que no podrá olvidar! ¡La dicha que allí disfrutó no la encuentra en su palacio: entre el brillo deslumbrador de sus honores, falta el rayo de sol que se meció sobre su cuna!

El amor patrio es un sentimiento que tiene su procedencia en la gratitud.

La gratitud nos impone deberes que cumplidos, dejan en el alma una satisfacción dulce y tranquila; un goce supremo que sentimos, pero que no somos capaces de definir.

Y si la gratitud es un deber, y el amor patrio nace de la gratitud, ¿cómo no practicarla con ese pedazo de tierra donde por vez primera se nos

dió á conocer la grandeza de Dios; donde el viente-cillo jugó nuestros cabellos, oreando nuestra frente; donde nuestros pies ensayaron sus vacilantes pasos bajo el blanco cendal de la inocencia? ¿Cómo no amar á nuestra patria cuando, el más insignificante de sus objetos, guarda para nosotros un mundo de recuerdos?

Quien no ama á su patria es un ingrato; y deja conocer que tiene un corazón, que, como á las mariposas, le basta el presente para volar en torno de él.

Nadie puede comprender lo grande del amor á la patria, sino cuando se vé desterrado de ella; cuando su ardiente sol no calienta sus entumecidos miembros; cuando el viento puro de sus bosquecillos, no viene á orear su frente abrasada por los recuerdos; cuando el calor de sus brisas no evapora las lágrimas que surcan su pálida mejilla; cuando su vista dilatándose en el nebuloso horizonte, solo encuentra picachos elevados, empinados montes, que como misteriosos fantasmas, interponen sus azules crestas entre sus ojos y su patria.

¡Nadie, en fin, conoce ese amor sentido, sino cuando se vé obligado á comer el pan del desterrado!

Los castísimos esposos José y María con su pequeño Niño, que apenas contaba tres meses, huyeron del sanguinario Herodes, partieron para el Egipto,

Las espesas nieblas de la noche protejieron su salida de Nazareth.

Las elevadas palmeras les servían de tienda en esas horas calurosas en que se hace necesario descansar.

¡Pobres viajeros! Sin mas escudo que la Providencia, grande para todos, para todos sublime, hicieron la penosa travesía de un camino dilatado, donde extensas sábanas de ardientes arenales, se interponían á su paso con todos sus peligros.

¡Palomas fugitivas! tendieron sus alas huyendo de un mar de sangre, que amenazaba devorarles con sus encrespadas olas!

Proscritos de su país natal, por la ambición de un tirano, vieron sus frentes tostadas por el ardiente simoun en los inmensos desiertos de la Arabia.

Y cuando al cruzar tan vastas soledades, tendían su vista, buscando á lo léjos el punto oscuro donde quedaba su patria, lanzaban un suspiro, y una lágrima furtiva se desprendía del fondo de su alma, que no alcanzaba á ver mas que una que otra caravana envuelta en el polvo del desierto; y á lo léjos, en torno suyo, las constantes brumas del Mar Rojo y del Mediterráneo, y la oscura cresta del Sinaí alejándose de ellos con sus salientes rocas, como espantado y medroso ante la soledad de los blancos arenales de la Libia.

Desterrados de Nazareth, su patria, iban al Egipto; y el Egipto les era enteramente desconocido.

La ciudad de las cien torres, con sus palacios de granito, sus columnas de pórfido y su rico anfiteatro, pudo percibirse de la llegada de sus augus-

tos huéspedes, cuando, como Eliópolis, vió descender de su alto pedestal las estatuas de sus dioses, á la sola presencia del Hijo de María.

Pero no fué así: encallecida en sus errores, creyó efecto de la casualidad, lo que era obra del poder de aquel hermoso Niño que tocaba sus umbrales ignorado y desconocido.

En la parte oriental del rio Nilo, se extendía un pequeño caserío con sus bosques de palmeras, tamarindos y cañafistolos; sus elevadas higueras, sus aterciopelados platanares y sus lánguidos boababes: era Matarich.

En sus selváticas orillas triscaba la gacela, y gorgeaban entre las ramas, la avutarda y el flamenco.

¡Allí fué donde la Sagrada Familia, sin recursos y sin parientes, procuró hallar reposo en su amargura!

De todos los lugares que habitó, este es el que casi nadie se ha ocupado; quizá por haberle servido de destierro!

Yo, sin embargo, creo que debe mencionarse como un pueblo privilegiado.

Allí fué donde el Unigénito ensayó sus primeros pasos: allí, donde sus blancas manecitas ayudaron por primera vez á Sr. S. José á cortar la madera, que habia de proporcionarles una escasa subsistencia: allí donde, quizá á la sombra de un palmero ó á la orilla del Nilo, y mientras la Santísima Virgen lavaba, dobló las rodillas por primera vez para orar á su Eterno Padre.

¡José y María, palomas fugitivas, cuando el

haleon aflaba sus garras para herirlas, encontraron allí un nido donde refugiarse!

Allí, lejos de su patria, su vida resbaló cinco años mecida por la amargura del destierro y de la pobreza, porque millares de veces les faltó el pan necesario, pero libre de temores.

A menudo volvian sus ojos hacia el punto del horizonte en que se encontraba su patria; y los suspiros de su alma se confundian á todas horas con el murmurio del viento.

¡Y las horas rodaban con la pesadez y lentitud del plomo!

¡Cómo recordaban su pequeña casa de Nazareth, donde hasta el mas pequeño rayo de sol era alegre y risueño!

¡Ah! con razon se dice que el pan del desterrado está amasado con lágrimas!

Empero no se quejaban, nada decian: sus labios jamás murmuraban de los decretos del Altísimo, porque la resignacion era su gran virtud.

Cinco primaveras contaba el precioso Niño, cuando un ángel, apareciéndose á José le dijo: «Vuélvete á Nazareth tu patria, pues ya es tiempo de que lo hagas.»

José participó á María tan deseada nueva, y ambos bendijeron al Señor, que iba de nuevo á conducirles á su patria.

Salieron de Matarich con la alegría en el alma.

Iban por fin á contemplar los sitios en que habian pasado la mayor parte de su vida.

Pronto las asiáticas brisas besarian la tierna frente de su querido Hijo.

Pronto los Montes del Libano se presentarian á su vista con su magnífico ropaje azul, sombreando en su falda los añiles y pimientos con su verdor eterno; y el aroma del canelo y del sándalo se confundiria con el aliento de la tarde en su modesta casa.

Cuando al fin de su penoso viaje, divisaron entre las brumas de la tarde las blancas torrecillas de los edificios de Nazareth; cuando las niveas nubes como rasgados crespones, se dejaron ver á sus ojos, coronando aquellos avioletados campos, donde tantas veces habian resbalado sus pies, una furtiva lágrima rodó de la pupila de los castos Esposos: ¡una lágrima de felicidad!

¡Poco despues el pan del desterrado, fué sustituido por el pan de la patria!

Así como la golondrina, á su vuelta de distantes tierras, canta y revolotea al encontrarse con el nido en que ampolló sus huevillos blancos como la nieve, José y María sonreian bajo el humilde techo, donde su divino Hijo habia sido arrullado por su amoroso acento, en las primeras auroras de su Santa vida.

Cada pericuetto, que envuelto en las nacaradas cintas de la tarde, se presentaba á su vista, bajo la azulada convexa del horizonte, y entre los aljofarados orles de los sonrosados cirros, era contemplado por ellos, con esa avidez y ternura con que contemplamos los objetos que por largo tiempo hemos dejado de mirar.

Cuando se ha vivido ausente de la tierra natal, y se vuelve á ella, parécenos que el tiempo de

la ausencia le ha llenado de nuevos atractivos: el sol brilla con mas intensidad; los pajarillos cantan con mas armonia; las rosas tienen mas perfume; el horizonte mas luz, la luna mas dulzura y los campos mas encantos.

En el suelo pátrio, al calor de nuestros lares y en medio de los seres que nos son queridos, basta un segundo para hacernos olvidar diez años de lágrimas!

José y María al lado de su Hijo, y bajo el cielo opalado de Nazareth, habian olvidado las duras privaciones del Egipto!

Su alma, toda virtud, toda ternura, se ocupaba constantemente en dar gracias á la Omnipotencia que les habia trocado la tristeza del destierro en la mas pura alegría.

SUPLICA

¡Oh José! ¡Oh María! esposos sin mancha; modelo purísimo de toda santidad, que sufriendo resignados aquel amargo y dilatado destierro, fuisteis compensados despues de cinco años, con una santa alegría, la alegría del regreso á Nazareth, vuestra querida patria. Suplicad al Señor, que nosotros, al abandonar este destierro, tengamos la alegría de llegar á la patria celestial. Viajeros somos en este valle de miserias, donde nuestra peregrinacion es de lágrimas: desterrados nos hallamos de la celestial Sion: interceded por nosotros, para que tengamos la incomparable felicidad de veros en el cielo. Amén.

CANTO VII.

EL NIÑO DE NAZARETH.

Costumbre era muy piadosa
En el pueblo de Israel,
Ir á Salem la orgullosa
A pasar la Pascua hermosa;
Y en el Templo,
Dando de piedad ejemplo,
Dar honra al Supremo Bien.

Cada año por ese día,
Iba la gente en tropel,
Con respetuosa alegría,
A la ciudad que dormia
Entre yedros,
Al pié de gigantes cedros
Y abanicos de laurel.

Y era tan grande el gentío
Que llegaba á la ciudad,
Que cual las olas de un rio,
De su centro en el vacío,
Se estrechaban,
Y á duras penas lograban
Abrirse paso y andar.

José y Miriam los primeros
Siempre la ley en cumplir,
Iban luego placenteros,
Sus corazones sinceros,
En el Templo,
Dando de piedad ejemplo
Entre el incienso á rendir.

Al cumplir Jesus doce años
Le llevaron á Salem;
Mas por decretos extraños,
A la humanidad uraños,
De su lado,
Se perdió el Niño adorado,
Ya de vuelta á Nazareth.

Distinta senda traía
Cada sexo: así José
Creyó estaba con María;
Hasta que cayendo el día
Se encontraron,
Y sin el Niño se hallaron,
Ya cerca de Nazareth.

¡Cuál fuera su pesadumbre
Nadie puede imaginar!
Tres veces del sol la lumbré
Iluminó la techumbre,
Sin desvío,
Del inmenso caserío
Y las ondas del Jordan.

«¿Donde está el Hijo de mi alma?»

Preguntaban con amor,
De su inquietud en la alarma:
«Es gallardo cual la palma;
«Su cabello
«Baja en ondas por su cuello,
«Y es mas brillante que el sol.

«Sus ojos que son estrellas
«No hallan en el cielo igual;
«Sus manecitas son bellas,
«Sus piescitos, ni huellas,
«En la arena,
«Donde crece la verbena,
«Dejan en su leve andar.

«Sus lábios son coralinos,
«Y su aliento de azahar;
«Sus dientes blancos y finos;
«Mas sus hechizos divinos
«Mi alma absorbe!.....
«No bastara todo el orbe
«Para poderle pintar!»

Allá en el templo suntuoso
En tanto el Niño Jesus,
Con acento prodigioso,
Del arcano misterioso
De la ciencia,
Con su vasta inteligencia,
Deja ver la inmensa luz.

Entre Doctores y sábios
Levanta la augusta sien;

Y hace olvidar los resabios;
Que sólo se abren sus lábios
De granado,
Para inmolar el pecado
Sobre las aras del bien.

Son tantas las maravillas,
Que escuchan todos allí,
Que le admiran á hurtadillas;
Y calleran de rodillas
Ante el Niño,
De blanca frente de armiño,
Si El lo permitiera así.

¡Qué talento tan profundo
Revela en su tierno Ser!
Cada palabra es un mundo,
Que acredita en un segundo,
A la ciencia,
Cuán vasta es la inteligencia
Del Niño de Nazareth.

Todos le oyen asombrados,
Con admiración le ven;
Cuando sus padres amados,
Llorosos y fatigados,
Van al Templo,
Donde le hallan dando ejemplo
De humildad, respeto y fé.

Se le acercan; y en voz récia
Decían los de Salem:

¡La altiva Aténas, la Grecia
Que en saber tanto se precia,
Se estrellara,
Ante la ciencia preclara
Del Niño de Nazareth!

CAPITULO VI.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

LA MUERTE DEL JUSTO.

¡Triste como la noche, melancólica como el quejo de una torcaz que se lamenta en la profundidad de un barranco, ó como el gemido desgarrador de una madre que llora sobre el inanimado cuerpo de su hijo; está la humilde casa del depositario esejido, entre millares de justos, para velar sobre el tesoro mas estimado, sobre el tesoro de mas precio que el Increado hizo descender á la tierra, en bien de la humanidad!

Lúgubre como el acompasado péndulo de un reloj ó como el eco plañidero de una campana que avisa la partida de una alma, que, pronta á separarse de la vil materia, parece dar en ella su postrer adios á la tumba de los vivos, á la tierra donde peregrinó entre lágrimas.

¿Por qué no canta ia alegre golondrina sobre su techo? ¿por qué las rosas, los yerbabuenales y los nardos, cultivados en el pequeño patio, por la mano casta de María, parecen ocultar su perfume como quejosos y llorando?

¡El Justo muere; y con el último soplo de su aliento parece arrastrar tras sí, la felicidad de los seres que le rodean!

¡José! el descendiente de reyes; el representante del Padre celestial sobre la tierra; cuyos en-callecidos brazos, fueron trono del Hijo de Dios, y su pecho reclinatorio, donde tantas veces apoyó su frente, reflejo puro en que se miran los ángeles; ¡José! modelo de esposos y de padres, se halla tendido en un pobre, pero aseado lecho.

María y Jesus no se apartan de él, y le contemplan con amorosa ternura. El dolor que se retrata en sus semblantes es resignado, pero inmenso y profundo, como el oleaje que se contiene en el seno del mar, á través de una superficie tranquila.

Por su rostro se deslizan abundantes lágrimas; pero no son las lágrimas desesperadas del que vé en los fallos de la Providencia la contrariedad mas injusta, porque no sabe respetarlos ni someterse á ellos con la heroica resignacion del verdadero cristiano; del que se precia de ser hijo de Dios por sus hechos, y no por pura fórmula. Sus lágrimas son el rocío celeste, que Dios deposita en el alma de los mortales, para endulzar los pesares á que por su naturaleza, se ven sujetos con frecuencia.

La pena que las arranca de su corazón, es grande. Va á desaparecer de su lado el casto José; el que empleó la mayor parte de su vida en velar por ellos, en amarlos, cuidarlos y servirlos con una solicitud paternal: va á desaparecer de la tierra el anciano hospitalario, que sentado á la puerta de su pequeña casa, al caer de la tarde, ofrecía una franca hospitalidad, en el pequeño cor-

redor de ella, al cansado viajero, que por allí tenía la dicha de pasar: va á desaparecer el modelo de los esposos y de los padres; el artesano humilde y laborioso, cuyas manos encallecidas en el trabajo, estaban siempre prontas y solícitas á socorrer al necesitado que llegaba á sus puertas: va, en fin, á desaparecer el Patriarca Santísimo, que superpujando en virtud á todos los patriarcas de la Ley Antigua, mereció ser elevado sobre todos ellos, á la gran dignidad de Esposo de María y Padre adoptivo del Verbo.

¿Qué mayor dicha para el casto y privilegiado José que ver humedecido su lecho de muerte por lágrimas tan preciosas?

¡José fija sus ojos llenos de ternura, en su Hijo y en su Esposa; en su Dios y en su Reina!

Y sus labios pálidos y débiles, modulan plegarias, cuyo eco sublime, recojido por los ángeles, sube al trono del Altísimo, como la melodía del suspiro del viento entre las flores, como el rumor de una alborada que se despierta, como el arpegio dulcísimo arrancado del pecho de un ser que cree, ama y espera!

La luz del crepúsculo vespertino, como un velo de blanca gasa, cuyos pliegues al caer forman opacas sombras que van extendiéndose gradualmente en torno de nuestros ojos, penetró por la estrecha ventanilla del aposento en que la Santa Familia se encontraba, é iluminó derrepente aquel grupo doliente, aquel venerable anciano, sobre cuyo lecho se cernía el soplo destructor de la muer-

te, próximo á segar su vida con su guadaña inexorable.

El Occidente se tiñó de nacarados nimbos, aljofarados promontorios de plomizo oscuro con perfiles brillantes de oro y plata, y lampos de nieve, destacándose en gigantescas figuras sobre un azul intenso.

El susurro del viento se hizo mas ténue; y el olor de las rosas, los claveles y azucenas que crecían entre los menudos espárragos, en el patio de aquella humilde casa, invadió aquel dichoso santuario, donde el Justo, el immaculado José moría, con el Hijo de Dios á la cabecera; mientras María arrodillada recibía su último aliento, orando á sus pies.

¿Cuando José exhaló el último suspiro, los ángeles debieron sonreír en torno de su lecho!

El alma que se escapaba de aquel frágil vaso, de aquel cuerpo puro, era el alma de un Justo; y de un Justo, cuyas altas preeminencias en la vida de Jesucristo, durante veintinueve años que le sirvió de padre, eran ó son incontables!

¿Qué pluma será bastante tierna, inspirada y sublime, para trasladar al papel, el cuadro precioso de la muerte de José?

¿Quién es capaz de desarrollar bajo la presión de su mano, ese lienzo semi-divino, en que tanto conmueven el sentimiento del Hijo, el dolor de la Esposa y la angelical resignación del que abandona el polvo de la tierra, teniendo por sacerdote á Jesucristo y por enfermera á la Madre de Dios?

¡Yo!..... arenilla que se pierde en la profundidad; arista que desaparecerá del polvo de la tierra, cuando el aquilon ruja, demoliendo la vanidad de mi orgulloso ser! ¡Yo!..... cedo y vacilo ante la sublimidad de esa muerte, que no debiera llamarse así; porque solo fué el letargo de un sueño sin dolor: el reposo de una alma, que se desprende de la materia para volar á su verdadera patria!.....

SUPLICA

¡Oh José! esposo de María, delegado de Dios sobre la tierra, para servir de padre al Unigénito; ¡yo me acojo á tí! Tú, que mereciste durante tu penosa vida, que obedeciera tus mandatos, El que hace descender el rayo; El que contiene á los mares en su arenoso cauce; El que enfrena las tempestades; El que destruyó cinco ciudades con las voraginosas llamas del fuego; El que sentenció á Nínive por boca de sus profetas, y El que convirtió á la soberbia Babilonia en un campo de ruinas y desolacion. Tú, cuya muerte fué tan dulce, que la envidiaron los ángeles, no permitas que la mía sea amarga. Extiende tu mano privilegiada sobre mí, en esa terrible hora, en que mi alma ha de ser tan duramente combatida. ¡Oh José! mi alma se acoje á tí: mi alma te invoca, y espera en tí en aquel instante, en que las puertas de la eternidad se abrirán para recibirme. Amén.

CANTO VIII.

EN EL JORDAN.

Allá en las soledades del desierto,
El hijo de Isabel pasó su vida,
A la oracion su lábio siempre abierto
Y el alma de la tierra desprendida.

No escuchaba otra voz el penitente
Que el concierto silvestre de las aves,
O el estruendoso ruido del torrente
Formando notas de sonoras claves.

El vestido que usaba era de pieles;
Se alimentaba de silvestres plantas;
Le daban sombra palmas y laureles
O de rocas salientes las gargantas.

A sus plantas jugaba el cervatillo,
El apuesto venado, el tordo manso,
El ánzar blanco, el pájaro amarillo
Que pesca en la tersura del remanso.

Maceraba su cuerpo vigoroso
Con la dura aspereza del cilicio;
Se preparaba en el desierto umbroso

A combatir los cánceres del vicio.

A los treinta años, inspirada su alma,
Se bajó á las campiñas del desierto;
Comenzó á predicar bajo la palma,
La palabra de Dios con fé y acierto.

Los rudos campesinos le escuchaban:
Sus palabras se fueron transmitiendo;
Y muy pronto se vió que le buscaban,
Y que una multitud le iba siguiendo.

Llegaban á sus pies los Saludéos,
Para vivir pidiéndole consejos,
E iban también los duros Tarixeos,
Mujeres, niños, jóvenes y viejos.

A orillas del Jordán los bautizaba,
El agua derramando en su cabeza;
La gracia de Jehová con él estaba,
Y era su alma paloma de pureza.

Atónita la inmensa muchedumbre,
Por un grande Profeta le tenía,
Cuando parado en la desierta cumbre,
Las tinieblas del mundo esclarecía.

Llegaron á creer en su ignorancia,
Que el hijo del anciano Zacarías,
Cuya fama abarcaba gran distancia,
Era el Hijo de Dios, era el Mesías.

Pero él desengañábalos diciendo:

«Yo, no hago mas que preparar la tierra:
«Soy un grano de arena, que dependo
«Del que jamás en sus designios yerra.

«Y mi boca no es digna de posarse,
«En el polvo que pisa su calzado;
«Y os digo: que su nombre ha de alabarse,
«Que no hay otro mas grande en lo criado.»

Entre tanto Jesus pobre y oscuro,
Y ya de padre huérfano, veía,
De su pequeña casa tras el muro,
Aparecer el sol de un nuevo día.

El sol, en que su casa abandonando,
Sus prodigios mas tarde alumbraría,
Cuando millares de almas conquistando
La Palestina entera cruzaría.

Al terminar sus veintinueve abríles,
Fuese á buscar á Juan á las montañas,
Atravesando valles y pensiles,
Por entre algunas rústicas cabañas.

Por entre estas montañas serpenteaba,
Bañando jaras y delgados tules,
Una sábana de agua que besaba
Cicomoros, almendros y abedules.

Allá en el seno de sus linfas hondas
Se arrastraban menudas arenillas,
Y se miraban en sus claras ondas
Las coquetas calandrias amarillas.

Y en su orilla tranquila, sin corriente,
Donde aisladas bañábanse las gramas,
Brillaban del pescado trasparente
Los negros ojos y las mil escamas.

Con su vuelo pesado se cernian,
En torno del Jordan, las niveas garzas
Y, ya pescando, el pico zabullian,
O ya iban á sombrear entre las zarzas

Llegó Jesus á su feraz ribera,
Y á Juan hallando le pidió el bautismo;
Juan le miraba por la vez primera;
Mas luego conoció que era Dios mismo.

— «¿Cómo he de bautizaros, le contesta,
«A vos, Señor, pue lo formasteis todo?
«¿Cómo acercarme al que su luz me presta,
«Yo, vil insecto, miserable lodo?

«¿Cómo poner mi mano en la cabeza,
«De quien descansa en las carmineas nubes?
«Ni, cómo he de lavar al que es limpia
«Y ante quien sombra son, limpios querubes?

«Yo soy el pecador! la Augusta mano
«Poned en mi cabeza: el agua caiga
«Sobre este humilde y mísero gusano,
«Y la gracia de Vos á mi alma traiga.

— «Haz hoy lo que te digo; que el que viene
«Para vencer del hombre la malicia,
«Obrar, segun he dicho, le conviene,

«Para cumplir aquí toda justicia.»

Entonces vertió Juan el agua pura
En la humilde cabeza del Mesías;
Y se escuchó una voz desde la altura,
Entre dulces y tiernas armonías.

El sol plateaba las tranquilas ondas
Del celebrado y venturoso río,
Cuyo cristal en las madejas blondas,
Saltaba cual cascada de rocío.

Sobre la cumbre del flexible dátíl
Derramaba el clarín sus dulces notas;
Y del cedral en el altivo mástil
Se columpiaban mansas las gaviotas.

Desenrollando sus anillos de oro,
Al sol se calentaba la culebra;
Y á la sombra del alto cicomoro
Pastaba airosa la gallarda zebra.

Y entre tanta belleza y armonía
Modulaba la voz, clara y sonora:
«Este es mi Hijo querido, mi alegría:
«El que ha sido, será, y el que es ahora.»

Y en el abierto cielo se veía
Una paloma cual la nieve blanca,
Y una luz trasparente que tenía
La altísima montaña y la barranca.

CANTO IX.

LA TENTACION.

Jesus por el Espíritu Divino
A un profundo desierto fué llevado,
Muy léjos del mundano torbellino;
Donde solo pasó cuarenta auroras
A la oracion y ayuno consagrado.

Satanás, que acechaba paso á paso
Las virtudes del Hijo de María,
Viéndole solo en el desierto raso,
Quiso desengañarse, y fué á tentarle
Cuando por vez primera hambre sentía.

Y tomando la forma de un mancebo
Presentóse á Jesus con rostro altivo,
Y en sarcástico tono nada nuevo,
—«Convierte en pan las rocas en que te hallas,
Si eres, le dijo, el Hijo de Dios vivo.»

Mas respondió Jesus: —«Está ya escrito.
No tan solo de pan vivirá el hombre,
Que al que la imágen es del Infinito,
El mejor alimento es la palabra
Que inspira la grandeza de su Nombre»

Llevándole Satan por el espacio,
Le condujó al pináculo del Templo;
Y allí añadió: —«Si el cielo es tu palacio,
Déjate caer de aquí para que pongas
De tu poder y tu grandeza ejemplo.»

—«Escrito está!» repite Jesucristo,
«A tu Dios y Señor tentar no puedes:»
Satan entónces por el aire listo,
Le condujo á lo altísimo de un monte,
Y de su astucia desplegó las redes.

Hizo girar en todo su atavío
Los pueblos y ciudades de la tierra,
Llenó de pajarillos el vacío;
Y á sus plantas pasó la ardiente costa,
El alto monte y la empinada sierra.

—«Mira, le dijo, á Roma, altiva reina
A quien la toga del poder abruma,
A quien el Tíver con sus ondas peina,
Donde la ninfa Anais diera consejos
Para ser un buen rey al sábio Numa.

«Su cortejo lo forman mil ciudades
De encumbradas colinas y altos montes;
«Turin, Venecia y Nápoles, deidades
«Constantemente por el mar besadas
«Bajo el dosel de limpios horizontes.

«Allí viene Paris, la cortesana,
«Con sus cabellos de oro enserrijados,

«Su ropaje de rica tarlatana,
 «Sus perfumes, sus joyas y sus flores,
 «Sus palacios de gas iluminados.

«Y la España también, noble y serena,
 «Contando de su pueblo las azañas,
 «La aristócrata Londres, Suiza y Viena
 «Con su Danubio de azuladas linfas,
 «Sus Carpatós, altísimas montañas.

«La Escandinavia con su polo frío,
 «Su régio manto de brillantes nieves;
 «La Prusia con su grande poderio;
 «Finlandia de crepúsculos eternos,
 «Y la Laponia con sus soles breves.

«Africa llega con sus mil canoas
 «Y sus condores de encorbado pico,
 «Sus águilas soberbias y sus boas,
 «Sus ardientes desiertos y sus palmas
 «Balanceando en el aire su abanico.

«Grecia y Aténas dándose las manos,
 «Sobre el sólio encumbradas de la ciencia,
 «Ven pasar á los pueblos sus hermanos
 «Con ese egoísmo que revela el sábio
 «Y al parecer semeja indiferencia.

«Y tras ellas la Esparta se adelanta
 «Con su cota, broquel, viera y malla,
 «Hollando cráneos con altiya planta;
 «Llevando entre cadenas mil vencidos,
 «Y empuñando el pendón de la batalla.

«Oculta por la valla de tres mares,
 «La América feliz, casta doncella,
 «De oro y plata ciñendo mil collares,
 «Entre aromados cármenes de flores
 «Por su belleza y su valor descuella.

«El Amazonas con sus linfas grandes
 «Baña sus bosques y empinados riscos;
 «Rizan su frente los soberbios Andes
 «Y en sus barrancos de caoba y ceiba
 «Alientan los rengíferos ariscos.»

Pisando sobre conchas y corales
 Y surjiendo del mar entre la espuma,
 Sobre estelas de luz y de cristales,
 Ven las Antillas con serena calma,
 De su alto oleaje la nevada bruma.

Mostróle mas allá la grande Nubia,
 El alto Egipto y la feraz Australia,
 Del Chimborazo la melena rubia,
 Las ardientes arenas de la Libia
 Y los trigales de la fértil Galia.

Y cuando hizo pasar el mundo entero
 De Jesus á la vista portentosa:
 —“Todo esto te daré, si como espero,
 De rodillas me adoras.” Satan dijo,
 Tendiendo una mirada desdeñosa.

Indignado Jesus, —“¡Huye, le dice:
 «Espiritu infernal, huye al abismo!
 «¡Véte de aquí! y acuérdate, infelice,

«Que solamente á Dios se adora y sirve;
«Y que tu orgullo castigó Dios mismo.»

Huye Satan; y bajan en seguida

Angeles mil de la celeste altura;

Y sirven á Jesus régia comida:

Le alaban, le veneran, le bendicen!

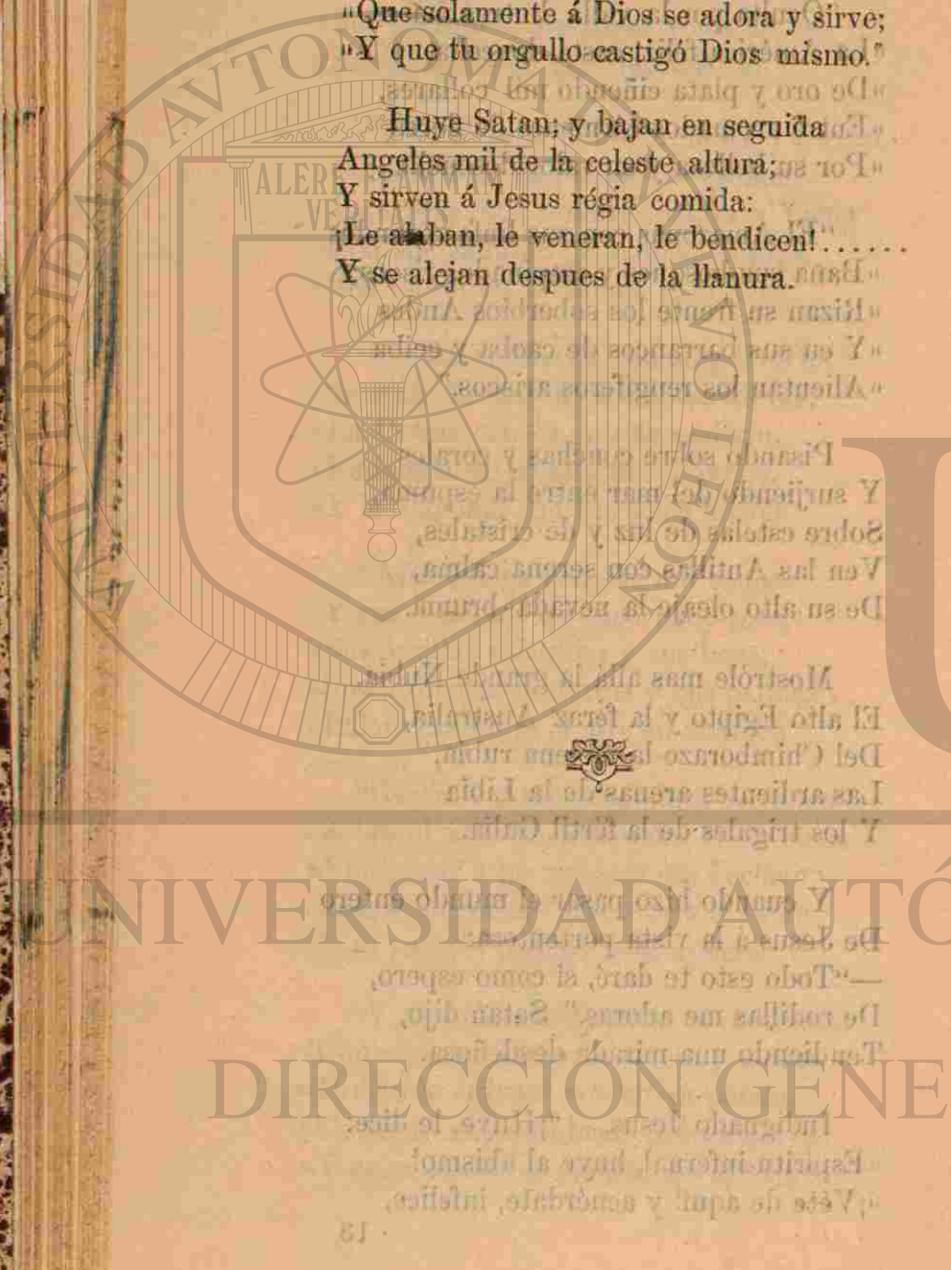
Y se alejan despues de la llanura.

CAPITULO VII.

INGRATITUD DE LOS NAZAREOS.

Al dar principio Jesus á sus predicaciones, eligió para su morada ordinaria á Cafarnaun, ciudad hermosa, arrullada por los continuos tumbos de las olas del Mar de Tiberiades. Esta ciudad, separada un tanto del trato de las demas que la circundaban, se levantaba allí oscura y humilde, sin ostentacion y sin grandeza. Pero Jesus tendió hácia ella su celestial mirada; adelantó su sagrada planta por aquellas risueñas praderas que la servian de alfombra; y sus colinas chatas parecieron iluminadas por un sol mas brillante y mas puro. Cafarnaun pareció, á su sola presencia, vigorosa y rejuvenecida. Era que la gracia tocaba á sus puertas: era que el Salvador de los hombres, la distinguía con un favor tan señalado, que, andando el tiempo, sería por él envidiada de todas las ciudades del Mundo Católico.

Las avejillas eligen el árbol que ha de suspender su nido; visitan otros bosques, fuera del sitio en que aquel levanta su penacho de verdes hojas; revuelan en torno de mas bellas y corpulentas encinas; cantan en derredor de perfumados tiestos; se elevan sobre ricasimas cimas; pero



«Que solamente á Dios se adora y sirve;
«Y que tu orgullo castigó Dios mismo.»

Huye Satan; y bajan en seguida

Ángeles mil de la celeste altura;

Y sirven á Jesus régia comida:

Le alaban, le veneran, le bendicen!

Y se alejan despues de la llanura.

CAPITULO VII.

INGRATITUD DE LOS NAZAREOS.

Al dar principio Jesus á sus predicaciones, eligió para su morada ordinaria á Cafarnaun, ciudad hermosa, arrullada por los continuos tumbos de las olas del Mar de Tiberiades. Esta ciudad, separada un tanto del trato de las demas que la circundaban, se levantaba allí oscura y humilde, sin ostentacion y sin grandeza. Pero Jesus tendió hácia ella su celestial mirada; adelantó su sagrada planta por aquellas risueñas praderas que la servian de alfombra; y sus colinas chatas parecieron iluminadas por un sol mas brillante y mas puro. Cafarnaun pareció, á su sola presencia, vigorosa y rejuvenecida. Era que la gracia tocaba á sus puertas: era que el Salvador de los hombres, la distinguía con un favor tan señalado, que, andando el tiempo, sería por él envidiada de todas las ciudades del Mundo Católico.

Las avejillas eligen el árbol que ha de suspender su nido; visitan otros bosques, fuera del sitio en que aquel levanta su penacho de verdes hojas; revuelan en torno de mas bellas y corpulentas encinas; cantan en derredor de perfumados tiestos; se elevan sobre ricasimas cimas; pero

de donde quiera que se encuentran, reconocen aquel sitio, aquel árbol á cuya sombra se balancea jugado por el viento, su pequeño y blanco nido. Así Jesús eligió á Cafarnann.

Desde allí visitaría toda la Palestina; pero de donde quiera, y fuera la distancia á que se encontrase, volvería hácia allí, en busca de sus amados cafarnaitas, quienes le recibieron siempre á su llegada, con cariño, con docilidad y con respeto.

Cafarnaun admiró sus prodigios; y escuchando su Doctrina con religiosidad, procuró aprovecharse de ella, grabándola en su alma con los caracteres imborrables de la fé.

Pero el Salvador no olvidaba á Nazareth su patria, como no olvida la parlera golondrina, el nido que abandonó al partir en busca de mas benigno clima. ¡Es tan dulce contemplar el suelo en que nos criamos! ¡Es tan hermoso recorrer los sitios en que se deslizó nuestra infancia!

Una mañana, Jesús se dirigió á Nazareth. El día siguiente á su llegada, era sábado, día en que los judíos acostumbraban ir á las Sinagogas á escuchar la lectura de algun téxto perteneciente á la ley ó á los Profetas.

El Señor se acercó á una Sinagoga en que habia una multitud de gente, esperando la hora de la lectura.

Pidió permiso para leer al pueblo; y tomando un libro de Isaías, que le fué presentado por un nazareo, dió lectura á un párrafo que decia: *El espíritu del Señor sobre mí, por eso me ungió; para*

evangelizar á los pobres me envió; para sanar á los contritos de corazón; para predicar á los cautivos la Redencion y dar vista á los ciegos; para poner en libertad á los aprisionados; para publicar el año acepto al Señor; y el día de la retribucion

Cuando terminó la lectura, cerró el libro y comenzó á explicar la belleza del texto, con tanta dulzura y sabiduría, que los que le oían, no pudieron ménos que quedar asombrados.

¡Era la primera vez que la verdad y hermosura de aquel texto se les presentaba tan correcta, tan clara y tan pura como entónces!

Los nazareos se sintieron orgullosos, al pensar que un hermano suyo, un hijo de Nazareth, era el que tan sábiamente ocupaba aquella cátedra, para instruirlos. Y, en medio de la admiracion que lo profundo de sus discursos les causaba, llegaron á creer que Jesús era el Mesías esperado muchos siglos ántes.

¡Pero este pensamiento pasó tan veloz como las nubecillas en Verano!

La duda se interpuso derrepente en su corazón, y comenzaron á ver á Jesús con envidia y con desprecio.—¡Cómo!, se decian unos á otros, ¡ha de ser el Mesías Este, que conocimos en el banco de José el carpintero; ayudándole á aserrar palos para ganarse un miserable sustento?

Esta y otras comparaciones semejantes escapadas á algunos de los nazareos, acabaron de exaltar los ánimos, ya predisuestos por la envidia, contra el Salvador.

El Mesías, segun ellos, debía descender á la

tierra, rico, opulento y poderoso; dominándolo todo con su poder; avasallando ciudades y reyes; conquistando cetros y coronas; cimentando, en fin, su dilatado imperio, sobre las ruinas del vencido y los laureles del vencedor.

Resolvieron, pues, humillar á Jesus, castigándole publicamente y arrojándole de allí como á un impostor, que osaba profanar la Sinagoga con una Doctrina, que ellos condenaban como falsa. Y acercándose á El, no solo le arrojaron de la Sinagoga, donde con tanta caridad y dulzura habia tratado de corregirles, sino que sacándole fuera de la ciudad, le llevaron á una alta roca, de donde trataron de despeñarle. Pero cuando iban á ejecutar atentado tan horrible, Jesus salió de entre ellos, sin que pudiesen dar un paso ni levantar un brazo para detenerle, y se alejó tranquilamente por una llanura, con direccion á Cafarnaun, diciendo al irse: "Nadie en su patria puede ser un Profeta."

Los nazareos dieron en esta vez contra Jesucristo, una prueba manifiesta de su ingratitud. Llevado de su amor, habia ido á impartirles el bien de sus primeras predicaciones; pero ellos, no solo, no le recibieron como á un compatriota suyo, sino que llevando su envidia hasta la infamia, trataron de darle muerte.

La ingratitud es un defecto horrible; y en mi modo de sentir, creo que debería figurar entre los vicios capitales que afean y mauchan la conciencia del hombre.

¡Cuántas consecuencias, y hasta crímenes trae consigo la ingratitud!

¡La ingratitud es la negacion del bien que se recibe; el olvido de la memoria misma; la horripilante carcajada, el sarcasmo sangriento arrojado al rostro del beneficiador; el acíbar amargo en el corazón de la caridad!

Ser ingrato, es ser peor que los animales, pues que de ellos tenemos mil ejemplos de gratitud; es negar al alma uno de sus mas bellos sentimientos; es desnudarla de un ropaje que la eleva mucho mas alto que los pedestales de los reyes.

El ingrato, semejante á un puchero que tuviese en el fondo un agujero, recibe todo lo que se le concede, sin guardar de ello nada. Pero el ingrato, por mas alto que la fortuna le coloque, tendrá siempre que bajar la frente ante sus benefactores, porque la conciencia le recordará constantemente que tiene una deuda que pagar, cuyo precio es la gratitud, tesoro arrojado por él al lodazal, como la margarita de la fábula.

SUPLICA

Mi Jesus y Señor, aparta de mi pecho la ingratitud, encendiendo en mi corazón la fé, el amor y la gratitud, para que jamás te desconozca, ni olvide los innumerables beneficios, que cada día recibo de tu Mano. Amén.

CANTO X.

CAFARNAUN.

Junto á la fértil orilla
Del lago de Tiberiades,
Cual humilde cervatilla,
Hay una ciudad sencilla,
Célebre entre mil ciudades.

Crecen allí los cedrales
Y las palmas cimbradoras;
Y en un tapiz de trigales,
Se enlazan los cafetales
A los dátiles y moras,

Y en las linfas azuladas
De aquel lago que el sol dora,
Nadan patos en parvadas,
Y vuelan enamoradas
Blancas garzas de Basora.

El Líbano con sus crestas
Domina su casería;
Y en sus risueñas florestas,
Cantando pasan las siestas
Las palomas de Turquía.

Cintila la blanca luna
Entre horizontes de luz:
Y al pié de altiva aceituna,
Sin ostentacion alguna
Crece el humilde orozus.

Y el lago, sobre su lecho
De conchas y caracoles,
¡Ruje!.....y en perlas deshecho,
Deja caer de trecho en trecho
Sus oleajes tornasoles.

Cafarnaun, gentil y hermosa,
Con su cielo de colores,
Es, cual las palmas airosa,
Como su lago graciosa,
Y humilde como sus flores.

Pero Jesús la destina
Por centro de sus misiones;
Y del desierto camina
A darle de su Doctrina,
Las saludables lecciones.

Y allí su voz es oída
Con respeto y con cariño;
Y sus palabras de vida,
Van, de la madre querida,
Hasta el corazón del niño.

Hace milagros patentes
A la luz del claro día:
Le siguen miles de gentes,

Ya al borde de los torrentes,
Ya á la cañada sombría.

De los lábios del Dios-Hombre
Mana suprema dulzura:
No hay allí quien no se asombre,
De su alta ciencia sin nombre,
Ante la palabra pura.

La verdad va por su boca
Como deslumbrante effluvio,
Cual corre de roca en roca,
Refrescando cuanto toca,
El estruendoso Danubio.

La humildad es su elemento;
La caridad es su tema;
La bondad su pensamiento;
La pobreza su contento;
Fé y esperanza su lema.

Y Cafarnaun cariñosa
Le escucha, le ama, le admira,
Y absorbiendo cuidadosa,
Doctrina tan portentosa,
En sus raudales se inspira.

CAPITULO VIII.

¡HE ALLI EL CORDERO DE DIOS!

Jesucristo salió del desierto, á donde le habia llevado el Espíritu Santo; y donde permitió ser tentado del Demonio, cuando, despues de cuarenta dias de riguroso ayuno, comenzó á sentir el hambre.

Dirigióse á las campiñas, donde predicaba Juan Bautista la divinidad de Jesucristo á las turbas que le seguian. Tomó hácia la orilla derecha del Jordan; y fué á pasar á una distancia corta de Juan, por entre unas higueras corpulentas, cuya sombra abarcaba un gran trecho del rio, y cuyas raices se prolongaban hasta el arenoso cauce.

Pero Juan, á quien no podia ocultarse la presencia del Señor en aquellos sitios, por hallarse lleno de la gracia del Espíritu Santo, fijó los ojos en la cercana orilla, y dirigiéndose á sus discípulos, exclamó: "¡Hé allí el cordero de Dios!"

Al pronunciar el Bautista estas palabras, dos de sus discípulos, y que eran los que mas cerca de él se hallaban, fueron con precipitacion en seguimiento de Jesus, diciendo:

—No sea que desaparezca; y no volvamos á verle.

Ya al borde de los torrentes,
Ya á la cañada sombría.

De los lábios del Dios-Hombre
Mana suprema dulzura:
No hay allí quien no se asombre,
De su alta ciencia sin nombre,
Ante la palabra pura.

La verdad va por su boca
Como deslumbrante effluvio,
Cual corre de roca en roca,
Refrescando cuanto toca,
El estruendoso Danubio.

La humildad es su elemento;
La caridad es su tema;
La bondad su pensamiento;
La pobreza su contento;
Fé y esperanza su lema.

Y Cafarnaun cariñosa
Le escucha, le ama, le admira,
Y absorbiendo cuidadosa,
Doctrina tan portentosa,
En sus raudales se inspira.

CAPITULO VIII.

¡HE ALLI EL CORDERO DE DIOS!

Jesucristo salió del desierto, á donde le habia llevado el Espíritu Santo; y donde permitió ser tentado del Demonio, cuando, despues de cuarenta dias de riguroso ayuno, comenzó á sentir el hambre.

Dirigióse á las campiñas, donde predicaba Juan Bautista la divinidad de Jesucristo á las turbas que le seguian. Tomó hácia la orilla derecha del Jordan; y fué á pasar á una distancia corta de Juan, por entre unas higueras corpulentas, cuya sombra abarcaba un gran trecho del rio, y cuyas raices se prolongaban hasta el arenoso cauce.

Pero Juan, á quien no podia ocultarse la presencia del Señor en aquellos sitios, por hallarse lleno de la gracia del Espíritu Santo, fijó los ojos en la cercana orilla, y dirigiéndose á sus discípulos, exclamó: "¡Hé allí el cordero de Dios!"

Al pronunciar el Bautista estas palabras, dos de sus discípulos, y que eran los que mas cerca de él se hallaban, fueron con precipitacion en seguimiento de Jesus, diciendo:

—No sea que desaparezca; y no volvamos á verle.

Poseídos de una fé ardiente y con gran deseo de oír su divina palabra, le seguían á una distancia corta, sin atreverse á acercarse ni á interrumpir su silencio. Mas Jesus, que sabia bien que era seguido, volvió sus ojos á ellos, y les dijo:

—¿Qué es lo que buscáis aquí?

—Maestro,—dijeron á un tiempo—¿dónde habitáis? porque nosotros buscamos vuestra morada, donde sin duda podremos oiros y aprender vuestra Doctrina.

—Seguidme, y vereis y oireis,—les dijo Jesus con su acostumbrada dulzura.

¡Los dichosos hombres que le seguían, eran Andrés y Juan el Evangelista!

El Señor mantuvo con ellos una conversacion de tres horas, durante la cual se sintieron atraídos por una gracia particular, y dispuestos á seguirle y á no separarse nunca de El.

Al oscurecer se volvieron á Betzaida, de donde eran nativos. En el camino encontró Andrés á Simon, hermano suyo, y lleno de gozo, le dijo:

—¿Sabes, Simon, que hoy hemos encontrado al Mesías?

—¿Y dónde?—preguntó Simon sorprendido.

—Se halla en esa aldea que acabo de dejar, y donde largo rato estuvimos, Juan el Zebedeo y yo, oyendo la dulzura de su divina palabra.

Simon era de un carácter vivaz y fogoso; así fué que sin detenerse á preguntar mas á su hermano, se dirigió á la aldea en busca de Jesus. Era ya de noche. Al verle Jesus, le dijo:

—Acércate, Simon, hijo de Jonas; tú serás llamado desde ahora Cefas, (esto es, Pedro.)

A la mañana siguiente, tomando Jesus el camino de Caná, seguido de sus discípulos, Pedro, Andrés y Juan, vió venir un hombre por el camino de Betzaida. Se adelantó hácia él y le dijo, con acento dulce:

—Felipe, desde hoy me seguirás y formarás parte de mis discípulos.

Felipe no se resistió, sino que inmediatamente, sin poner obstáculo ninguno, le siguió.

Tenia Felipe un amigo llamado Natanael, que en el apostolado se conoce con el nombre de Bartolomé. Era uno de esos amigos de infancia, que nunca se olvidan, y cuyo cariño parece crecer y fortalecerse con los años.

Felipe se dirigió á él una mañana; y como Natanael le instase á descansar, le contestó:

—No puedo detenerme; y si he llegado hasta aquí, ha sido solamente para decirte, que el Mesías está entre nosotros, y que es Jesus, Hijo de José, el humilde carpintero de Nazareth.

—¿Acaso puede salir cosa buena de Nazareth? preguntó Natanael entre dudoso.

—Natanael, yo no defiendo á Nazareth, cuyo desprestigio todos conocemos; pero si quieres crearme, ven; y cuando estés en presencia de Jesus, oyendo la sabiduría de sus palabras, podras decirme, si de Nazareth puede venir cosa buena.

Natanael siguió á Felipe sin repugnancia. Mas apenas le vió Jesus, exclamó:

—Ved ahí un verdadero Israelita; en su cara no hay falsedad.

Al oír Natanael lo que de él decía Jesús, le preguntó, con ingenuidad sencilla.

—Maestro, ¿dónde me habeis conocido?

—Antes de que Felipe te llamara,—dijo Jesús,—te he visto sentado al pie de la higuera, que dá sombra á tu casa.

Natanael, sorprendido y tocado de la gracia divina, exclamó, callendo de rodillas á las plantas de Jesús, mientras sus manos se cruzaban sobre el pecho.

—¡Vos sois el Hijo de Dios! ¡Vos sois el Rey de Israel, el Prometido, el Deseado de las naciones!

—Tú has creído,—dijo Jesús—porque te he revelado, haberte visto bajo la higuera. En verdad os digo á todos, que vereis cosas mayores; vereis abrirse el cielo, y á los Angeles de Dios bajar y subir sobre el Hijo del Hombre.

Por la tarde, Jesús y sus discípulos, siguieron su camino hácia Caná de Galilea, perteneciente á la tribu de Zabulon.

Desde la muerte del casto José, María habia cambiado su habitacion á Caná, sin duda por estar mas inmediata á Cafarnaun, ciudad populosa á la orilla del mar Genzareo, y á la que Jesús habia elegido para su residencia ordinaria.

Todas las madres abrigamos ese deseo innato de no separarnos de nuestros hijos; todas tenemos esa tendencia de buscarles cuando se alejan; de acercarnos á ellos si se hallan distantes.

Para la madre no hay mayor dicha, no hay felicidad que supere á la ventura de hallarse junto al ser á quien dió la vida; junto al ser que por sí solo, forma el mundo de su corazon, la vida de su vida.

¡Separad á una madre de su hijo, arrancadlo de sus brazos, y la vereis llorar, convulsa y delirante, con ese llanto desgarrador que desarmaria la mano del tirano, si en él cupiera el sentimiento de la compasion!

¡Oh! para la buena madre, para la madre cristiana no hay sol mas alegre, que el sol que la calienta al lado de su hijo; no hay ambiente mas puro, que el que acariciando la frente de su niño, acaricia tambien la suya; no hay paisaje mas risueño que el que ven sus ojos al par de él!

María, modelo de madres, cuya alma era toda sentimiento y amor, vivia para su Hijo: en El pensaba á todas horas, porque le amaba como nadie en el mundo ha podido ni podrá amar. Su corazon le seguia á todas partes, como sigue el girasol los rayos diáfanos y ardientes del sol: sus ojos dulces y tranquilos como las ondas de un apacible lago, se fijaban con ternura en la blanca cinta de tierra por donde debia llegar á su pobre y pequeña casa.

Jesús y los cinco Apóstoles que le seguian, llegaron á Caná, cuando unos parientes de María preparaban sus bodas. Sea por cariño ó por costumbre, ó porque el Salvador así lo dispusiese, los parientes de los novios fueron á convidarlos para que asistiesen á su mesa.

Jesús y María aceptaron el convite que se les hacía, y en el que Jesús obró uno de sus más asombrosos milagros, convirtiendo el agua en vino.

El Cordero de Dios había elegido sus primeros Apóstoles; les había infundido una fé ardiente; les había llenado de la luz de su gracia; pero quiso hacerlos testigos de aquella maravilla para que conocieran la magnitud de su poder, y su alma se afianzara aun más en la fé.

SUPLICA

Mi Dios y mi Señor; ante cuya palabra y poderío, todo cede y todo se anonada; ante cuya grandeza, todo es pequeño; y ante cuya sola presencia se humillan y vacilan los poderosos de la tierra. Haz que mi corazón dócil á tí como los corazones de tus amados Apóstoles, siga con amor el camino de la verdad; por donde solo irán, los que atentos á tu voz, ni la desoigan ni la vituperen. Amén.

CANTO XI.

LAS BODAS DE CANA.

Presidiendo la mesa de un banquete
Hallábase Jesús, junto á María;
En torno á sus Apóstoles tenia,
Que le miraban con creciente amor.

Era la concurrencia numerosa;
Y aunque el vino en las hidras rebosaba,
Cuando el festin á la mitad tocaba,
El vino de las hidras escaseó.

En vano economiza el mayordomo
El corto resto que en su fondo queda:
Sudor de oprobio por su frente rueda,
Frente que cubre densa palidez.

Y le miran los novios angustiados,
Sosteniendo en el alma interna lucha:
La concurrencia que les cerca es mucha;
Les humilla del vino la escasez.

La Santísima Virgen, ya notando
Del mayordomo la angustiada pena,
A su Hijo viendo de dulzura llena,
—“No tienen vino,” dice con amor:

—¿Y qué nos va, su Hijo le contesta,

«Que el vino falte en el festin ahora?

«Aun no llega, Mujer, mi última hora:

«Desconocido en mi poder aun soy.»

ALERE. Sin fijarse en el tono reprobivo
 VE. Con que fué contestada su demanda,
 Ella á los criados que se acercan manda,
 Hagan lo que Jesus les va á ordenar.
 Jesus la mira; y dice á los sirvientes:
 «Llenad las hidras de agua de la fuente.»
 Obedecieron luego; y prontamente,
 Se vió el agua en las hidras rebosar.

Entónces les mandó llenar un vaso
 De aquel líquido puro y cristalino;
 Y hallaron al tomarle, que era vino
 De suave gusto y esquisito olor.

Absortos los Apóstoles quedaron
 Ante aquella incontable maravilla;
 Y en su creciente admiracion sencilla,
 Ya miraban el agua, ya al Señor.

Y los novios, los criados, los parientes,
 Del mas cercano viendo sobre el hombro,
 Al Hijo contemplaban con asombro,
 Y á la Madre con tierna gratitud.

Y comentan el hecho unos con otros;
 Y por la tarde, cuando el vino sobra,
 Mas proporciones el milagro cobra
 ¡Y en silencio bendicen á Jesus!

CAPITULO IX.

JESUS VA POR PRIMERA VEZ A JERUSALEN.

Las blancas brumas del Mar Genesareo, como crespon flotante, humedecen las arenosas playas de sus desiertas orillas, lamidas constantemente por el mujidor oleaje que, en el continuo balanceo de su contacto con las brisas, se desliza sobre ellas para hacer mas estrepitoso su tumbo ondisonante al sepul+arse en el mar.

Algunas garzas cruzan las orillas en todas direcciones, remando pesadamente sus blancas y sedosas alas, y van á buscar en la arena los plateados pescadillos que deja el oleaje en pos de sí; ó bien se paran á sacudir su plumaje en las vecinas rocas, desde donde parecen contemplar con orgullo, la llanada de agua que se extiende á sus pies, dibujando á lo léjos un cielo azul, donde vagan errantes graciosos borreguillos nubíferos, que se aparecen ó se desvanecen al capricho del viento.

Andrés y Pedro, sentados á la orilla poética de aquel mar cantado tantas veces por los bardos del cristianismo, echan sus redes á las rizadas ondas con objeto de recojer pescado.

Porque pescadores de oficio, cada dia que pasaban retirados de su Divino Maestro, iban á e-

—¿Y qué nos va, su Hijo le contesta,

«Que el vino falte en el festin ahora?

«Aun no llega, Mujer, mi última hora:

«Desconocido en mi poder aun soy.»

ALERE. Sin fijarse en el tono reprobivo
 VE. Con que fué contestada su demanda,
 Ella á los criados que se acercan manda,
 Hagan lo que Jesus les va á ordenar.
 Jesus la mira; y dice á los sirvientes:
 «Llenad las hidras de agua de la fuente.»
 Obedecieron luego; y prontamente,
 Se vió el agua en las hidras rebosar.

Entónces les mandó llenar un vaso
 De aquel líquido puro y cristalino;
 Y hallaron al tomarle, que era vino
 De suave gusto y esquisito olor.

Absortos los Apóstoles quedaron
 Ante aquella incontable maravilla;
 Y en su creciente admiracion sencilla,
 Ya miraban el agua, ya al Señor.

Y los novios, los criados, los parientes,
 Del mas cercano viendo sobre el hombro,
 Al Hijo contemplaban con asombro,
 Y á la Madre con tierna gratitud.

Y comentan el hecho unos con otros;
 Y por la tarde, cuando el vino sobra,
 Mas proporciones el milagro cobra
 ¡Y en silencio bendicen á Jesus!

CAPITULO IX.

JESUS VA POR PRIMERA VEZ A JERUSALEN.

Las blancas brumas del Mar Genesareo, como crespon flotante, humedecen las arenosas playas de sus desiertas orillas, lamidas constantemente por el mujidor oleaje que, en el continuo balanceo de su contacto con las brisas, se desliza sobre ellas para hacer mas estrepitoso su tumbo ondisonante al sepul+arse en el mar.

Algunas garzas cruzan las orillas en todas direcciones, remando pesadamente sus blancas y sedosas alas, y van á buscar en la arena los plateados pescadillos que deja el oleaje en pos de sí; ó bien se paran á sacudir su plumaje en las vecinas rocas, desde donde parecen contemplar con orgullo, la llanada de agua que se extiende á sus pies, dibujando á lo léjos un cielo azul, donde vagan errantes graciosos borreguillos nubíferos, que se aparecen ó se desvanecen al capricho del viento.

Andrés y Pedro, sentados á la orilla poética de aquel mar cantado tantas veces por los bardos del cristianismo, echan sus redes á las rizadas ondas con objeto de recoger pescado.

Porque pescadores de oficio, cada dia que pasaban retirados de su Divino Maestro, iban á e-

jercer su profesion à orillas de aquel pequeño y célebre mar.

Jesus, pasando alli cerca les dice: "Seguidme; y os haré pescadores de almas."

Andrés y Pedro, sin excusa ninguna, le siguen prontamente.

¿A dónde va Jesus con sus discípulos, Pedro y Andrés, Juan y Santiago, á quienes llama mas delante y que tambien pescaban?

¡Ah! Jesus se dirige por vez primera, en sus predicaciones, á Jerusalem; ciudad ingrata, destinada á ser el sangriento teatro donde se eclipsara su preciosa vida; y cuyo miserable polvo aun no era pisado por su divina planta.

Pasa el torrente Cedron; y penetra en la ciudad, donde mas tarde, tiene que sufrir dolores sin cuento.

Sus altos minaretes, sus ricas sinagogas y sus suntuosos palacios, en cuyas ojivas ventanas flotan vaporosas cortinas de Sidonia, se destacan á su vista como negros fantasmas de dolor.

Jesus no da un pasc allí que no le hiera. Su perfectibilidad le presenta en cada uno de ellos, terribles episodios que como Hombre teme; con cuanta mayor razon, cuanto que, siendo de una naturaleza divina en cuanto Dios, adherida esta divina naturaleza á la humana, adoptada por El desde su concepcion, era por su misma perfeccion mas susceptible de sentir.

Dirigiéndose al Templo, halló que en el átrio comerciaban los judíos con toda clase de vendimias. Y justamente airado, despues de reprenderles se-

veramente, sin que éstos abandonaran el átrio, tomó un látigo y los arrojó de ahí diciéndoles: "No hagais la casa de mi Padre, casa de negociacion."

El Templo de Jerusalem, edificado por Salomon en siete años; destruido cuatrocientos cuarenta años despues, en breves momentos, por Nabucodonosor, y reedificado mas tarde, en cuarenta y seis años por el príncipe Zorobabel, presenció ese dia la majestad, grandeza y poder de su Divino Legislador.

El dia catorce, destinado á la celebracion de la Pascua, hizo Jesucristo tantos y tan sorprendentes milagros, que muchos le tuvieron por un gran Profeta.

Sin embargo, no era Jerusalem la que habia de creer en los prodigios del Hijo de María; no era ella, la que habia de cosechar el fruto del bien: la semilla de la verdad que en ella departia, era recojida por pocos.

A los pocos dias, la mayor parte de los judíos comenzaron á temerle y á maquinár su muerte.

Empero Nicodemo, hombre sabio y respetable, de quien el pueblo se aconsejaba, y que tocado por el Señor, se habia instruido en su Doctrina secretamente, se oponia á los maquiavélicos deseos de los judíos que trataban de esterminarle, como enemigo de la ley de Moises.

Jesucristo abandonó á Jerusalem para visitar todos los pueblecillos y aldeas de sus contornos; en los cuales hizo que se bautizasen todos los que le seguian.

Este Bautismo dió lugar á una acalorada dis-

puta entre los discípulos de Jesús y los del Bautista.

Se disputaban ambos la supremacía de los méritos del bautismo; porque sabido es, que los discípulos de S. Juan, bautizaban por orden de su maestro.

Entonces S. Juan, colocándose en lo alto de una roca, dice a sus discípulos:

«El que ha venido al mundo después de mí, Dios es; y quien creyere su palabra se salvará y hallará paz en su alma; y será como las rosas que abren su cáliz en la alborada, para recoger el rocío que debe vivificarlas.

«Yo bautizo en agua, mas El bautiza en espíritu.

«Yo me regocijo en su grandeza y le alabo como a mi Dios y Señor.

«El crepúsculo, débil luz, desaparece y se unde en la nada en proporción que el sol, levantándose sobre el Oriente, fecundiza los campos y llena de vida las sementeras: así yo, decreceré y me undiré en el polvo; porque polvo soy; mientras el Hijo de Dios se eleva por su propia virtud y poder, hasta tocar el cielo; porque del cielo es.

«Regocijads en su presencia como yo me regocijo; porque El es todo, y nosotros nada somos ante El.

Después de este misterioso discurso los discípulos de S. Juan cesaron en su discusión y se humillaron.

Mas los Escribas y los Fariseos, no cesaron

en sus persecuciones contra el Salvador; y trataron de ir á apoderarse de su divina persona al pueblecillo donde se hallara.

Jesucristo entonces resolvió alejarse de la Judea.

Fuése á Galilea; esto es, fuera del dominio de los judíos.

Allí no tenía nada que temer.

Partió para Samaria; pero antes se detuvo en Sicar, pequeño pueblo, donde tenía que obrar una de sus más grandes maravillas; y que había de ser una perla más en la corona de sus prodigios: era esta, la conversión de la Samaritana.

Adorable Redentor mio, cuya misericordia no tiene límites; cuya clemencia, sobrepaja á toda gradeza; y cuyo amor va siempre y continuamente en busca de aquellas almas que se encuentran próximas á sepultarse en el abismo de la pardi- cion. Desde el fondo de mi nada, te ruego con toda mi alma, que como á la Samaritana, me des á beber en tu palabra el agua de la gracia; para que la sed del pecado se aparte de mí, y solo en Tí ponga mi corazon, libre de toda mancha que lo haga desagradable á tus divinos ojos. Amén.

CANTO XII.

LA SAMARITANA.

El sol, á la mitad de su carrera,
Del monte Garizin sobre la cumbre,
Como roja y brillante cabellera,
Dejaba ver su amarillenta lumbre.
Dormitaba en los bosques la pantera
Aparentando torba mansedumbre;
Y á veces su mirar fosforescente
Receloso abarcaba la pendiente.

El leopardo, el jaguar, el cocodrilo,
Ocultos á la luz en su guarida,
Al venado acechaban, que tranquilo
Descansaba en la yerba enardecida.
Lánguida la violeta su pistilo
Doblegaba en la arena emblanquecida,
Y buscaban la sombra los clarines,
En los bosques de ceibas y jazmines,
El pueblo de Sicar sobre su falda,
Reclinaba su frente de arrayanes,
Ceñida con la mágica guirnalda
De jacintos y blancos tulipanes.

El sol ardiente que su suelo escalda,
Brilla sobre sus muros y desbanes,
Cual brilla la cascada de cabello
Que baja en ondas por el blanco cuello.

Bajo la fresca sombra del sabino,
Con su sencilla túnica de lana,
Abanicada por delgado lino,
Hilaba la gentil samaritana;
O á orillas del arroyo cristalino,
Sobre la yerba mullida y galana,
Bajo el feston de arábigo huizache,
Destrenzaba la trenza de azabache.

O ya el samaritano perezoso,
En hamaca de débiles cordeles,
Contemplaba del humo vaporoso
Los delgados y finos chapiteles;
O entregado al trabajo sudoroso,
Cruzaba las llanuras y verjeles,
Con el tercio de trigo hácia la espalda,
Jadeante al sol que su mejilla escalda.

Los habitantes de Sicar huían
El trato y amistad de los judíos,
Porque ambos á la par se aborrecían,
Y á la par se pagaban con desvíos;
A un mismo fin los dos se dirigian,
Como van á la mar dos grandes ríos:
Esperaban en Dios, á Dios oraban
E incienso puro en el altar quemaban.

Mas el samaritano erradamente

Al Templo de Salen negó su culto;
Y allá del Garizin en la pendiente,
Y de sus rocas cabe el suelo inculto,
Otro templo á su Dios alzó ferviente,
A la ley de Moises haciendo insulto;
Donde sus sacrificios ofrecía
Y en la Pascua tambien á orar subía.

Caminando Jesus á Galilea,
Sediento y ya cansado del camino,
Junto al brocal de un pozo que sombrea
La copa de un altísimo sabino,
Sentóse á descansar: la luz febea
A su semblante, varonil, divino,
Comunica esplendor, y mas pureza
Refleja de su frente la belleza.

De pronto una mujer llegó á la fuente;
Alta, morena, de brillantes ojos,
Graciosa y tersa la trigüena frente,
Frescos como el clavel los labios rojos.
Túnica burda de algodón caliente,
Callendo hasta el tobillo en pliegues flojos,
Cubre su talle, como el junco esbelto,
Y un sallo envuelve su cabello suelto.

Colocaba su cántara en el suelo,
Cuando Jesus con apacible acento,
Trató de levantar el denso velo
Que ocultaba de aquella el pensamiento:
Clavó en ella sus ojos con anhelo,
Pidióle de beber, y ella al momento

Contestó con asombro:—Eres judío;
¿Cómo beber del cántaro que es mio?

—Si tú me conocieras, le responde,
Agua viva tu lábio pediría:
Yo, á quien tu impura vida no se esconde,
El agua de la vida te daría.
—¿Dónde, dice, está esa agua, dónde, dónde?
—Al probarla tu sed se apagaría;
Y aunque siglos enteros pasar vieras,
A tener sed, Sarai, nunca volverías.

Mas asombrada en el brocal redondo,
Inclinóse la linda sicareña:
—¿Cómo darme agua viva? el pozo es hondo,
En su ignorancia dijo, de sí dueña,
Y recojiendo su cabello imblondo.
La boca del Señor se abrió risueña,
Y en acento sonoro y voz sentida,
A Sarai refirió su propia vida.

—¿Quién sois, exclama entre admirado a-

[cento,
Que habeis en mi existencia penetrado,
Que el velo descorreis del pensamiento,
Y la oscura cortina del pasado?
¿Quién sois, que á lo futuro dais aliento
Y condenais solícito el pecado,
Que el don de la palabra en vuestra boca
Ablanda, cual la cera, cuanto toca?

—Soy, le dice Jesus, soy el Mesías;
El esperado en todas las naciones;

El que rige las horas y los días;
Y cuenta las estrellas por millones:
A mi voz, los creyentes corazones,
Irán tras verdaderas alegrías;
Cesa de las tinieblas la carcoma,
Y el sol de la verdad fúlgido asoma.

Luego que los discípulos llegaron,
Fuese Sarai, á voces repitiendo:
"¡Es Dios! sus lábios, de virtud me hablaron,
"En mí sus ojos con piedad poniendo!"
Mujeres, niños y hombres se agruparon,
Los unos con asombro, otros riendo,
En torno de Sarai que repetía:
"¡Me ha revelado aquí la vida mía!"

— "Seguidme de Jacob á la honda fuente,
"¡Venid y le vereis! venid conmigo:
"Es tersa como el mármol su ancha frente,
"Suave su voz como el frutal del higo."
Fuese tras ella multitud de gente,
Queriendo cada cual ser un testigo;
Y aun le hallaron al lado del camino
Sentado junto al pozo cristalino;

Jesus, al ver que atentós le miraban,
Desplegó la dulzura de su acento;
Y todos con asombro le escuchaban,
Ya elevarse al nevado firmamento,
Ya sondear los secretos que ocultaban,
Ya condenar el vicio, y al momento
Eucomiar la virtud: niños y viejos,

Escuchaban allí sabios consejos!

Detùvose en Sicar algunos dias,
A sus habitadores convirtiendo,
En santas y apacibles alegrías,
De la verdad el fruto recojiendo.
"Es el Hijo de Dios, es el Mesías,"
Convertida Sarai iba diciendo:
"¡Yo seguiré sus pasos desde ahora,
"Porque El ha de llevarme á donde mora!"



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO X.

LAS BIENAVENTURANZAS.

Jesucristo permaneció dos días en Samaria, después de los cuales siguió su camino hacia Galilea.

Caná y todos los pueblecillos que tocó en su tránsito, fueron testigos irrecusables de la grandeza de su poder.

Una multitud de milagros hechos á la luz del día y entre millares de gentes que le seguían, patentizaban lo grandioso de su nombre, lo inmenso de su poder, y la gran bondad y misericordia con que miraba las penalidades físicas y morales de la humanidad.

Caná vió la curación del hijo de un Régulo, y la de un poseído.

Mas adelante Cafarnaun presencia entre otros mil prodigios, la curación de la suegra de Pedro, que violentamente libre de la fiebre, pudo ella misma servirle la comida á Jesus.

Mudos, ciegos, sordos y tullidos, se vieron á la palabra de su boca ó al simple contacto de su divina mano, libres del mal que les aquejaba.

Hallándose una tarde á orillas de Cafarnaun, bajo la sombra de un abeto, cuyas frondosas ra-

mas balanceándose en el aire, le guarecian de los rayos del sol, brotó de sus lábios un sermón, cuya apología es quizá una de las que mas asombran en su portentosa vida.

Sublime manantial de promesas, á través de cuyo fondo cristalino, se ve como complemento de ellas, el premio sin igual prometido por su divina boca al que, obrando bien, no se desvie del sendero que le ha trazado la virtud.

Este bellissimo sermón, que los católicos aprendemos en nuestros primeros años, es conocido con el nombre de *Bienaventuranzas*.

¡Cuánta virtud, cuánta moral, cuánta ternura, en fin, se encierran en los ocho artículos que las componen!

Bienaventurados los pobres de espíritu. ¿Y quiénes son los pobres de espíritu?

Los pobres de espíritu, son aquellos que viviendo siempre agradecidos á su Dios y Señor, no murmuran nunca de su pobreza, sino que al contrario, la bendicen como venida que es de sus divinas manos.

Pobres de espíritu son: los que despreciando la pompa y vanidades del mundo, ni buscan, ni desean la grandeza, cuyo brillo deslumbrador es para ellos ráfaga brillante, que destumbrará á la vista y aumentará la sed del corazón.

Pobres de espíritu, en fin, son los ricos y potentados que viviendo en la opulencia, en medio de las comodidades y de los honores del mundo, aman la pobreza y no se desdennan de la amistad del pobre; sino por el contrario, le protegen, le

miran como á su hermano, y se sientan en el humilde banquillo de su choza con la misma alegría con que descansarán en el alcázar de un príncipe.

¡Bienaventurados porque de ellos es el reino de los cielos!

¡Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

La humildad es el fundamento de todas las demas virtudes; es como la fuente cristalina que da vida á los plantíos, ó como la lluvia del cielo que callendo sobre los campos, hace que se cubran de flores matizadas.

El que es manso, esto es humilde, huye la alabanza agena y evita la propia: es como las violetas, humildes florecillas, que perfuman el campo ocultas bajo el follaje de otras plantas.

El humilde, el verdaderamente humilde, se coloca en el último lugar, no por mera fórmula, sino porque cree que no es merecedor del primero.

¡Benditos los humildes! porque es su herencia la patria celestial!

¡Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Las lágrimas del arrepentimiento son perlas de inestimable precio á los ojos del Altísimo: ellas suben á través del incienso y, puras y cristalinas como el rocío matinal, van á regar al pie del trono donde reside el Padre amoroso y tierno, cuyo corazón y cuyos brazos se hallan siempre abiertos para recibir al pecador que arrepentido, llora lágrimas de verdadera contrición.

¡Bienaventurados los que han hambre y sed

de justicia, porque ellos serán hartos.

«Quien tenga hambre y sed, dice Jesucristo, venga á mí»

Jesucristo es el sustento espiritual de las almas.

¡Bienaventurado será, quien tiene hambre y celo por la gloria del Señor: quien pasa la vida en continuo deseo de poseerla y suspirando por el feliz instante en que su alma, rompiendo las redes que la aprisionan en este valle de dolores, pueda volar á la presencia de su Creador!

¡Hartos se verán de su gloria, los que tienen hambre porque se obre toda justicia!

¡Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Quien se compadrece de las miserias agenas y procura remediarlas; quien ve con lástima y sin vituperio los descarríos de sus semejantes; quien pudiendo castigar al que le hizo un daño, usa con él de misericordia y le perdona, hallará en Dios gran misericordia, cuando tenga que comparecer en su presencia.

¡Bienaventurados los que saben compadecerse y perdonar!

¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.

«Ninguna cosa manchada entrará al reino de los cielos, dice Jesucristo; así pues, lo que esté manchado habrá de purificarse con el arrepentimiento.»

¡Una alma pura que, huyendo del pecado, sabe conservarse en la gracia y amistad del Señor,

tarde ò temprano recibirá su recompensa, porque será digna de verle, de contemplar su grandeza y de ensalzar su gloria en union de los ángeles!

¡Felices los que puedan presentarse sin mancha á los ojos del Señor!

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Las almas justas que, huyendo la corriente de los vicios, lo ven todo con resignacion, sin alterarse por los males recibidos, ni ensoberbecerse por los bienes adquiridos; que conservan la paz de su alma, á través de las vicisitudes humanas, y procuran la paz de los otros, poniendo todos los medios que para ello son necesarios; esas son verdaderamente hijas de Dios.

¡Llenos serán de gloria los que viven en la paz del Señor!

Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia y virtud, porque de ellos es el reino de los cielos.

Desgraciados podríamos llamarnos, si nuestra vida fuera una cadena de flores, en la que no se encontrara una sola espina. Dios en su sabiduría inmensa, ha querido que el tesoro de su gloria cueste algo: no puede comprarse con oro, ni con honores, ni con valimientos; se compra, sí, ó mejor dicho, se gana con lágrimas, con virtudes y con buenas obras.

Una corona de sufrimientos será substituida por una de perlas preciosas, siempre que esos sufrimientos sean llevados con paciencia.

Los santos, no fueran santos, si no hubieran

sufrido por amor de Dios, ya el martirio, ya las persecuciones, calumnias, afrentas y cilicios.

El Santo Job, se vió reducido á tener por habitacion un establo, y á verse en él injuriado, no solo por sus amigos, sino por su misma esposa.

Cuanto mas grandes sean los sufrimientos, si los recibimos como de la mano de Dios, mas grande será el mérito, y mas grande todavía la recompensa; porque Jesus lo ha dicho: "El que padezca por mi amor, será bienaventurado!"

Después que Jesucristo concluyó de hablar sobre las bienaventuranzas, aun continuó predicando largamente sobre otras cosas.

Su santísima palabra tenia el don de atraer y cautivar; así es, que nadie le escuchaba una vez, sin quedar con el deseo de volver á oírle.

Continuamente se apiñaba el gentio en torno suyo; pero prosigamos adelante.

Jesus llegó á Cafarnaun, donde le esperaban multitud de enfermos, á quienes dejó sanos y libres del mal que padecian.

Una tarde se embarcó en el lago de Genesaret con sus tres discípulos, Pedro, Juan y Santiago, que se hallaban pescando á la orilla, hacia gran rato.

Cuando estuvieron en el barco, se quejaron al Señor de no haber sacado ni un pescado en toda la tarde.

Entonces el Señor, dirigiéndose á Pedro, le dijo: "Echa tu red al mar."

Pedro obedeció; y al instante sacó la red; pero era tanta la multitud de pescados que habia en

ella, que casi se rompía, y fueron suficientes para llenar dos barcos.

Pedro asombrado, calló á los pies del Salvador confesando su omnipotencia; mas El le dijo: "En lo de adelante dejarás los peces para otros, y tú seguirás siendo pescador de hombres."

Volvióse á Cafarnaun, donde permaneció algunos días, despues de los cuales se encaminó al lago de Genezaret por segunda vez.

SUPLICA

¡Oh Dios, todo bondad y misericordia! que viniendo al mundo para redimirle con el precio de tu sangre santísima, quisiste primero, por medio de tus sábias predicaciones, manifestarnos que tu divina ley es suave; y que observándola tendríamos por premio la bienaventuranza. Haz que en mi corazón se graben de tal manera tus preceptos, que ni el tiempo, ni las costumbres, ni el ejemplo de los que errados se han separado de tu Iglesia, sean capaces de arrancarlos de mi corazón. Amén.

CANTO XIII.

LA BARCA.

De Genesar el lago plateado y puro brilla,
De Genesar el lago sereno y claro está:
Los tules caprichosos se mecen á la orilla,
Se mecen á la orilla del lago Genesar.

En su brillante espejo, cual juguetonas ninfas,
Las rizadoras ondas se miran resbalar;
Y besan su ribera las azuladas linfas,
Las azuladas linfas del lago Genesar.

Las garzas, las patudas, los cisnes de colores,
Cual hábiles remeros, se acercan á pescar;
Y nadan á flor de agua los patos nadadores,
Los patos nadadores del lago Genesar.

De nacaradas conchas bordada está la arena,
Y los pescados blancos al sol se ven brillar,
Y allá á lo lejos se alza carnívora ballena,
Carnívora ballena del lago Genesar.

Ya el sol su frente oculta del mar entre las ondas,
Y de oro se abrillantan las olas al rodar,
Y de tisú se forman cascadas en las blonads,

Cascadas en las blondas del lago Genesar.

Y diez ó doce naves, rasgando el agua mansa,
Se alejan de la orilla marcando un luminar;
Arroja en torno perlas el agua que arremansa,
El agua que arremansa, del lago Genesar.

En la espumosa nube que forman las estelas
Los ojos del pescado se miran fosforear:
El fuerte viento á poco comienza á inflar las velas,
Las velas que atraviesan el lago Genesar.

Jesús con sus discípulos camina en una nave;
Mas quédase dormido cercano á un cabezal:
A poco entre los cúmulos, del trueno la voz grave
Temblar hace las aguas del lago Genesar.

Rompiendo los relámpagos la masa negra, oscura,
Serpientes de aereo fuego se miran culebrear:
La quilla de la nave azotan con pavora
Las enojadas ondas del lago Genesar.

Despréndense brillando, de entre el nublaje pardo,
Tupidas gotas de agua remedo del cristal;
Y tuerce, allá á lo léjos, su cuello el blanco nardo,
Y aléjanse las garzas del lago Genesar.

Y silba entre las jarcías, los mástiles y lonas,
El viento desatado que anuncia el vendaval;
El viento que se ehoca de dos distantes zonas
Sobre el airado espejo del lago Genesar.

Los remos y timones, por adiestradas manos,

Sobre las ondas turbias se ven allí jugar;
Mas los esfuerzos que hacen de salvacion son va-
; Ya miran los Apóstoles la nave zozobrar! [nos...

Se acercan pavoridos á su Señor que duerme,
Y cuyo dulce sueño no osaban perturbar;
Con rostro cadavérico, de miedo casi inerme,
Mirando la borrasca del lago Genesar,

«¡Ah! salvanos, le dicen, Señor, que perecemos!
«La nave combatida muy pronto se hundirá:
«Si tú no lo remedias, que vernos hoy tendremos
«Sepultos en la tumba del lago Genesar!»

Los grande ojos garzos Jesús abriendo luego
Les dice: «La tormenta pudisteis enfrenar:
«La fé es para las almas, lo que al jardín el riego;
«Sin ella buenos frutos jamás habreis de dar.

«¿Ni cómo creer pudisteis, que estando entre vo-
«La barca destrozada llegárase á mirar? [sotros,
«¡Dejad tan poca fé, dejadla para otros
«A quienes mi palabra no llegue á iluminar!»

Les dijo; y extendiendo sus manos portentosas,
Los vientos y las olas, y el trueno hizo callar:
Cesaron los relámpagos, las ondas estruendosas,
Y vióse luego en calma el lago Genesar.

Y todos asombrados, remando hácia la orilla,
Llegaron á Gerasa, bellísima ciudad;
Y absortos se contaban la grande maravilla
Que obrara en la borrasca del lago Genesar.

CAPITULO XI.

LA FE DE JAIRO.

Quando la barca parecia zozobrar entre las encespadas olas del Mar Genesareo, y Pedro clamó á Jesus, diciendo: „Sálvanos, Maestro, que perecemos.” el Salvador, dirigiendo sus ojos á él, le reprendió su poca fé, mientras extendiendo su mano hácia el firmamento, hizo calmar la tempestad, que por un momento habia turbado la tranquilidad de las olas y la alegría de los cinco Apóstoles que iban en la barca,

La fé es la joya mas preciosa con que el alma puede adornarse, durante su permanencia en el mundo.

Ella alienta nuestros pasos, enjuga nuestras lágrimas, impulsa nuestro trabajo, haciéndole mas ligero y productivo, y vigoriza nuestro espíritu cuando el desaliento se apodera de él.

La fé, es la blanca luz desprendida de la pupila del Eterno para guiarnos por el escabroso sendero de la vida y conducirnos con seguridad á la patria celestial: es el esquife seguro y ligero, que nos lleva por las encespadas olas del infortunio al puerto de la Ciudad Eterna.

Dios en su misericordia infinita, la depositó en nuestro corazon como la fuente del bien, como el talisman purísimo que ha de escudar nuestra debilidad; como la salvaguardia de nuestras creencias y el apoyo de nuestra débil ignorancia.

Quando la fé se pierde, se pierde todo: creencias, dignidad, valor, resignacion y bienestar: la moral se aleja con ella; y la descepcion mas horrible se apodera del espíritu, apagando con su aliento el faro salvador de la esperanza y el fuego sagrado del amor, para convertir en combustible destructor el noble imperio de las pasiones.

¡Solamente la falta de fé, arrastrando el alma por la pendiente del mal, por el camino del crimen, puede armar la mano del suicida!

Porque la falta de fé, es la falta de Religion; la falta de vida moral para el alma.

Pero volvamos á los Apóstoles, quienes ciertamente no carecian de fé; sino que su fé, ó no era lo bastante todavía para dominar sus temores, con la sola presencia de Jesus en el barco, ó les abandonó en aquellos momentos de terror.

El Señor les reprendió entónces su falta de fé, para que en lo de adelante se mostrasen mas firmes en ella.

La barca fué anclada á orillas del lago; y Jesus con sus Apóstoles saltó á tierra, al caer de la tarde, entrando poco despues á la ciudad de Gerasa, que se hallaba situada á la orilla del mar de Genesar.

Allí permaneció dos dias obrando una multitud de maravillas; pero los gerasenos, ingratos co-

mo los nazareos, le arrojaron de allí, ordenándole que saliera.

Jesus con sus discípulos volvió á Cafarnaun; y de allí se dirigió á la orilla del mar.

En aquella ribera sembrada de conchas y plateadas arenillas, hallábase un hombre cobrando las alcabalas.

Jesus volvió hácia él los garzos ojos, y le dijo: "Sígueme."

Entonces el hombre, sin hacer objecion ninguna, dejó el banco en que los alcabaleros acostumbaban sentarse allí, y que estaba ocupado por él en aquellos momentos, y fué á seguirle.

Aquel hombre, llamado Mateo, y por otro nombre Levi, formó desde allí, parte del Apostolado; y mas tarde tuvo la gloria de ser uno de los evangelistas, destinados á escribir para la posteridad, la vida de Jesucristo.

Pocos dias despues, Mateo preparó un banquete en su casa, digno de la presencia de su Maestro, y fué á convidarle.

Jesus aceptó el convite; y fué á su mesa, acompañado de sus otros discípulos y de un gran número de publicanos que le seguian.

Había tambien á la mesa algunos fariseos que comian y hablaban con Jesus. Pero viendo á los publicanos conversar y comer tambien con Jesus, se escandalizaron, y dijeron á los Apóstoles:

¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos?

Jesus, oyendo sus murmuraciones, y volviéndose á ellos, les dijo:

—No es la gente sana la que necesita de médico, sino la enferma: por eso os digo, que no he venido al mundo para buscar justos, sino pecadores.

¡Admirables palabras en que manifestó el Señor su gran misericordia en favor de nosotros, que á cada momento necesitamos de su divina gracia para levantarnos del asqueroso estado de la culpa! El justo en verdad, solo necesita de su divina gracia para perseverar en el buen camino; pero el pecador, necesita su perdon; y su infinita misericordia, es la que le ha de conceder.

Aun estaban á la mesa, cuando entró á la sala el Príncipe de la Sinagoga, llamado Jairo; Arrodillóse á los pies de Jesus, y le alabó. El semblante de Jairo revelaba una honda pena: en sus ojos se veia ese cerco oscuro que revela una noche de insomnio y de amargura: grandes y marcadas arrugas surcaban su frente; y en su mirada vaga é intranquila podia leerse, desde luego, la desesperacion de una alma que lucha, y lucha sin esperanza.

Efectivamente Jairo se hallaba dominado de ese pesar inmenso, que solo cabe en el corazon de un padre que lucha con la muerte, para arrebatarse al hijo de su amor próximo á descender á la tumba.

El Arquisinagogo tenia una hija única de doce años, llamada Talita, cándida y hermosa como los blancos celajes de la tarde; y aquella hija, luz de su ancianidad, se moria. Todos los esfuerzos de la ciencia para salvarla habian sido inútiles.

— Pero cuando ya desconfiaban de salvarla, Jairo, recordando las innumerables curaciones que Jesus habia hecho, fué á la sala del convite, donde sabia que se hallaba el divino Maestro; y donde le vimos entrar.

Jesus le miró con ojos compasivos, y Jairo animado con aquella dulce mirada, le dijo:

— Señor, mi hija se muere; pero si Vos poneis en ella vuestras manos se salvará.

— ¡Tan grave está tu hija? preguntó Jesus al desconsolado padre.

— ¡Ah Señor! exclamó Jairo, al venir hácia aquí, la he dejado en la última agonía: quizá á estas horas ha muerto ya, pero tengo fé en que Vos le devolvereis la vida.

Jesus se levantó de la mesa, y siguió á Jairo á su casa. Pero la multitud de gente que le rodeaba hasta oprimirle, le impidió llegar pronto.

No habia entrado aun á aquella casa desolada, cuando un criado, saliéndoles al encuentro, dijo á Jairo:

— Señor, la señora me envía para que os avise que vuestra hija ha muerto, que es inútil que el Señor se moleste en venir.

Al oír aquel recado, el semblante de Jairo se descompuso; una palidez mortal le cubrió y sus ojos se dilataron á impulso del dolor que le dominaba.

Jesus que le vió, trató de consolarle, diciendo:

— Ten fé, y tu hija vivirá, volviendo como de un sueño.

Al entrar á la casa del Arquisinagogo, la multitud se quedó fuera; y Jesus con sus discipulos, Pedro, Juan y Santiago, siguió á los padres de Talita á la sala mortuoria.

Adelantóse con magestad hácia el lecho en que yacia el cadáver de la joven, y extendiendo sus manos sobre el inanimado cuerpo que tenia á la vista, exclamó:

— Talita, levántate!

El asombro de aquellos cinco testigos que rodeaban el lecho fué grande, cuando, á las palabras de Jesus, vieron á Talita levantarse y caer de rodillas á los pies de su Salvador, tan sana como si jamás hubiese padecido mal alguno.

— Señor, Señor! exclamó Jairo, me habeis devuelto á mi hija, y yo os bendeciré toda mi vida; publicaré la maravilla que acabais de obrar conmigo, para que sea conocido vuestro poder y grandeza en toda la tierra.

— Jairo, Jairo, dijo Jesus, y vosotros todos los que aquí estais, bien sabeis que acabo de obrar una maravilla; pero os mando que acerca de ella, nada digais; guardad silencio, y así me dareis mayor prueba de gratitud.

Después de mil demostraciones de júbilo y de agradecimiento, que aquella familia le hizo, Jesus abandonó aquella casa dichosa, teatro de uno de sus mas grandes prodigios.

La gran fé de Jairo fué en esta ocasion, premiada por la misericordia de Jesus, que se complace en hacer bien al que con fé le busca y le pide.

¡Bendita fé! Ella nos acerca á nuestro Creador; ella nos alienta; ella nos salva!

SUPLICA

Dulce Jesus mio, Tú que peregrinando en la tierra, solo buscabas la fé de las almas para llenarlas de inmensos beneficios: Tú, que dijiste á Jairo, "Ten fé y tu hija vivirá," haz que la fé sea mi primer patrimonio; la antorcha purísima que me guíe por este mundo de miserias; el talisman sagrado que me conduzca hasta Ti, y salve mi alma en las contrariedades de la vida. Amén.

CANTO XIV.

PRISION DEL BAPTISTA.

Perseguido el Bautista en la judea,
Sus montañas dejo:
Y fuese á predicar á Galilea
La palabra santísima de Dios.

Allí reinaba Herodes el Tetrarca,
Afeminado rey,
Que del poder en la opulenta barea
Capricho y vanidad llevo por ley.

Rey de alma innoble y corazon liviano,
Su reino cimentó,
A la esposa robando de su hermano,
Y con la cual en público casó.

Sin perdonar Filipo aquella ofensa,
Que su honra mancilló,
A su hija llora, y en vengarse piensa
De quien hija y esposa le robó.

Entre tanto la adúltera Herodías
En el lujo oriental,

De festin en festin pasa los días,
Llena de oro, de perlas y coral.

Si alguna vez bajo el suntuoso techo

De rico brocatel,
La imagen de Filipo asoma al pecho,
El sociego turbando de la infiel,

«¡Venga el placer!» murmura: y rico vino,
En copas de cristal,
Lleva á su impuro lábio purpurino,
Que aun se encuentra sediento de gozar.

Y no hay en el palacio quien se atreva
Su pasado á tocar;

Que, aunque á Filipo en la conciencia lleva,
Es su enemigo quen le osó nombrar.

Cuando el Bautista á Herodes se presenta,
Le dice sin temblar:

«¡Por qué agena mujer el rey ostenta,
«Haciéndola hasta el solio levantar?»

«Esa mujer ¡oh príncipe! no es tuya,
«Sacrilego es tu amor,

«Vuéivela á su marido, porque es suya;
«Tu ilegítima union reprueba Dios.»

Y cuantas veces el Bautista tiende
Su vista á donde están,

Su vida escandalosa les reprende;
Y les sigue su voz doquier que van.

Pero Herodes respeta la pureza
Del sabio precursor;
Y escucha sin enojo en su grandeza
Su severa y continua reprension.

Mas ¡ay! no así la impúdica Herodías
Que injuriada se cree,
Y en medio de sus régias alegrías,
A un enemigo en el Bautista ve.

Y viendo entre sus flores una espina,
La trata de cortar.
Diciendo, allá en su alcoba diamantina,
«Quién así me sonroja morirá»

«Y complacida sajaré su boca,
«Su boca criminal:
«El que siempre vivió de roca en roca
«No á mi grandeza se debió igualar.

«Adúltera me llama, y mi conciencia
«Se atreve á torturar:
«Quien acibar derrama en mi existencia
«Sabrá muy pronto si me sé vengar.»

Sin trabas el furor su pecho quema;
Mira en torno de sí,
Y al pronunciar tan hórrido anatema,
Rióse como Satan debió reir.

Viendo despues cercana la venganza,
Valida del poder,

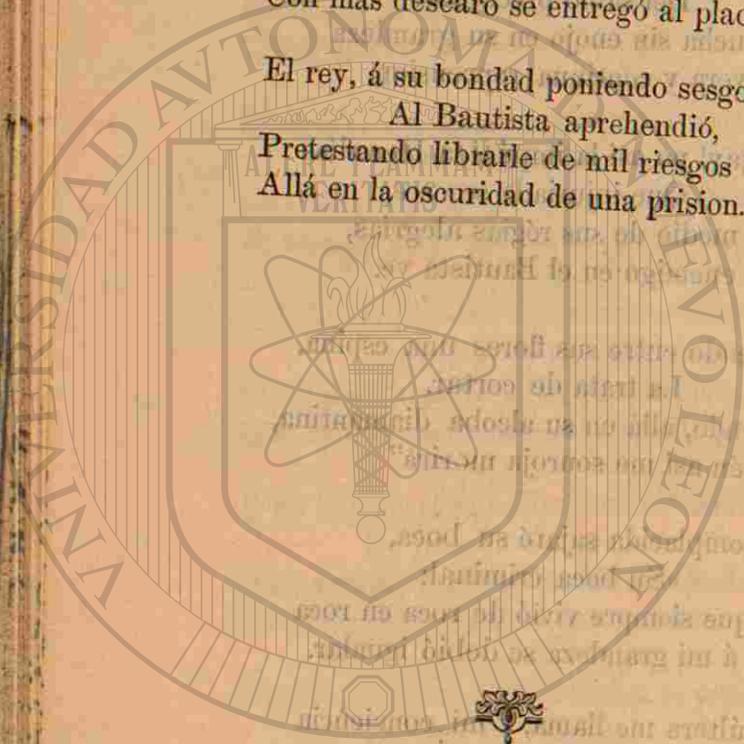
Satélites buscó, y en su esperanza
Con mas descaro se entregó al placer.

El rey, á su bondad poniendo sesgos,

Al Bautista aprehendió,

Prestando librarle de mil riesgos

Allá en la oscuridad de una prision.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CANTO XV.

EN LA PISCINA.

En una hermosa mañana,
En que el sol opaco brilla,
Jesus á Jerusalem
Rectamente se encamina.
Llega en sábado, y tranquilo
Se dirige á la Piscina,
Do en torno del agua mansa
Varios enfermos habia.
Es tradicion que aquella agua
De la sagrada Piscina,
En el término de un año
Solo una vez se movia;
Y como esto sucediera
Sin saber la hora ni el dia,
Iban diario los enfermos
A velar la clara linfa;
Pues segun se aseguraba,
Y todo Judá creia,
Un ángel tocaba el agua
Con la punta de su alilla.
Y el enfermo que primero
Tocaba la clara linfa

De aquella agua milagrosa,
 Sin mal ninguno salia.
 A un paráltico de años,
 Que allí entre muchos habia,
 Y al que con burla miraban
 Los demas en su camilla;
 —¿Qué haces? le dice Jesus.
 —Aguardar en la Piscina
 Un milagro que me alibie
 De esta enfermedad continua.
 Mucho tiempo hace que vengo
 A velar la hora y el dia;
 Mas no hay quien me arroje al agua,
 Cuando el agua es removida.
 Jesus le dice: —Levántate,
 Toma en hombros tu camilla,
 Anda, que podrás andar
 Y salir de la Piscina.
 Levantóse el paráltico,
 Y tomando su camilla,
 Publicaba aquel prodigio
 Trasportado de alegría.
 Llegó á oido de los doctores,
 Los sacerdotes y escribas,
 Y escandalizados vieron
 Que era sábado ese dia.
 ¡Curar en sábado! dicen,
 Su virtud es un sofisma:
 La ley de Moises ultraja,
 ¡Profanación inaudita!
 ¡Sacrilégio! dicen otros,
 Castiguemos su falsía.

Que muera para que el pueblo
 Su poder eche á la risa.
 Jesus, el encono viendo
 De un pueblo que no le estima,
 A su bella Cafarnaun
 Nuevamente se retira.

CAPITULO XII.

JESUCRISTO SE COMPADECE DE LA VIUDA
DE NAIN.

Despues de premiar la fé de Jairo, volviendo la vida à su hija Talita, Jesucristo hizo su segunda visita à Jerusalem, donde la curacion milagrosa del paralítico de la Piscina, hecha públicamente y en sábado, dia consagrado por los judíos à la oracion y al descanso, le atrajo todo el odio de los escribas, fariseos, sacerdotes y doctores, que no viendo en Jesus más que un infractor de la ley de Moises, resolvieron darle muerte para poner así, un dique à la agitacion asombrosa que por toda la Judea se dejaba sentir; y que, semejante à una avenida, amenazaba trastornarlo todo, su religion, sus ideas, sus leyes y hasta sus costumbres.

La fama de Jesus aumentaba dia à dia. En los círculos de familia, en los corrillos, en todas partes, en fin, se citaban con entusiasmo y respeto, las curaciones prodigiosas; los portentosos milagros de que toda la Palestina era testigo irrecusable. Además, la multitud que le seguia, podia, segun ellos, armar una rebelion que turba-

se por completo la paz del reino, trastornando el orden de las cosas.

Jesus vió las maquinaciones de sus enemigos; y como su hora aun no llegaba, abandonó à Jerusalem, volviendo à Cafarnaun.

Cafarnaun, ciudad agraciada con la presencia casi continua del Hijo de Dios, digna de la envidia universal por el señalado favor que le era dispensado, no agradecia, sin embargo, tal bondad como debiera agradecerla. Porque, aunque es verdad que amaba al Salvador y que admiraba sus hechos grandiosos, sin desdenarse de escuchar su Doctrina siempre pura, elevada y sublime, no lo es ménos, que la recibia en su alma con una mezcla de indiferencia: indiferentismo que no la dejó recojer sus ópimos y saludables frutos.

Al dia siguiente de su regreso, se dirigió Jesus à una apartada orilla, extensa llanura en que se elevaba una pequeña eminencia festonada de árboles y desmembrada, hácia su parte superior, de un monte oscuro y elevado. Jesus subió allí, sin que nadie osase turbar su soledad.

En la llanura buscó sitio el gentío que le seguia.

El Señor, despues de orar, llamó à sus discipulos Pedro, Andrés; Juan, Santiago, Felipe, Bartolomé y Mateo.

Iba à formar su apostolado; à escojer hombres que aceptaran los trabajos, la pobreza, los malos tratamientos y hasta la muerte, como testimonio de su Santa Doctrina.

Cuando los mencionados Apóstoles estuvieron á su lado, nombró de entre la multitud, otros cinco, que fueron: Tomás ó Didino; Santiago el menor, hijo de Alfeo; Simon Cananeo; Judas Tadeo,* y Judas Iscariote.

Rodeado de sus doce Apóstoles, en lo alto del monte, les dirigió el Salvador un largo discurso, en el que les daba instrucciones sobre la sublime misión que desde allí comenzarían á desempeñar en la tierra.

— Id, les dijo, á predicar el Evangelio á todas las naciones: los trabajos, la pobreza, las persecuciones y hasta el martirio, serán vuestra recompensa sobre la tierra; pero en el reino de mi Padre, sereis mas elevados que los reyes, porque sufriendo por la fé, sembrasteis la semilla del Bien, dirigiendo á las almas por el camino de la verdad.

Sed prudentes como la culebra; sencillos como las palomas, y humildes como las violetas: y hallen siempre en vuestros labios palabras de consuelo, los que se os acerquen abrumados por el dolor y el infortunio.

Cuando Jesus concluyó de darles sus sabias instrucciones, bajó con ellos del monte, á cuya falda se hallaban multitud de enfermos, que sanaron instantáneamente, al simple contacto de sus manos ó al solo poderío de su santísima palabra.

* Santiago el menor; Simon Cananeo y Judas Tadeo eran parientes del Salvador; y por eso los judíos les llamaban con frecuencia, hermanos de Jesus.

Sentóse sobre una roca, é imponiendo silencio á la multitud que habia ocupado la llanura, tornó á repetir y explicar el bello y sublime sermón de "Las Bienaventuranzas."

En la mañana del siguiente dia, dirigióse el Salvador á Nain. Al entrar á la ciudad, se fijaron sus divinos ojos en un grupo de gente que conducía un ataúd á la última morada.

Siguiendo el ataúd se veía una mujer entrada en edad. Aquella mujer llenaba el aire de sus dolorosos ayes: por sus mejillas se deslizaban abundantes lágrimas; y de cuando en cuando, se le oía exclamar con doloroso y entrecortado acento:

— Simeon, hijo mio! ¿quién podrá consolarme de tu eterna ausencia? ¿quién podrá sustituir en mi alma tu cariño? ¿Quién será capaz de llenar el inmenso vacío que has dejado en mi corazón? ¡Pobre, infeliz viuda! dirán, al sorprender en mis ojos una lágrima, los que sepan compadecerme; perdió á su esposo, perdió á su hijo, y hoy vaga errante y sola á merced de su amargura, como vaga la hoja desprendida del árbol, hecha juguete de los vientos! ¡Hijo de mi alma, luz de mis ojos, cuyos fulgores se apagaron al asomar la primavera de la vida; ¿qué hará la encina sin el rocío que refrescaba sus hojas, sin la yedra que la coronaba de flores, sin el tierno tallo que haciendo á su tronco, le ayudaba á sostenerse?

El dolor de aquella mujer era inmenso y profundo.

Jesucristo compadecido y deseoso de ali-

viarle, aceleró el paso y fué á encontrar el féretro.

La mujer que le vió acercarse, cruzó las manos derramando de nuevo un torrente de lágrimas.

Jesus mandó que se detuvieran é hizo poner el féretro en el suelo, diciendo con voz dulce y tranquila; "No llores, mujer."

La mujer entonces pareció consolada, y miró á Jesus, quien acercándose al ataud; le tocó con la estremidad de un dedo pronunciando estas solemnes palabras:

—¡Simeon, levántate!

La caja del féretro se abrió por sí sola; y el hijo de la viuda salió fuera, bendiciendo al Señor.

La mujer y su hijo arrojándose entonces á sus pies, besaban el borde de su túnica, derramando lágrimas de gratitud.

Un gran pavor se apoderó de todos los que rodeaban el féretro, que, al ver el prodigio obrado con el hijo de la viuda de Nain, exclamaron:

—¡Un gran profeta se ha levantado entre nosotros!

Simeon viéndose libre de la muerte y ensalzando la misericordia del Salvador, le siguió desde allí como uno de sus mas fieles discípulos.

SUPLICA

Mi Dios y mi Salvador, mi alma se halla en tu presencia cubierta con las manchas del pecado

y muerta á tu divina gracia; devuélvele la vida que por el pecado perdió. Usa con ella, de esa compasion y misericordia que tuviste con la viuda de Nain, para que como ella, te alabe y te bendiga por todos los siglos. Amén.

LA MAGDALENA

Almadrachos y pieles de castor
Finiendo crepan de macedonia
Los procaros de P de Sionia
Cubren su arcesado pavimento
Difunden brillantísimo esplendor
Desde el lujo y el arte con empuño
Hay un castillo de exterior tráfano
Cerca de Nain á orillas de Betania

Grandes representando mil pintas
Grandes representando mil pintas

Grandes representando mil pintas
Grandes representando mil pintas
Grandes representando mil pintas
Grandes representando mil pintas

abiv el levleveh; sicaty saivid m à strem y
que por el pecado p rido. Ue con ella de esa
comparacion y muestre que la vida
de Nain para que como ella se pendi

CANTO XVI

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

LA MAGDALENA.

I.

Cerca de Nain, á orillas de Betania,
Hay un castillo de exterior risueño,
Donde el lujo y el arte con empeño
Difunden brillantísimo esplendor.

Cubren su artesonado pavimento
Los brocados de Persia y de Sidonia,
Finísimo crespon de Macedonia,
Alfombrados y pieles de castor.

Allí en las mesas de pulido mármol,
Lucen blancas estatuas de Carrara,
Timbres de dulce voz, sonora y clara,
Vibran en cada estancia ó camarín.

Allí se ven sitiales de caoba,
Divanes de mullido terciopelo;
De esencia de clavel regado el suelo,
Y ardiendo en pebeteros el jazmin.

Grandísimos espejos de oro puro,
Cuadros representando mil paisajes,

Y circuidas de anchísimos encajes,
Vaporosas cortinas de albo tul.

Las rosas, los jacintos, los geránios
Y los nardos se mecen voluptuosos,
Y á la par se columpián perezosos,
El blanco lis y el tulipan azul.

Una fuente azulada y transparente
Baña de perlas el jardín profuso,
Y se oye el canto armónico y difuso
Del zorzal, de la alondra y el clarín.

Brilla en la mesa el zinc, la plata, el oro,
El cristal y la blanca porcelana,
Los mecheros de luz azul y grana
Sus torrentes de luz mandan allí.

En medio del jardín los cenadores
Elevan su alta y festonada cresta,
Y una gruta odorífera que presta
De una selva el encanto virginal.

No hay un pequeño sitio en el castillo
Donde no impere el lujo y la opulencia;
En donde no se sienta la presencia
De un ser que ama la pompa señorial.

De un camarín en la apartada estancia,
De albo marfil en incrustado lecho,
Con una blanca mano sobre el pecho,
La cabeza apoyada en un cojín,
Y apartando otra mano los cabellos,
Se ve una jóven deslumbrante y bella.

¡Oh! si al cielo faltárale una estrella,
Yo, por estrella la tomara allí!

Por su pálida frente alabastrina
Ruedan sus rizos perfumados, blondos,
Como velando pensamientos hondos
Que recatan los lábios de coral.

Pestañas chinas y sedosas cubren
De su pupila el azulado oscuro:
Sirven las cejas á su luz de muro,
Luz que envidia la zona tropical.

Cual manto de oro en profusión cayendo,
Por el ebúrneo y modelado cuello,
Las madejas se ven de su cabello
Sombreado la blancura del perfil.

Esbelta como el junco de los Alpes,
Viste escotada túnica azul claro,
Donde se miran con bordado raro,
De oro y brillantes, flores relucir.

De su pequeña y nacarada boca,
Al entreabrir los labios purpurinos,
De sus dientes blanquíssimos y finos
Se ven dos hilos con primor lucir.

De sus torneados y redondos brazos
Un modelo, Rafael, sacado hubiera,
¡Si á mujer tan hermosa conociera!
Si la hubiera mirado sonreír.

El diminuto pié sacando apenas
Deja ver la costosa zapatilla,
Y en su blanca garganta débil brilla

De diamantes espléndido collar,
Y quema una doncella junto al lecho
Esencia pura de esquisito nardo,
Y entre el leve vapor que sube pardo,
Un suspiro del pecho va á espirar.

E interrumpiendo de ambas el silencio
La jóven dice á la gentil doncella:
—¿En qué piensas, Jasel?—En que sois bella
Mas que la blanca luna en el Zenit.

—¡Aduladora!—No; con vos, señora,
La baja adulacion está de sobra:
Sois del Dios de Jacob perfecta obra;
Todo Betania lo comprende así.

—Dejemos esa plática y responde,
¿Qué sabes tú de ese Hombre extraordinario
Que en mi espíritu loco, imaginario,
Una forma le doy tan colosal?

Yo que de nada me preocupo, siento,
Acá en mi ser, halagador deseo
De ver á ese Hombre, en cuya vida veo
Algo grande, sublime, celestial.

Y diera la mitad de mis tesoros
Por mirarle un instante, un solo instante:
Pues desde niña con afán constante,
Voy tras un ser de suma perfeccion.

De esa nube que ves de aduladores,
Que á todas horas mi castillo invade,
No hay un solo doncel, uno que agrade
O que llene mi ardiente corazón.

Y ¡tengo sed de amar! pero no encuentro
 Quien reciba mi amor cual beneficio,
 Quien comprenda el heroico sacrificio
 Que le haga de mi propia libertad.
 El lujo que me cerca no me llena,
 Ya lo ves, me envidiara la Romana,
 Pues tu mano, Jasel, que me engalana
 No alcanza mis joyeles á contar.

No me faltan perfumes de la Arabia,
 Ni la esencia riquísima del clavo,
 Ni á mi belleza le faltó un esclavo,
 Que se viera en la luz de su mirar.

La música aletarga mis sentidos,
 La vil adulacion me quema incienso;
 En juegos y placeres solo pienso,
 Y cuanto invento miro realizar!

Que es una orden cumplida á mi capricho
 Cada palabra que á mi lábio asoma:
 Cual el céfiro juega entre el aroma,
 De placer en placer mi vida vá.

Mas nunca me hallo satisfecha, nunca!...
 Siempre en torno de mi alma hay un vacío;
 Siempre me abruma el incansable hastío,...
 Y mis sueños de amor..... ¡siempre se van!

Jasel la dice, con inquietos ojos:
 —Es la primera vez que así os contemplo;
 ¿La deidad no sois vos de aqueste templo?
 ¿Qué extraña mutacion se ha obrado en vos?

Si conoceis á ese Hombre por sus hechos,
 Pronto podrán mirarle vuestros ojos;

Mas en tanto cumplís vuestros antojos
 ¡Gozad! ¡gozad! la vida es ilusion!

II.

Eucaria y Sir, ancianos venerables,
 Por su virtud y alcurnia respetados,
 Correr miran sus años sosegados,
 Odiando el mal y ejercitando el bien.

Tres hijos tienen que hacen su ventura,
 Y son, Lázaro, Marta y Magdalena:
 La tarde de su vida ven serena
 Con el amor crecido de los tres.

Mas cuanto la primera es recojida,
 Es alegre y coqueta la segunda;
 Esta, su vida en los placeres funda;
 Aquella en el recato y la oracion.

Al morir los ancianos al amparo
 Quedan ambas de Lázaro su hermano;
 Mas de éste la virtud, es un tirano
 Que inspira á Magdalena repulsion.

El castillo de Mádalo en Betania
 Por su paterna le tocó de herencia,
 Y ella soñando el fausto y la opulencia,
 Quiso vivir independiente allí.

En vano se opusieron sus hermanos
 Con lágrimas y ruegos y consejos:
 Sus modales repulsa como viejos
 Y solo piensa depender de sí.

Hace de Magdalon en pocos dias,

Un Eden de fantásticos placeres:
 Entran allí donceles y mujeres,
 En busca de la holganza y vanidad.

Es un templo de amor en donde todos
 Al idolo de allí queman incienso;
 Antro de recreaciones, campo extenso
 Que tiene por divisa, "¡Libertad!"

Las jóvenes mas bellas y gallardas
 No pueden competir con la mas bella,
 Que es Magdalena, luminosa estrella
 Que empalidece cuanto en torno ve.

Paloma y perla llamanla los barde
 Al son del arpa y de la lira de oro;
 Huri ó Sultana la llamara el moro,
 Si la viera á la las rejas de un harem

Porque el poder de su hermosura rara
 Cuanto hay en torno de su ser abarca:
 Hay magnetismo en su pupila zarca
 Y atraccion en sus labios de coral.
 Virgen su cuerpo conservaba y puro,
 Que, aunque era al parecer mujer mundana,
 Y su inocencia lastimó liviana,
 Ningun profano la llegó á manchar.

Tal era Magdalena, aquella dama,
 Mas que el ensueño del amor hermosa,
 Que entre lánguida, triste y perezosa,
 Descansaba en el lecho de marfil.

Lecho que á poco abandonó ligera
 Para tomar el perfumado baño:

Uso á sus leyes y costumbre extraño,
 Que en su lujo oriental quiso seguir.

III.

Lázaro y Marta con la fé del alma
 A todas partes á Jesus seguian,
 Y por su pobre hermana le pedian:
 Jesus al fin su peticion oyó;
 Encendió en Magdalena gran dese
 De conocerle; y al afan de su alma
 Siguió el hastio, la perdida calma...
 Y aquel deseo en realizar pensó.

Miraba una mañana lentamente
 Tocar el sol á la mitad del dia,
 Y miraba tambien como moria
 Abrasada la yedra á su calor;
 Languidecer miraba la violeta
 Bajo el effluvio de su ardiente rayo,
 E inclinar la corola con desmayo
 Al tierno, enamorado girasol.

"¡Ay! dijo entristecida y suspirando:
 Cómo abrasa ese sol todas las flores
 Y marchita sus mágicos colores,
 Y absorve su perfume virginal;
 Como aguzada y punzadora espina
 Me consume la flama de un deseo:
 ¡Ah! siempre ha sido para mí un trofeo
 Mis mas leves caprichos realizar!"

Y no disfrutaré tranquilo sueño

Mientras no pueda conocer á ese Hombre,
Cuyos hechos grandiosos, cuyo nombre
De boca en boca, con asombro va."

Jasel se acerca á su ama de puntillas,
Y una mano poniéndole en el hombro,
Le dice, entre admirada y con asombro:
—El profeta Jesus en Nain está.

Acabo de saberlo por mi hermano,
Y como encargo expreso de voz tengo,
A noticiaros, complacida, vengo
Lo que hoy vuestro capricho llenará.

—Gracias, Jasel, me llenas de alegría:
A Nain de compañera irás conmigo;
Cruzarémos los campos de alto trigo,
Porque hoy el campo delicioso está.

.....

Era una tarde, entre los verdes copos
Brillaba el sol cercano al Occidente,
Y al pié de una colina floreciente,
Jesus se hallaba, á orillas de Nain.

En la llanura estático gentío
Asombrado escuchaba su Doctrina,
Y cantaba la alegre golondrina
De su Dios la presencia al presentir.

Medias ocultas por ramal oscuro
Dos mujeres se hallaban no muy léjos;
Del tibio sol los pálidos reflejos
Brillaban en la frente de las dos.

Magdalena y Jasel, pues ellas eran

A Jesus contemplaban de hito en hito,
Mientras con voz potente el Infinito
Condenaba la loca presuncion.

El orgullo y soberbia deprimia,
Y hablando á la razon con sabio juicio,
De la impureza combatiendo el vicio
Enalzaba el poder de la virtud.

Y Magdalena oyéndole sentia
Germinar en su pecho nueva idea:
¡Imágenes de amor su mente crea!
¡Amor mas puro que la blanca luz!

Allá en su corazon un sentimiento,
Nuevo hasta entónces, hasta allí sentido,
Hace salir de su alma, indefinido,
Tierno, vago un suspiro de dolor.

Y al volver su mirada á lo pasado
En púrpura se tiñen sus mejillas;
Se inclina, cual las blancas aceitillas,
Y por primera vez llora de amor.

El alma de la bella pecadora,
Antes erial de vanidad y orgullo,
Se abre á la fé, cual cándido capullo,
Y se siente á otra vida renacer.

Vuélvese á su castillo; ¿mas en dónde
Está de Magdalena el atavío?
Su grandeza oriental vé con desvío
Y en su rica mansion cesa el placer.

En vano sus doncellas le recuerdan

Las horas consagradas al recreo:
Cerrado el corazon al devaneo
Solo mira la imagen de Jesus.

Su recuerdo le sigue á todas partes,
Y sin cesar, y sin cesar le mira!
Y ya aislada, á su alcoba se retira
Gozando á solas de su fé la luz.

Resuelta se halla á abandonar el mundo,
A hacer por su pasado penitencia,
A dejar como armiño su conciencia
Huyendo de la torpe seducción.

¿Quién puede detener el pensamiento
Cuando éste se remonta á otras regiones,
O se pierde en ignotas abstracciones
O va á profundizar lo que inventó?

¿Quién puede suspender el raudó vuelo
Del águila que anida en las montañas,
El empuje violento de las cañas
Cuando el viento las viene á sacudir?

¿Quién cambiará del sol la órbita fija
Si tiene señalado su camino?

¿Quién puede del airado torbellino
La satánica furia reducir?

La bella Magdalena penitente,
Tiene la fuerza ideal del torbellino,
Y como el sol argentará el camino
Que se propone desde allí llevar,

Vuela su pensamiento enardecido
A otra elevada esfera de esperanza,

Y cual águila audaz, su vuelo alcanza:
Horizontes sin término á tocar.

Reparte sus riquísimos vestidos
Entre su adicta y jóven servidumbre,
Para ir tras de Jesus hasta la cumbre
De aquel monte que en sangre se regó.

Tomando un vaso de oloroso unguento
Dice; saliendo del castillo amado:
"¿Desde hoy, tumba luctuosa del pasado
El castillo será de Magdalon?"

IV.

En casa de Simon, Jesus comia,
En almohadon de lana recostado;
La blanca china y el cristal cuajado
Se miraban allí con profusion.

En búcaros dorados descollaban
Rosas blancas, violetas, margaritas,
En el centro las viandas esquisitas,
Incitando á tomarlas con su olor,

Escribas, senadores, fariseos,
De la espléndida mesa en torno habia;
Mas el puesto de honor Jesus tenia,
Y obsequiado por todos era allí.

Cuando estaba comiendo, Magdalena
Entró á la sala con el pelo suelto,
Cubierto con un velo el talle esbelto,
Envidia de los juncos del Abril.

Paróse de Jesus hácia la espalda,
 Pues no osaba mirarle frente á frente;
 Y ¡de sus ojos se arrancó un torrente
 Que lavó de Jesus el blanco pié!

Y arrojándose al suelo de rodillas,
 Los piés de su Señor, blancos y bellos,
 Con la toalla enjugó de sus cabellos,
 Y su alma en besos á sus plantas fué.

Tomó despues el vaso de alabastro;
 Y sin que nadie su intencion estorbe,
 En las plantas que pisan sobre el orbe
 El unguento precioso derramó.

Y murmuraba quedo el fariseo
 Por lo que estaban en la mesa viendo;
 Pero Jesus sus juicios comprendiendo,
 Con amarga acritud le reprendió.

«Tú, le dice á Simon, no me diste agua
 «Para lavar los piés, y ella con llanto
 «Los lava, y de su pelo con el mantó.
 «Los enjugó solícita despues:

«Ni ungiste con el óleo mi cabeza,
 «Hoy que á tu mesa espléndida me sientó;
 «Mas ella unge mis piés con rico unguento,
 «Y amorosa los besa sin doblez.»

Volviéndose despues á Magdalena,
 Que de rodillas á sus piés se hallaba,
 Y el perdón de sus culpas esperaba,
 «Te perdono, le dice, véte en paz.»

Conmovida la linda pecadora,
 Una vez y otra vez á Jesus mira:
 Del suntuoso banquete se retira,
 Y á su castillo perdonada va.

Lleva en su corazon un sentimiento,
 Cuya grandeza á definir no alcanza;
 ¡Lleva en su corazon una esperanza!
 ¡Lleva en su corazon una ilusion!
 Pero no es la ilusion que se evapora
 Con un yermo dolor, un desengaño,
 Que voluble al huir nos hace daño,
 Y desgarrá la fé del corazon.

Es la ilusion que se remonta al cielo,
 Y solo en él su realidad comprende,
 Es la santa ilusion que se desprende
 De la mano purísima de Dios.

Y con ella su sed se regenera,
 Y con ella se ve mucho mas bella.
 ¡Ya no es del mundo la profana estrella!
 ¡Es de la cruz la redimida flor!!

CAPITULO XIII.

PETICION DE LAS MARIAS.

¡Hermosa como los celajes de una tarde de primavera, era Magdalena!

¡Ardiente y arrobadora, como los rayos del sol al desprenderse de su foco luminoso para caer desgajados sobre los copudos árboles, cual una inmensa catarata de oro!

¡Lánguida y dulce, como el rielar de la luna sobre la transparencia de los lagos!

¡Atractiva y seductora, como el beso del alba sobre los temblorosos pétalos de las rosas.

¡Festiva y risueña, como la golondrina tornando de nuevo á sus abandonados lares!

¡Graciosa y esbelta, como las palmas de Turquía, como los cedros del Líbano ó como los delgados juncos de la América!

Las hijas de Betania y de Jerusalem la miraban con envidia, porque á su pesar, se sentían eclipsadas por su belleza superior.

Cuando Jesucristo apareció sobre la tierra, llenándolo todo con la fama de sus hechos; haciendo de la Judea, la Galilea y la Samaria, el gran teatro de sus prodigios; Magdalena, no solo era considerada como la mujer mas hermosa, sino

tambien como la dama mas apuesta y espléndida de toda la Turquía.

Para Magdalena no habia mas soberano que su voluntad; ni mas árbitro de ella, que ella misma.

Las costumbres romanas, gustando mas á su alma soñadora y vana, habian sustituido á las costumbres sencillas de las judías. La túnica de lana burda habia desaparecido de su esbelto talle tras las escotadas túnicas de seda y los encajes vaporosos. El manto de oro de su pelo, cuyos bucles rizados y sedosos caian ó bajaban ondulantes y atrevidos hasta cerca del diminuto pié, eran perfumados con ricas esencias y entrelazados con lazos de brillantes, perlas y flores.

En su castillo de Magdalon no se sabia más que admirar; si el lujo ó la magnificencia distribuida allí por la mano coqueta de una mujer que todo lo hermoseaba, ó la continua alegría de sus juegos, sus festines y sus cantos, inventados para distraer las monótonas horas de una molición continuada.

¡Allí todo era sorprendente; todo era régio; todo llenaba el vuelo voluptuoso de una fantasía ávida de grandeza; de un cerebro atrevido y lleno de ilusiones; de un corazón gastado en el lujo y sediento de placeres!

Muchos historiadores nos han presentado á Magdalena como una mujer liviana, hasta el punto de faltarse á sí misma, ajando su dignidad y mancillando su virtud con escandalosos hechos. Pero nó; si estudiamos á Magdalena con los ojos de la razón, encontraremos efectivamente en ella

CAPITULO XIII.

PETICION DE LAS MARIAS.

¡Hermosa como los celajes de una tarde de primavera, era Magdalena!

¡Ardiente y arrobadora, como los rayos del sol al desprenderse de su foco luminoso para caer desgajados sobre los copudos árboles, cual una inmensa catarata de oro!

¡Lánguida y dulce, como el rielar de la luna sobre la transparencia de los lagos!

¡Atractiva y seductora, como el beso del alba sobre los temblorosos pétalos de las rosas.

¡Festiva y risueña, como la golondrina tornando de nuevo á sus abandonados lares!

¡Graciosa y esbelta, como las palmas de Turquía, como los cedros del Líbano ó como los delgados juncos de la América!

Las hijas de Betania y de Jerusalem la miraban con envidia, porque á su pesar, se sentían eclipsadas por su belleza superior.

Cuando Jesucristo apareció sobre la tierra, llenándolo todo con la fama de sus hechos; haciendo de la Judea, la Galilea y la Samaria, el gran teatro de sus prodigios; Magdalena, no solo era considerada como la mujer mas hermosa, sino

tambien como la dama mas apuesta y espléndida de toda la Turquía.

Para Magdalena no habia mas soberano que su voluntad; ni mas árbitro de ella, que ella misma.

Las costumbres romanas, gustando mas á su alma soñadora y vana, habian sustituido á las costumbres sencillas de las judías. La túnica de lana burda habia desaparecido de su esbelto talle tras las escotadas túnicas de seda y los encajes vaporosos. El manto de oro de su pelo, cuyos bucles rizados y sedosos caian ó bajaban ondulantes y atrevidos hasta cerca del diminuto pié, eran perfumados con ricas esencias y entrelazados con lazos de brillantes, perlas y flores.

En su castillo de Magdalon no se sabia más que admirar; si el lujo ó la magnificencia distribuida allí por la mano coqueta de una mujer que todo lo hermoseaba, ó la continua alegría de sus juegos, sus festines y sus cantos, inventados para distraer las monótonas horas de una molición continuada.

¡Allí todo era sorprendente; todo era régio; todo llenaba el vuelo voluptuoso de una fantasía ávida de grandeza; de un cerebro atrevido y lleno de ilusiones; de un corazón gastado en el lujo y sediento de placeres!

Muchos historiadores nos han presentado á Magdalena como una mujer liviana, hasta el punto de faltarse á sí misma, ajando su dignidad y mancillando su virtud con escandalosos hechos. Pero nó; si estudiamos á Magdalena con los ojos de la razón, encontraremos efectivamente en ella

una mujer liviana; pero esto en cuanto á la forma exterior ó apariencia que daba á sus costumbres, un tanto licenciosas y despreocupadas y atendiendo á la época en que vivía, á las costumbres de la raza judía y mas aun, á la estricta moral y severa virtud en que la habia educado su familia.

El principal espíritu que la dominaba, era el de la vanidad. Sabia que era hermosa hasta deslumbrar; no ignoraba tampoco el ascendiente poderoso que su belleza fascinadora tenia sobre todos los seres que la rodeaban, como no ignora nunca una mujer hasta qué grado puede dominar, avasallar, enloquecer y verse amada cuando su capricho lo desea.

Dominada Magdalena por la vanidad y el orgullo, era natural que todo lo viese pequeño junto á sí, como ve el águila con desprecio todo lo que hay bajo ella, cuando sus alas reman entre las vaporosas y plateadas nubes del espacio.

Magdalena, pues, que aspiraba por lo bello, lo sublime y lo ideal, cuyo carazon volcánico sentia la necesidad de amar y ser amada, no habia amado, ó si habia amado habia sido con la fijeza voluble de las mariposas, y sin quemar las alas de su pureza física en la hoguera despreciable de una pasión liviana.

Magdalena habia visto con desprecio la nube de aduladores que la cortejaban y procuraban conquistar su cariño, no por virtud, sino por orgullo, por vanidad, por esa coquetería, en fin, que

gusta de atraer para enloquecer; y de enloquecer para despreciar.

Su carazon, vacío de un sentimiento puro y sublime que, identificándose con él, le llenase por completo y bastara por sí solo á contenerla en la pendiente del mal, á que su loca vanidad le arrastraba, necesitaba de ese mismo sentimiento para purificarse en su fuego, y brillar mas que el diamante herido por los rayos del sol. ¡Pero estaba dispuesto por el Eterno que aquel sentimiento se habia de despertar á la luz de la gracia en el alma de la bella pecadora!

Nain fué el teatro donde su carazon se abrió al amor y á la fé, atraído por la gracia de Jesucristo.

¡Amor puro, amor inmenso! que hizo de la Magdalena profana, la Magdalena penitente; el diamante de mas precio que, despues de María, fué á bañar con su luz el lábaro sublime de la cruz.

Jesucristo salió de la casa de Simon fariseo, á donde Magdalena habia sido conducida por una gracia especial para recibir el perdón de sus culpas en aquellas memorables palabras que Jesus le dijo: *Tus pecados te son perdonados; vé en la paz de tu conciencia.*

Hizo llamar á sus Apóstoles que esparcidos por distintas, aldeas, ciudades y pueblecillos, predicaban la sagrada Doctrina de su divino Maestro.

No tardaron en llegar y agruparse á su lado, deseosos de escuchar su palabra y de instruirse

aun mas, en todo aquello que era concerniente á la gloria del Redentor.

Un día, estando Jesus en medio de sus Apóstoles, se le acercó un grupo de mujeres: eran Juana, esposa de Chisas el mayordomo de Herodes, Susana, Magdalena, María Cleofas y María Salomé.

Juana, tomando la palabra, en actitud humilde y respetuosa, dijo al Salvador:

—Señor, á nombre de mis compañeras, vengo á suplicaros que nos permitais seguir vuestros pasos á donde quiera que os dirijais.

—La que siga mis pasos, murmuró Jesus, necesita desprenderse de las comodidades de la vida terrena, porque mi camino es de lágrimas y de sufrimientos.

—Yo le acepto y estoy pronta á seguirle, si Vos me lo permitis, exclamó Magdalena sin osar levantar los ojos del suelo.

Jesus la cubrió con una mirada dulce, y la dijo:

—¡Dichoso y bienaventurado el discípulo que, apartándose de la corriente del mal, sigue la luz de la verdad, para ahuyentar las tinieblas del espíritu!

—¡Ah Señor, exclamó Magdalena con arobación, cuánta dulzura tienen vuestras palabras para mi alma!

—¿Nos permitireis seguiros? tornó á preguntar Susana, que como la mas respetable por su edad se había tomado el derecho de hablar al Salvador.

—Os lo permito; contestó Jesus.

Las mujeres trasportadas de alegría manifestaron al Salvador su agradecimiento, y se dispusieron á seguirle. A mas del principal objeto que las guiaba al acompañarle, cual era el de empaparse en su Doctrina, tenían otro; y era éste, el de poder proporcionarle los alimentos necesarios, que en los caminos que atravesaba en sus predicaciones, se hacían á veces muy escasos.

Estas caritativas y piadosas mujeres, que tanto amaron al Salvador, le siguieron hasta la cruz, como sus mas fieles discípulas.

SUPLICA

Mi Dios y mi Señor, de cuya bondad y misericordia tantas pruebas diste durante los tres años que peregrinaste sobre la tierra, particularmente cuando las Marías se acercaron á tí, suplicándote les permitieses seguir tus pasos santísimos. Alcanzadme, como á ellas la gracia de seguir el camino de tu santa ley, para que nunca me separe de tí, que eres la suma perfeccion. Amén.

CANTO XVII.

SALOMÉ.

Se oye en palacio alegre vocería
Al asomar en el Oriente el día
Sus lábios de carmin;
Se festonan los muros, y de flores
Se entretejen guirnaldas de colores
Para adornar el régio camarín.

Cortinajes de blanca muselina,
Finísimos encajes de la China
Se ven allí flotar;
En mullidas alfombras de Florencia
Riegan del nardo la esquisita esencia
Mezclada con la esencia del azahar.

Ataviadas con lujo las doncellas
Dejan brillar en sus gargantas bellas
Los collares de ofir;
En el redondo y contorneado brazo
Ciñen de perlas anchuroso lazo,
O un rico brazalete de zafir.

Arde en los pebeteros rica sábia,

Esquitos perfumes de la Arabia,
De la Arabia oriental:
De acordes instrumentos la armonía
Los pechos palpitantes extasia;
Rebosa el vino en copas de cristal.

Espléndido banquete se prepara,
Y del palacio la belleza rara
Adornan con primor;
Que es el natal de Herodes, y á su mesa
Acude convidada la nobleza,
Que recibe con esto grande honor.

Herodías que sueña en la venganza,
Concibe desde luego una esperanza
De poderla saciar;
Y en medio del rencor que la desquicia,
Como á su sola dicha la acaricia
Y la deja en su seno germinar.

Una hija tiene de catorce abriles,
De sentimientos cual los de ella viles,
De duro corazon,
A quien no conmoviera la indigencia,
Y que viera del crimen la presencia
Sin sentir en el alma repulsion.

Se llama Salomé: su frente dura,
Anuncia una existencia prematura
Entregada al placer;
En sus pequeños ojos hay malicia,
En sus lábios de nácar impudicia,
Orgullo y vanidad hay en su ser.

Aunque el conjunto de su ser no es bello,
 Vuelve con gracia su torneado cuello
 Y baila con primor:
 En su cuerpo de sílfide hay soltura,
 En su pequeño pié desenvoltura,
 Y en la gracia de su arte seducción.

Ricamente su madre la atavía:
 En su garganta y brazos á porfía
 Se miran relucir
 Limpios jacintos, margaritas bellas,
 Brillantes que cintilan como estrellas
 En sus dedos de nácar y marfil.

Perfumes, cintas, lazos y colores,
 Perlas sin luz, artificiales flores
 Ostenta en profusion:
 Las trenzas hácia lo alto recogidas
 Contrastan en color allí prendidas
 Con el blanco vestido de crespon.

Avida de placer la ve Herodías:
 "Vas, le dice, á tu padre, á dar los días,
 Luce tu habilidad:
 Que no te falte garbo ni destreza,
 Y así seducirás con tu belleza
 Y halagarás del rey la vanidad."

En medio de una corte adulatora,
 En opípara mesa se halla el rey,
 Cuando gira en sus goznes sonadora
 Una puerta incrustada de carey.

Y al levantarse el rico cortinaje,
 Se deja ver la bella Salomé;
 De su enagua de lino el blanco encaje
 Flotar en alto mirase del pié.

Una lasciva y voluptuosa danza
 Allí su habilidad hace lucir;
 Ya en un pequeño pié leve descansa,
 Ya en giros cortos se la ve venir.

Ya en leve ondulacion se balancea,
 Al aire dando el diminuto pié,
 O al son del cascabel con que recrea
 Violenta salta, ó quieta se la ve.

Ya el vaporoso velo sosteniendo,
 Levanta ó baja el brazo de marfil,
 Y lánguida se inclina sonriendo,
 Mirando al rey de pálido perfil.

O ya altanera busca su mirada
 O coqueta le cerca con afán;
 Y le manda su boca nacarada
 Ruidoso beso que á perderse va.

Herodes la contempla con anhelo,
 Con entusiasta y loca admiracion;
 —;Has hecho, dice, de mi mesa un cielo,
 Has sabido agradar mi corazón!

¡Pídeme lo que quieras! ¡píde! ¡píde!....."
 La mitad de mi reino te daré:
 ¡Cuanto tu vista en el alcázar mide

Hoy á tus plantas hábiles pondrel

— Que la gracia de Herodes hoy me asista:

Ella le dice con acento ruin;

Quiero ¡oh rey! la cabeza del Bautista,

Antes que tenga término el festín.

Poco despues recibe la cabeza

Del venerado y sabio Precursor,

Y la lleva á su madre con presteza,

Quien la contempla llena de rencor;

Y del peinado un alfiler quitando,

Mientras que aún en el banquete están,

Gran rato se entretiene claveteando

La lengua inmóvil del Bautista Juan.

«Al fin me gozo en tu sangrienta lengua:

«Dice la impura sin sentir horror,

«No vengar ese ultraje fuera mengua,

«Ultraje amargo que mi orgullo hirió!

«Vuelve á decirme adúltera y liviana,

«Yasallo oscuro, á quien terrible odié!

«Vuelve á herir á tu ilustre soberana,

«Que por segunda vez me vengaré!»

Así de Juan se terminó la vida

A manos de una cortesana vil,

De una mujer infame y corrompida

Que nunca supo su ambicion medir.

Mas no hay crimen ni sangre derramada

Que quede impune, sin castigo, nó:
Llega del tiempo la guadaña airada
Guiando la justicia del Señor.

A poco á Herodes de su reino priva
Calígula, de Roma emperador;
Y á Leon de Francia, la fortuna esquiva,
Con la impura mujer le desterró.

Y no pudiendo soportar los dias,
Ajenos á la corte y su esplendor,
Herodes y la impúdica Herodias
Sucumbieron al peso del dolor.

Despues la torpe bailarina á un rio
De congelada nieve se cayó,
Y degollada por el hielo frio
En tormentos horribles espiró.

Dios en su justa y eternal balanza
Las acciones así pesando vá.
¡Ay del mortal á quien su enojo alcanza
Al tocar en la oscura eternidad!!!

MULTIPLICACION DE LOS CINCO PANES.

Hallábase Jesús en Cafarnaum retirado y solo, sin la compañía de sus Apóstoles, que por orden suya, habian salido á visitar las aldeas que allí cerca se levantaban con sus pequeñas casas blancas, sus riachuelos y sus cedrales; cuando su pobre casa se vió invadida por los discípulos de Juan, entre los que tambien iban sus Apóstoles.

No podia Jesús ignorar cual era el motivo que allí los conducía, pero guardó silencio, esperando que hablasen.

Acercáronse aquellos; y casi á un mismo tiempo exclamaron todos con dolorosa angustia:

—¡Maestro, acaba de morir Juan Bautista, degollado en la prision!

—Ya lo sabia desde ánte que llegarais, dijo Jesús conmovido.

—¡Y nosotros qué haremos? preguntó uno de los discípulos de Juan; hemos perdido á nuestro maestro: hemos quedado como los polluelos á quienes falta el calor de las alas de su madre, como la navecilla en medio de los mares, sin un piloto que la guíe, sin una vela que marque el rum-

bo que lleva, expuesta á zozobrar y á ser pasto de los tiburones y de las ballenas.

—Por ventura; preguntó Jesús, ¿falta á la débil caña quién la sostenga, cuando el aquilon la bate en la desierta llanura? Los hombres, es verdad, desaparecen de la tierra como aristas que sacude y arrebata el vendabal; mas la mano protectora de El que ha sido, es y será, no desaparecerá nunca del lado de vosotros, para guíaros y sosteneros en los combates de la vida. Vosotros no necesitais mas guía ni mas apoyo que el de mi Padre celestial, como no necesita el cervatillo mas sombra para refrigerarse del calor, que la de la robusta encina.

—Os seguiremos á Vos; exclamó uno de los discípulos de Juan, porque vuestra palabra no solo sabe calmar las tempestades de los mares, sino tambien las del espíritu.

Pocos momentos despues, Jesús, con sus Apóstoles y sus nuevos discípulos, se embarcó; y atravesando el mar Genezareo, se retiró á un desierto, cerca de Betsaida.

Quería Jesús que sus Apóstoles tomasen allí algun descanso, léjos de la multitud que siempre le seguía; pero no fué así; porque apenas le vió aquella alejarse en las naves, cuando haciendo por tierra un corto rodeo, fué á situarse en la llanura desierta.

Jesús pasó la mayor parte del dia en la cumbre de un pequeño monte con sus Apóstoles.

A la entrada de la tarde, bajó á la llanura, y

comenzó á predicar, con la dulzura acostumbrada, á la multitud que atenta le escuchaba.

Posesionado en sus sabios discursos, parecia no fijarse en que el horizonte de grana, iba desapareciendo tras la negra cortina de la noche. Las avejillas se habian retirado á sus nidos: el balido de las ovejas habia cesado: los árboles que á lo léjos movian su penacho de verdes hojas, parecian entregados á un dulce reposo; y solo de vez en cuando se dejaba oir el monótono canto de la chicharra. En el intenso azul de la bóveda celeste comenzaban á brillar algunas estrellas, de esas que asoman con el último miraje de la tarde, y que parecen preceder al cortejo de mil y mil estrellas de magnitudes diferentes.

El gentío era inmenso; carecian de alimento; y se encontraba retirado de las aldeas donde poder proporcionarse viveres para pasar la noche.

Los Apóstoles miraban con cierta inquietud, que su divino Maestro no se fijase en que la noche iba levantándose poco á poco sobre su carro de diamantes, ni en que aquella multitud carecia de pan. Pero no se atrevieron á decirle nada, sino hasta que vieron muy cereana la noche. Adelantóse Pedro y colocándose á su lado, le dijo:

—Maestro, seria bueno que despacharais esta gente, para que se provea de pan, porque la noche está sobre nosotros, y no hay cerca ninguna aldea donde comprarle.

—Ninguna necesidad hay de ir á las aldeas ó pueblecillos en busca de alimento; dadles de comer vosotros, pues bien lo podeis hacer, contes-

tó Jesus con una dulzura infinita. Dirigióse luego á Felipe, y le dijo: ¿Donde podrémos comprar pan para dar de comer á este gentío? Mira que la llanura está llena y que no pueden pasar la noche sin alimento.

Felipe sorprendido con tal pregunta, y sin pensar en el poder de su Maestro que era inmenso, le respondió, fijando su vista en la llanura cubierta de gente:

—Docientos denarios tenemos; pero éstos no nos proporcionarán el pan suficiente para que coma ese gentío. Sin embargo, comprarémos en Betsaida esta cantidad, y la distribuiremos en pedazos pequeños para que alcance.

—¿Cuántos panes y peces quedan en los cestos? le preguntó Jesus.

Felipe se acercó á los cestos, metió la mano en ellos, y le contestó:

—No hay mas que cinco tortas ó panes de cebada y dos peces.

—Pero eso, dijo Andrés, es nada entre tanta gente.

—No os fijeis en la cantidad: arreglad á esa gente en grupos de á cien, y venid para que les sirvais, dijo Jesus.

Obedecieron los Apóstoles; y organizando los grupos en el blando heno y la mullida yerba en que abundaba la llanura, se acercaron al Señor, diciéndole:

—Diez mil personas hay allí, sin contar con nosotros.

—Traed los panes y los peces; dijo Jesus.

Felipe arrimó á los pies del Salvador aquella pequeña provision, y se dispuso á presenciar lo que allí pasaria.

Jesus, lleno entónces de magestad, elevó sus ojos al cielo, y una oracion se escapó de sus benditos lábios. En seguida extendió su mano, bendijo el cesto que estaba á sus pies, y comenzo á dar á los asombrados Apóstoles, panes y peces en abundancia, sin que llegasen á escasear.

Los Apóstoles iban y venian sirviendo á la multitud, que comió aquella tarde hasta satisfacer el apetito.

Cuando los Apóstoles hubieron recojido los fragmentos de aquel banquete prodigioso, y con los que aun llenaron doce cestos, cayeron á los pies de su Maestro bendiciéndole y glorificándole.

La multitud mas asombrada aun que los Apóstoles, y venida allí, no solo de Cafarnaun, sino tambien de Tiro, Sidon, Betsaida y otros puntos, trató de coronarle Rey de la Judea, conduciéndole en triunfo bajo una rica púrpura, y regando aromas y flores á sus pies; pero como era ya de noche, se reservaron á ejecutarlo al dia siguiente.

Jesus que leia en sus pensamientos, trató de frustrarlos alejándose de allí. Pero ántes ordenó á sus Apóstoles que tomaran una nave y, atravesando el mar de Tiberiades, fuesen á Betsaida. Hicieronlo así los Apóstoles, y Jesus se retiró á un monte para orar.

Durante la travesía de los Apóstoles se alteró el mar; un viento contrario se desató, arrastrando la frágil embarcacion hasta lo mas alto y

expuesto del mar. La espumosa oleada azotaba la quilla; las tinieblas eran intensas; el choque de las olas unas con otras, producian un bramido aterrador, que se repercutia en los vecinos montes. El naufragio se hacia cada vez mas seguro é inevitable; pero los Apóstoles no desconfiaban y se asian á los remos y timones con una agilidad, digna del mejor marino.

Al amanecer, calmó la furia del mar; y comenzo á soplar un viento suave que inflaba las velas sin peligro; pero era tanto el retraso que habia sufrido la navecilla, que el embarcadero quedaba como á una legua de distancia.

Jesus, que desde el monte habia presenciado la lucha de sus Apóstoles con el elemento desencadenado del mar, bajó del monte, atravesó la llanura; y con paso firme y seguro penetró en el mar.

¡Admirable portento! el mar de Galilea ó mar de Tiberiades parecia entónces un espejo; sus ondas se habian extendido peinadas por una brisa dulce y apacible; y los reflejos del sol naciente pegando en ellas, remedaban los colores del Iris.

La túnica de Jesus flotaba sobre las olas á merced del vienteillo, sin que el agua la moajara. Su larga y abundante cabellera bañada por el sol, despedia un brillo muy semejante al del cro.

Los Apóstoles viéndole cruzar tranquilo y magestuoso, por aquel mar poco ántes tan encrespado, se dejaron dominar del miedo. Juzgaron que el que así caminaba sobre las olas, á pié y sin temer tan formidable elemento, como era el del

mar, no podía ser sino un fantasma que trataba de acercarse á ellos.

De pié dentro de la barca, le contemplaban asorados, sin acertar á conocerle. Derrepente, Pedro que no dejaba de mirarle, exclamó:

— ¡Es nuestro Maestro.....! ¡Sí..... El es!

Esta sencilla exclamacion de Pedro, llamó la atención de los demas, que asombrados de aquel prodigio no sabian que decirse.

Entretanto, Jesus se habia acercado á una distancia en que su voz podia ser escuchada desde el barco. Levantó sus hermosos ojos hácia sus amados Apóstoles y les dijo, en voz fuerte:

— Nada temais: Soy Yo, que vengo hácia vosotros.

Pedro con la alegría y confianza, solo propias de un niño, dijo entónces al Señor:

— ¡Señor; si sois Vos, mandadme que vaya, sobre las aguas, hasta donde estais!

El Señor, mirando á Pedro con la ternura de un padre que nada sabe negar á su hijo querido, le dijo, por única respuesta á la petición que acababa de hacerle:

— ¡Ven!

Sin esperar mas, bajóse Pedro del barco, y cual si pisara en tierra firme, comenzó á andar por sobre las aguas, con dirección á su divino Maestro. Pero cuando se encontraba á pocos pasos de El, se levantó una violenta borrasca; y sintiendo que se hundia con el vaiven de las olas, extendió las manos hácia Jesus, con ademan suplicante, y exclamó:

— ¡Salvadme Señor! ¡salvadme!

Jesus entónces le tomó de la mano y le condujo á la nave, diciéndole:

— Hombre de poca fé; ¿por qué temiste estando Yo contigo? Mi poder es tan grande, que el mar junto á él, no es ni un grano de arena.

Cuando estuvieron dentro de la nave, Pedro y los demas Apóstoles, que habian presenciado tan asombrosa escena, cayeron de rodillas á los pies de Jesus exclamando:

— ¡Verdaderamente sois el Hijo de Dios! ¡Dichosos los que en Vos creyeren!

Como si el mar solo esperase esta confesion de los Apóstoles para calmarse, bajó sus irritadas olas, y pareció dormirse sobre sus espumas, con la misma tranquilidad con que descansa el vencedor sobre sus laureles. El ligero esquife, se adelantó entónces con rapidez por aquel delicioso lago, y pronto se encontró anclado á la orilla de una preciosa ribera poblada de árboles, bajo cuya fresca sombra se veia multitud de gente que le esperaba allí con ansiedad.

Hallábanse tambien los que en el desierto, la tarde anterior, al presenciar el milagro de los cinco panes, habian querido proclamarle Rey.

Jesus les reprendió; y siguiendo aquella deliciosa ribera hasta llegar á Cafarnaun, fué instruyéndoles con sabias y sublimes lecciones.

Poco despues de su llegada á Cafarnaun, fué á verle la Santísima Virgen, en compañía de algunos parientes, que quisieron tambien visitarle.

María vivia sola y retirada en su pequeña

casa de Caná, desde que su Hijo se había entregado á aquella vida de trabajosas predicaciones, de austeridad y de pobreza.

Aquella Madre, toda amor, toda ternura, toda sentimiento, toda abnegación, no tenia ni el consuelo de seguir al que era la luz de sus ojos; la vida de su vida. En los decretos del Altísimo, para la Redención del mundo, entraba como una condición precisa, que la divina Madre, tuviera en proporción idéntica, igual cantidad de sufrimientos. Si le hubiese acompañado, sus amarguras habrían sido ménos intensas; porque la vista del objeto amado las suaviza casi siempre, quitándoles una parte de su fuerza. Pero el aislamiento y soledad de que había rodeado su alma en aquella dolorosa ausencia, no le permitian un solo instante de dulce alegría, si no era en los cortos momentos en que lograba verle, y que solo le eran proporcionados cuando su Hijo divino se acercaba á Caná. Los sufrimientos, pues, de Jesus y de María si no fueron iguales en cuanto á la causa, si lo fueron en cuanto al sentimiento y al dolor.

Jesus fué el cordero sin mancha, sacrificado á la venganza de todo un pueblo; y María la paloma inocente, atada junto á la piedra del sacrificio, para apurar el martirio, sin el descanso de la muerte.

SUPLICA

Dios de bondad inmensa! mi alma está necesi-

tada del Pan de la vida, del alimento del espíritu, que eres Tú. Dáme en abundancia ese sagrado Pan; para que ni el hambre de la maldad me devore, ni la sed del deseo desordenado me consuma. Amén.

PARABOLA DE LA SEMILLA.

«Tomando un labrador buena simiente
«A sembrarla salió. Junto al camino
«Cayó una poca y la pisó la gente.
«Y las aves vinieron
«Luego y se la comieron.

«Otras quedó sobre la piedra dura,
«Nació y duró crecida corto tiempo;
«Que allí del agua sin la lluvia pura,
«Falta de lozanía,
«Dar fruto no podía.

«La tercera robó entre las espinas
«Y, aunque creció, las sombras de las zarzas,
«Las tierras hojas del capullo finas,
«Duras amarillaron,
«Pruntes las aporaron.

«La cuarta fué arrojada en tierra buena;
«Nació con avides fresca y lozana;
«Y sin perjuicio, de vientos llenas,
«Creció sin mal ninguno,
«Y dió ciento por uno.»

CANTO XVIII.

ALERE FLAMMAM
VEDITATIS
PARABOLA DE LA SEMILLA.

"Tomando un labrador buena simiente
"A sembrarla salió. Junto al camino
"Cayó una poca, y la pisó la gente,
"Y las aves vinieron
"Luego, y se la comieron.
"Otra quedó sobre la piedra dura,
"Nació y duró crecida corto tiempo;
"Que allí del agua sin la linfa pura,
"Falta de lozanía,
"Dar fruto no podía.
"La tercera rodó entre las espinas.
"Y, aunque creció, las sombras de las zarzas,
"Las tiernas hojas del capullo finas,
"Duras amarillaron,
"Punzantes las ahogaron.
"La cuarta fué arrojada en tierra buena;
"Nació con avidez fresca y lozana;
"Y sin perjuicio, de vigores llena,
"Creció sin mal ninguno,
"Y dió ciento por uno."

La palabra de Dios es la simiente;
Y la que cae á orillas del camino,
Es la que llega al hombre indiferente
Que mira descuidado
El bien que no ha deseado.

La que sobre la piedra fué caída,
Es la que va sobre las almas débiles;
Con gusto y atencion es recojida,
Pero raices no echando
La van luego olvidando.

La que arrojada fué entre las espinas,
Es la que va á las almas que la buscan,
Y la sofocan luego, con mezquinas
Riquezas y regalos,
Deleites siempre malos.

La que en la tierra vegetó fecunda,
Es la que recibida con deseo
Al corazon de bienestar inunda,
Y lava la conciencia
Con santa penitencia.

CANTO XIX.

PARABOLA DE LA ZIZANA.

«Sembró sus fértiles campos,
 «Un labrador, de buen trigo;
 «Y en la noche, su enemigo
 «Zizaña amarga mezcló!
 «Trigo y zizaña brotaron,
 «Y á un mismo tiempo crecieron;
 «Y á su amo los criados fueron,
 «Y uno de ellos preguntó:

—«¿Acaso buena simiente
 «No habeis al campo arrojado?
 «La zizaña que ha brotado,
 «Junto al trigo crece allí.
 —«El que la zizaña crezca
 «Con el benéfico trigo,
 «Es obra de mi enemigo,
 «Dijo el amo para sí.

—«La arrancaremos, dijeron.
 —«Nó; si arrancais la zizaña
 «Del trigo la débil caña
 «Talvez arranqueis tambien.

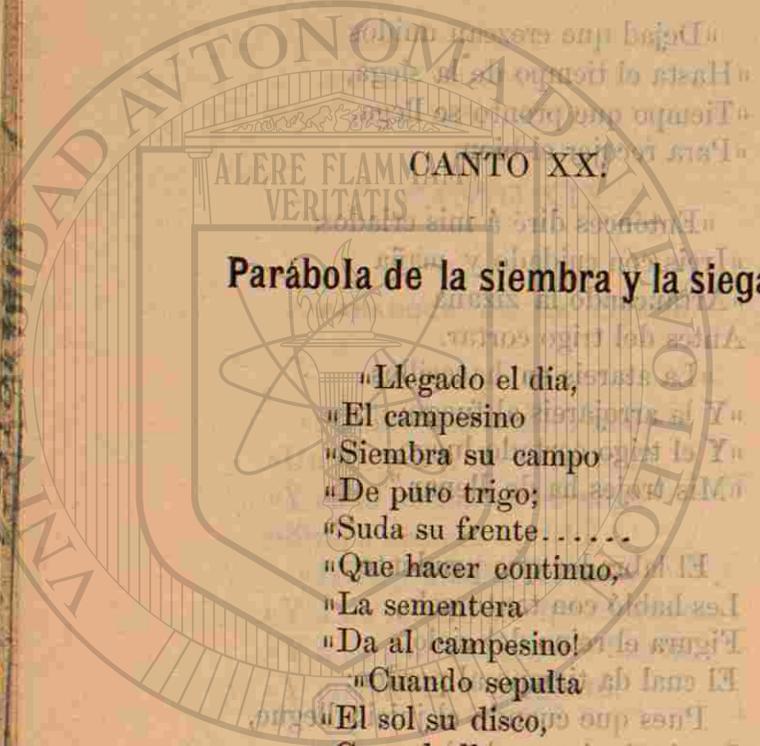
«Dejad que crezcan unidos
 «Hasta el tiempo de la siega,
 «Tiempo que pronto se llega,
 «Para recoger el bien.

«Entónces diré á mis criados:
 «Ireis con cuidado y maña
 «Arrancando la zizaña
 Antes del trigo cortar.
 «La atareis en hacecillos
 «Y la arrojareis al fuego;
 «Y el trigo cortado luego
 «Mis trojes ha de llenar.»

El labrador que prudente
 Les habló con tanto celo,
 Figura el reino del cielo,
 El cual da tiempo al perdon;
 Pues que cuando el juicio llegue,
 La zizaña ó reprobados
 A las llamas sentenciados
 Se verán sin escepcion.

Y el trigo ó las almas puras
 Que amaron siempre lo bueno,
 Serán llevadas al seno
 Del sumo Dios de bondad.

Donde encontrarán el premio
 A su virtud merecido;
 Placer sin fin y cumplido
 Por toda la eternidad.



CANTO XX.

Parábola de la siembra y la siega.

«Llegado el día,
 «El campesino
 «Siembra su campo
 «De puro trigo;
 «Suda su frente.....
 «Que hacer continuo,
 «La sementera
 «Da al campesino!
 «Cuando sepulta
 «El sol su disco,
 «Cansado llega
 «De su destino,
 «Porque la siembra
 «Con su atavío.....
 «Qué de fatigas
 «Da al campesino!
 «Mas terminada,
 «Ve complacido
 «Que ya le espera
 «Su hogar tranquilo,
 «Grato descanso,
 «Reposo lindo,
 «Halla á la sombra

«De su ranchillo!
 «Ve como brota,
 «Cual zacatillo,
 «La débil caña
 «Del verde trigo;
 «Ya sin trabajo,
 «Ve, con ahinco.....
 «La banderilla
 «Que suelta listo!
 Contempla ufano
 «Luego el granito,
 «Primero verde,
 «Despues pajizo.
 «Ya no hay trabajo,.....
 «Ya el campesino
 «Recibe el premio
 «De su cultivo!
 «La hoz tomando,
 «Poco á poquito,
 «En su panera
 «Recoje el trigo:
 «A la zizaña,
 «Que allí ha crecido,
 «Airado corta,
 «Y en hacecillos
 «La arroja al fuego,
 «Que enfurecido
 «Consume lento
 «Su poderío.
 «Arde! le dice,
 «Pues está visto
 «Que de mis campos

«Eres perjuicio!»

Quien así siembra
Es Jesucristo,
Que en sus trabajos
Es perseguido:
Pierde su vida:
De sangre un río
Brotó su cuerpo
Puro y bendito.
Después al cielo
Sube tranquilo,
Su sementera
Velando listo:
Vendrá la siega,
Del mundo el juicio;
Y el reprobado
Será maldito.

«Cual la zizana
Cayó sin tino,
Al fuego eterno
Irá el prescito,
Y á su alta gloria
Los escojidos
Serán llevados
Cual puro trigo,

CANTO XXI.

Parábola sobre el grano de mostaza.

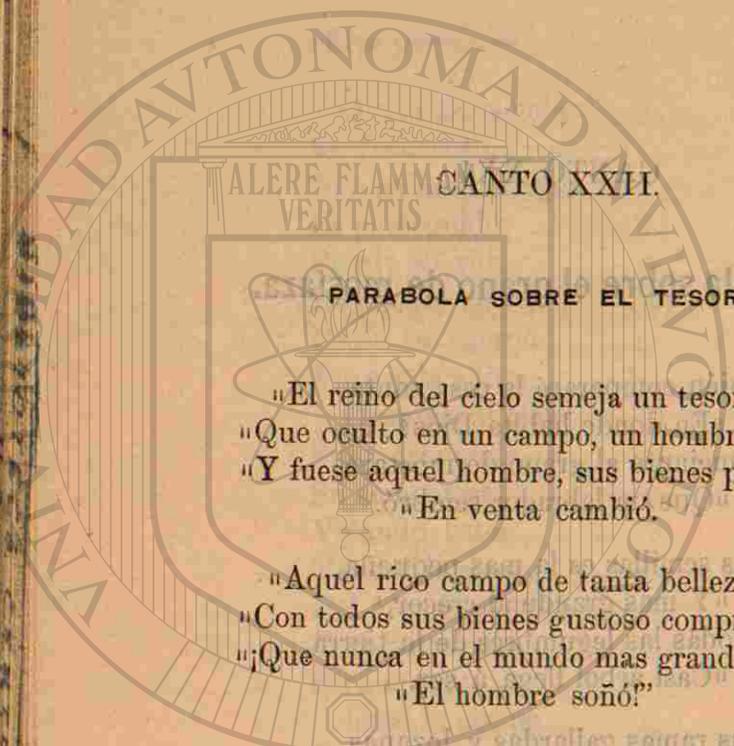
«¿A quién compararé la casa santa
«En donde habita Dios?
«Es semejante al grano de mostaza
«Que un labrador sembró.

«De las semillas es la mas pequeña,
«Y mas grande al crecer,
«Que todas las legumbres de la tierra,
«Casi árbol llega á ser.

«En sus ramas gallardas y lozanas,
«Que el aura va á besar,
«De los cielos las aves cadenciosas
«Se vienen á anidar»

La Iglesia así pequeña en su principio,
Tan grande llega á ser,
Que cual árbol frondoso va extendiendo
Sus ramas por doquier.

A su seno se acojen pueblos, reinos,
De su verdad en pos,
Y los reyes también que por su altura
Aves del cielo son.



CANTO XXII.
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

PARABOLA SOBRE EL TESORO.

«El reino del cielo semeja un tesoro,
«Que oculto en un campo, un hombre encontró;
«Y fuese aquel hombre, sus bienes por oro
«En venta cambió.

«Aquel rico campo de tanta belleza,
«Con todos sus bienes gustoso compró;
«Que nunca en el mundo mas grande riqueza
«El hombre soñó?»

Así nos enseña que todos debemos
Placeres, riquezas, y pompas dejar,
Si el reino grandioso del cielo queremos
Al fin alcanzar.

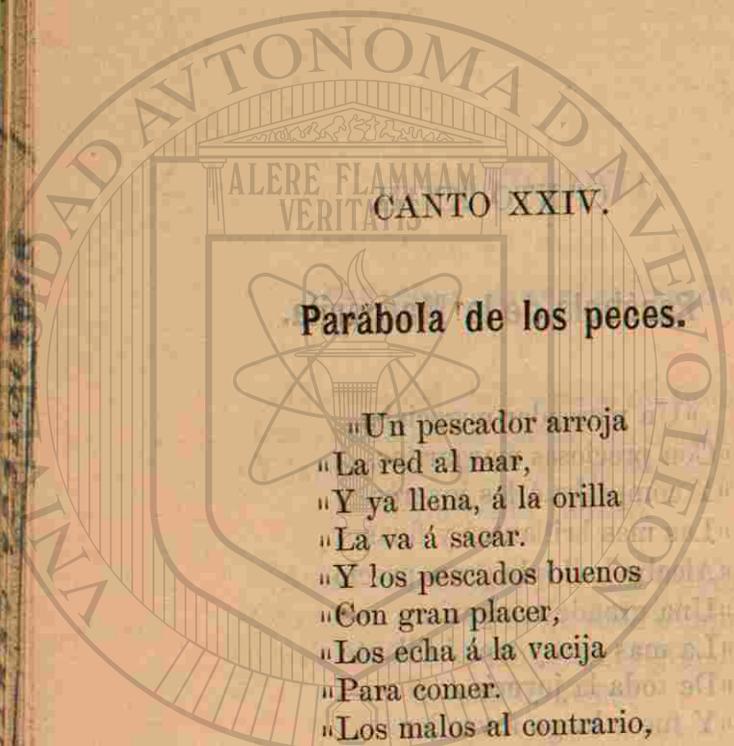
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CANTO XXIII.

Parábola de la Margarita.

«Un mercader negociaba
«Con preciosas margaritas,
«Y compraba á los joyeros
«Las mas brillantes y finas.
«Alcabo halló de gran precio
«Una grande margarita,
«La mas rica y mas brillante
«De toda la joyería.
«Y fuese luego á vender
«Las que en su poder tenia,
«Para comprar por su precio
«La brillante margarita.»

La gran luz del Evangelio
Se entiende por margarita:
Y el mercader es el hombre
Que tras ella va en la vida.



CANTO XXIV.

Parábola de los peces.

«Un pescador arroja
«La red al mar,
«Y ya llena, á la orilla
«La va á sacar.
«Y los pescados buenos
«Con gran placer,
«Los echa á la vacija
«Para comer.
«Los malos al contrario,
«Pues malos son,
«Los arroja á la arena
«Con mal humor.»

Los ángeles del cielo
Así vendrán,
Separando á los hombres
El día final.

Y los que bien obraren
Al cielo irán:
Los réprobos, del fuego
Pasto serán.

CANTO XXV.

PARABOLA SOBRE LA LEVADURA.

«La casa de mi Padre
«Es cual la levadura,
«Que en poca harina pura
«Envuelve una mujer.
«Y á poco fermentada
«La mira en su reposo;
«Y aumento prodigioso
«Se deja en ella ver.»

La Iglesia reducida
En su principio á Roma,
Se ve que cuerpo toma,
Y atravesando el mar,
No ya solo domina
El grande Vaticano;
Su imperio soberano
Se extiende aun mas allá.

El paganismo se hunde
Bajo su sacra planta,
Que su grandeza santa
Sobre la tierra está.
Los torpes mahometanos,
Luteros, Calvinistas,
¡Son débiles aristas
Que al fin demolerá!

CAPITULO XV.

LA PALABRA DE DIOS.

Jesucristo, durante su divina peregrinacion sobre la tierra, habló á todos los que tenian la dicha de seguirle y de escucharle, en un lenguaje sencillo, fácil y claro para toda comprension, por obtusa que ésta fuese.

La grandeza de su poder comunicaba á su inspirada palabra el don de la penetracion.

Por rudo, por ignorante, por falto de inteligencia que fuera el que la oia, no dejaba de penetrarse de ella; y aunque no todos la aprovecharan, no por eso dejaba de producir ópimos frutos, dia tras dia.

Así como una corriente de agua, al deslizarse sobre la menuda arena, en su blando cauce de verdoso césped, va fecundizando las extendidas gramas, los güinares y las verbenas que bordean su deliciosa orilla; su palabra dulce, armoniosa y consoladora, hacia producir en las almas, dispuestas por el arrepentimiento, raudales de fragancia, cuyo aroma envolvía un poema desconocido, sublime y grandioso, metamorfoseado con los albores de la gracia.

Pero así como hay plantas infecundas y estériles, en cuyos cerrados poros nada pueden ni el rocío ni el sol, muchos eran los que la oian para condenarla como contraria á sus pasiones y malas costumbres.

No podian escucharla una sola vez sin sentirse humillados, avergonzados y confusos; pero su ceguera era tan grande, que esta misma humillacion, en vez de serles un curativo que los apartase del mal, solo servia para aumentar su obstinacion y hacerlos mas enemigos de Jesucristo.

El buho, acostumbrado á las tinieblas, odia la luz, y aunque ve su hermosura y la comprende, la condena como su mayor enemigo.

Bien puede compararse al buho, el corazon que sumerjido en las tinieblas del error, huye la luz de la verdad.

Empero esta luz, radiante con la luminosa aureola que la circunda, tarde ó temprano aparece en el horizonte de las almas; y ¡ay de aquellos! para quienes brilla demasiado tarde! ¡Intentarán en vano asirse á un giron de su ondulante velo, porque ella huirá como espantada de la lobreguez de la tumba, del desierto inmenso de la eternidad!

Jesucristo, para que su divina palabra fuese comprendida en toda su belleza, en toda su magnificencia, en toda su pulchritud; habló á las turbas que le seguian, en parábolas.

La parábola era una comparacion entre el bien y el mal: una especie de símil; aunque dista-

ba mucho de ser lo último, pues ella tenía el convencimiento de la verdad.

La pureza de su lenguaje, las hacía llegar á los oídos como las armonías de un salterio, arrancadas por la mano de los ángeles.

En Jesucristo todo era sublime, todo era grandioso!

De sus nacarados labios brotaba á torrentes la dulzura, como brota la miel de los panales y la fragancia de las rosas!

Sus frases eran un continuado arrullo; arpeggios sublimes de una música celeste nunca escuchada; y cuyo eco penetraba al corazón, como penetra un rayo de sol en el lóbrego calabozo del infeliz prisionero.

Los quejos de la paloma en medio del bosque; el murmurio blando de la fuente cuyas linfas azuladas resbalando sobre las gramas, besan las puntiagudas hojas del azufrado colomo; el canto de los ruisenores en medio de las armonías de la noche, no tienen la cadencia dulcísima de aquel eco sublime, que resonaba penetrante y dulce, bajo las bóvedas del Templo, en las llanuras, al pie de las rocas ó de los altos cedros; dulce algunas veces como los besos de la brisa, melancólico otras, como el suspiro de la tarde, ó terrible como la tempestad.

Dichosos mil veces! los que teniendo la eji-
da de la fé en el alma, le escucharon cuando peregrinaba por la venturosa Palestina, que tan poco supo conocerle!
Pero yo no me quejo, nó! También he es-

cuchado mil veces, el metal de ese acento conmovedor! En el rodar de las ondas, al escuchar su magestuoso tumbo, en el fragor del retumbante trueno, en el estrépito de la espumosa catarata, en el ténue chirrido de los espigados milpares, en el gergeo de las avecillas y en el susurro de los vientos, encuentro esa armonía que pudo cautivar, con cadenas de amor eterno, á una Magdalena arrepentida, á un Simon Pedro y á otros mil santos.

Sí, ¡su voz me habla á todas horas; porque no hay objeto que se presente á mi vista que no me hable de su divino Autor!

¡Bendito sea mi Dios! y bendita su santísima palabra! ¡Benditos su poder y su grandeza!

SUPLICA

¡Qué me dices, Señor? ¡qué me dices? Tus labios me hablan de una eternidad: tus labios me dicen que me aparte del camino de la soberbia y que sea humilde: tus labios me ordenan el despego de los bienes terrenos y el apego á tu divina ley: tus labios me mandan que aborrezca el vicio y ame la virtud: que te ame como tú me has amado; mas yo por mi sola, nada puedo, nada! mi debilidad es tan grande, que su mucho peso es bastante para hacerme caer. Atiende á ella, Dios mio, y préstame tu poderoso auxilio, para que recordando á todas horas tu divina palabra, me aparte de todo aquello que tú aborreces; y solo ame á tí, que eres mi único y supremo bien. Amén.

CANTO XXVI.

LA CANANEA.

A orillas de la gran Tiro,
 Bella ciudad de Fenicia,
 Que el mar besando acaricia
 Con blandas ondas de tul;
 Una mujer Cananea
 Iba hácia Jesus clamando,
 Las blancas manos cruzando
 Sobre la túnica azul:

«¡Ah Señor, Señor, valedme:

«Mi hija es atormentada!

«Si quereis, será curada,

«Jesus, Hijo de David!»

Pero Jesus caminando.

No escucharla parecia;

Y ella tras El repetia:

«Tened compasion de mí!»

En el murmurio del viento

Al sacudir las higueras,

Y de las auras ligeras

Entre las cadencias mil.

Se escuchaba aquel acento
 Conmovedor y sentido,
 Aquel ruego dolorido:
 «¡Tened compasion de mí!»

Y las aves se inclinaban
 Sobre su tallo temblando,
 Y las aves revolando
 Le escuchaban al partir;
 Y el eco repercutia

Incansable allá á lo léjos,
 De la tarde en los reflejos,
 «¡Tened compasion de mí!»

Mas Jesus por el camino
 Tranquilo se adelantaba,
 Y ella entre tanto clamaba:
 «Jesus, Hijo de David,

«Volved hácia mí los ojos,
 «Mirad que aflijida clamo,

«Y que lágrimas derramo
 «¡Tened compasion de mí!»

«Mirad que el dolor de madre
 «Es tan grande y tan profundo,
 «Que no existe otro en el mundo
 «Que se le pueda medir.»

«Los cachorrillos alcanzan
 «Las migajas de una mesa
 «¡Valedme! vuestra grandeza
 «Tenga compasion de mí!»

Jesus que solo queria
 Probar la fé de aquella alma,
 Le dice con dulce calma:
 «En paz te puedes volver.
 «Vé á tu casa, consolada,
 «Tu hija está sana: mas sabe,
 «Que es la fé la grande llave
 «Que puede todo vencer.»

Volvióse la Cananea
 Al Salvador bendiciendo,
 Y á todos iba diciendo:
 «¡Tuvo compasion de mí!
 «Porque es misericordioso,
 «Poderoso, bueno y sabio.....
 «¡Bendígate todo lábio
 «Jesus, Hijo de David!»



DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO XVI

LA TRANSFIGURACION.

Hállabase el Salvador en Cesarea, ciudad situada al Norte de Palestina, cerca de las altas montañas del Líbano. Había visitado todas las aldeas, pueblos y villas que la circundaban y que se extendían hacia el nacimiento del río Jordan. Este río, mencionado tantas veces por los historiadores de nuestra Religión, merece ser visto con respeto, por ser una de las partes escogidas por el Señor para manifestar su poderío y su gloria.

Cuando Josué, sucesor de Moisés, abandonó el campo de Moab seguido de todo el pueblo de Israel, para hacer la conquista de la tierra de Canaan; hallábase este río tan crecido que se hacía difícil pasarlo á pié; y mas, cuando eran tantos los niños y mujeres que allí iban. Pero el Señor quiso manifestar, una vez mas, al pueblo Hebreo su poder, y el amor y solicitud con que le miraba. Apenas los sacerdotes que conducían el Arca de la Alianza, y que iban á la cabeza del pueblo, hubieron puesto los pies en el agua, cuando ésta se abrió milagrosamente, dejando en su centro un camino seco, bastante amplio, para que

Jesus que solo queria
 Probar la fé de aquella alma,
 Le dice con dulce calma:
 «En paz te puedes volver.
 «Vé á tu casa, consolada,
 «Tu hija está sana: mas sabe,
 «Que es la fé la grande llave
 «Que puede todo vencer.»

Volvióse la Cananea
 Al Salvador bendiciendo,
 Y á todos iba diciendo:
 «¡Tuvo compasion de mí!
 «Porque es misericordioso,
 «Poderoso, bueno y sabio.....
 «¡Bendígate todo lábio
 «Jesus, Hijo de David!»



DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO XVI

LA TRANSFIGURACION.

Hállabase el Salvador en Cesarea, ciudad situada al Norte de Palestina, cerca de las altas montañas del Líbano. Había visitado todas las aldeas, pueblos y villas que la circundaban y que se extendían hacia el nacimiento del río Jordan. Este río, mencionado tantas veces por los historiadores de nuestra Religión, merece ser visto con respeto, por ser una de las partes escogidas por el Señor para manifestar su poderío y su gloria.

Cuando Josué, sucesor de Moisés, abandonó el campo de Moab seguido de todo el pueblo de Israel, para hacer la conquista de la tierra de Canaan; hallábase este río tan crecido que se hacía difícil pasarlo á pié; y mas, cuando eran tantos los niños y mujeres que allí iban. Pero el Señor quiso manifestar, una vez mas, al pueblo Hebreo su poder, y el amor y solicitud con que le miraba. Apenas los sacerdotes que conducían el Arca de la Alianza, y que iban á la cabeza del pueblo, hubieron puesto los pies en el agua, cuando ésta se abrió milagrosamente, dejando en su centro un camino seco, bastante amplio, para que

podiesen pasar cómodamente todos. Pero si en este hecho manifestó Dios su poder de una manera asombrosa; en el bautismo del Salvador patentizó la grandeza y sublimidad de su gloria, cuando rasgándose las nubes del cielo sobre aquella divina cabeza, apareció en el espacio la inmaculada paloma del amor, dejándose oír al mismo tiempo aquellas misteriosas palabras que decían; *Este es mi Hijo muy amado en quien tengo puestas todas mis complacencias!*

A orillas de este célebre río pasó San Juan Bautista la mayor parte de su vida: no lejos de su ribera fué arrebatado Elías en un carro de fuego, despues de haberle pasado á pié enjuto, seguido de Eliseo su discípulo; hecho que verificó el profeta con solo extender su capa sobre las aguas; á cuyo contacto se dividieron inmediatamente, quedando contenidas en su curso.

Otras mil celebridades podrian citarse de este hermoso río, que naciendo en las montañas del Líbano, recorre gran parte de la Turquía; empero me limitaré á las ya citadas para volver al Salvador.

Una deliciosa tarde, salió de Cesárea de Filipo; y tomando una callejuela bordeada de cedrales y frondosas higueras, se encontró al oscurecer en una aterciopelada llanura. Al amanecer del siguiente dia, la llanura se hallaba poblada de gente; y Jesus, que no desperdiciaba un solo momento en bien de la humanidad, paso el resto del dia, ocupado en instruir á todos los que allí le habian seguido. Repitió las Parábolas que ya conoce-

mos; y algunas otras que citaré mas adelante.

Hacia la noche, cuando la luz del dia se alejaba espantada, ante esos mil rumores que preceden á la oscuridad, Jesus, llamando á Pedro, Juan y Santiago, para que le acompañaran, se alejó de allí y se dirigió al monte Tabor. Subió á su cima, y separándose algunos pasos de sus tres Apóstoles, se arrodilló sobre la yerba, y comenzó á orar. Pero aquellas oraciones del Salvador, no eran por tiempo limitado y corto: su alma contemplativa y divina se arrebatava en sublimes éxtasis; los que duraban por lo regular noches enteras.

Los Apóstoles estaban muy pendientes de su divino Maestro; pero poco á poco sus párpados se fueron haciendo pesados; el sueño se enseñoreó de ellos, y concluyeron por dormirse. Cuando esto sucedía, era mas de la media noche.

Jesus continuaba en su oracion, sin que el mas leve ruido viniese á turbarla: mas derrepente, su hermoso rostro, que se habia levantado hacia el cielo, fué rodeándose de una suave luz, que adquirió á poco la brillantez del sol. Aquella luz fué creciendo en torno de su divina persona, hasta envolverle en un effluvio deslumbrador, cuyos rayos perpendiculares cayendo sobre El, remedaban los colores del iris, el verde abrigantado de la esmeralda y el encendido rojo del rubí; y entre aquel mosaico de luz y colores que le circundaba, su vestido, sencillo y humilde, aparecia tan blanco como el armiño, tan suave, sutil y vaporoso, como la misma luz que le envolvía. Casi al

mismo tiempo de esta metamórfosis, obrada en su divina persona, se vieron descender en una nube á Elías y Moisés; este último llevaba las tablas de la Ley. Colocáronse á los lados de Jesus, y entonces el Salvador les manifestó los tormentos que le esperaban en los días amargos de su muerte, y cómo era preciso, que ésta tuviera su cumplimiento. Todo esto era divinizado aun mas por una armonía vaga, indefinida, que se levantaba en torno del monte.

No era posible que entre tanta gloria, los Apóstoles permaneciesen dormidos. Así fué que despertando, y viendo á su querido Maestro transfigurado de aquella manera, se sintieron tan conmovidos y tan asombrados, que no osaban pronunciar una palabra, contentándose con besar el sitio donde se hallaban.

Pedro, sin embargo, vuelto un poco de su emoción, se atrevió á decir al Señor, aunque con algun temor:

—Maestro, la gloria que os rodea no debe terminar; y para que esto suceda, edificaremos en este sitio tres tabernáculos: uno para Vos, otro para el profeta Elías y otro para vuestro siervo Moisés.

Esta propuesta de Pedro no fué contestada, porque aun no acababa de formularla, cuando una nube plateada y brillante envolvió aquella escena de gloria, haciéndola desaparecer por completo, mientras una voz que parecia salir del cielo, repetía aquellas misteriosas palabras que ya conocemos: *Este es el Hijo amado en quien he puesto todas mis complacencias.*

Los Apóstoles, oyendo esta voz y llevados de un respeto profundo, se inclinaron hasta tocar el polvo con la frente; y así permanecieron largo rato, hasta que Jesus acercándose á ellos, y tocándoles con la mano, les dijo:

—Nada temais; levantad el rostro de la tierra, porque es vuestro Maestro quien os habla.

Los Apóstoles se levantaron, y hallaron que el monte habia vuelto á quedar solo y oscuro como ántes.

Al bajarse del monte, Jesus les recomendó guardasen silencio sobre lo que habian visto y oído aquella noche.

Pocos dias despues, salió Jesucristo de Cesárea con sus Apóstoles, para volver á Cafarnaun.

Al llegar á esta ciudad, Simon Pedro, que iba delante, fué detenido por algunos hombres, que estaban á la puerta de la ciudad, encargados del cobro de los tributos.

Grande fué su aflicción por no tener una moneda del valor de cuatro reales, y que entonces se conocia con el nombre de "dridaema."

Pedro hubiera querido no mortificar á su divino Maestro manifestándole el cobro del tributo; y más cuando sabia bien que no tenia dinero; pero le era preciso pagar, porque de otra manera no podian entrar á la ciudad, y él no tenia con qué hacerlo.

Resolvióse, pues, en esta vez, como lo habia hecho en otras, ocurrir á Jesus. Así como los hijos acuden en sus grandes necesidades á sus padres, para que los auxilién y los saquen de ellas,

Simon Pedro se dirigió al Señor, para ver que disponia. Creía Pedro, y con muy justa razon, que su Maestro no estaba obligado á pagar el tributo, y así era efectivamente; porque los hijos de los reyes estaban exentos de ese pago. Y Jesucristo no solo era descendiente de cien reyes, por la rama de David, rey de la tierra, sino que era Hijo de Dios vivo, Rey de los cielos, como lo dijo El mismo á Simon Pedro, cuando éste le hubo manifestado la necesidad de pagar el tributo.

Pero Jesucristo habia dado siempre ejemplo de obediencia á las leyes; y no quiso desmentirlo en esta ocasion: acercándose pues, á Simon Pedro, le dijo:

—Echa tu red al mar: un pescado entrará en ella; ábrelo y dentro de él encontrarás un stater: (moneda que valia ocho reales) llévale á los cobradores del tributo, por mí y por tí.

Ejecutó Pedro lo que su Maestro le acababa de ordenar; y quedó asombrado al ver que todo habia sucedido, segun Jesus habia dicho.

Despues que Pedro pagó el tributo, él y los demas Apóstoles entraron en una acalorada discusion, sobre quien de ellos seria el mas grande en el reino de los cielos.

Cuando se llegaron á Jesucristo, le encontraron rodeado de niños.

Los Apóstoles trataron de retirarlos creyendo que quizá le molestaban; pero el Señor que leía el fondo de su corazon, y que sabia bien la disputa que habian traído en el camino, les dijo:

«¡Dejad que los niños se acerquen á mí: to-

«¡Un buen ejemplo de ellos que son sencillos como las palomas. En verdad os digo, que el que quiera ser mas grande en mi reino, debe ser aquí en la tierra el último; debe ser como los pequeñitos, como los que no hallan albergue ni el orgullo, ni la vanidad, ni la soberbia! ¡Dichosos los que abriguen un corazon de niño! ¡los que empleándose en el amor de sus semejantes, miren el ódio y el rencor como ponzoñosas víboras que habrán de quitarles la vida, esto es el reino de los cielos!

«Quien reciba á un niño con agrado, me recibe á mí:

«Quien ejerza con ellos la caridad; hallará caridad en mi reino; porque mi reino es para los niños, y para los que como ellos tengan un corazon puro y sencillo.»

SUPLICA

¡Oh Dios! todo dulzura, bondad y misericordia, que te dignaste darnos por modelo la inocencia de los niños; asegurándonos de esa manera la herencia del reino de los cielos. Yo te suplico arranques de mi corazon la soberbia, vanidad, orgullo y ambicion, para que libre de esas pasiones, pueda presentarme á tu Magestad con un corazon de niño, en la terrible y amarga hora de mi muerte. Así sea.

CANTO XXVII.

Parábola de la oveja perdida.

Pastaban en verde campo
 Cien ovejas muy hermosas;
 Una de ellas se extravió
 Entre las vecinas rocas.
 El pastor la hecha de menos,
 Y, como las ama a todas,
 Con sus gritos lastimeros
 Todo el cortorno alborota.
 Deja las noventa y nueve,
 Sin mirar que quedan solas,
 Y en busca de la extraviada
 Pasa larguissimas horas.
 Al fin la encuentra, y la trae
 Al rebaño donde mora;
 Y haciéndole mil caricias
 Alegre cántico entona.
 En la oveja descarriada,
 Que el pastor lamenta y llora,
 Se ve al pecador que errado
 La ley de Dios abandona.

CANTO XXVIII.

Parábola del deudor.

A sus deudores un día,
 Un rey á cuentas llamó;
 Pero el que mas le debía
 Fué el primero que llegó.
 —Diez mil talentos me debes,
 Le dijo al siervo el señor;
 Si hoy mismo no me los pagas
 Juzgaré como acreedor.
 A tu familia y á tí
 En subasta venderé
 Para rezarcir la deuda
 Con que tanto te esperé.
 Atemorizado el siervo
 Llorando dice á sus piés:
 —Si me esperais aun un poco,
 Quanto os debo os pagaré.
 Accedió el rey; mas el siervo
 Encontrando á otro deudor
 —Si no pagas, le decia,
 A la cárcel irás hoy.
 —Dadme un plazo, le replica,
 Quanto debo pagaré;
 Mas el siervo inexorable

Le da golpes con el pié.
 Y mandándolo á la cárcel
 Ordena que allí se esté,
 Hasta que los cien denarios
 Que le debe allí le dé.
 Contristados otros siervos,
 Aviso dan á su rey,
 Quien airado le sentencia
 A sufrir su propia ley.
 —Mal siervo, le dice, á ti
 Te ha esperado tu acreedor,
 Tambien esperar debiste
 A quien era tu deudor.
 De la cárcel no saldrás
 Hasta que hayas de pagar,
 Pues no merece perdon
 Quien no sabe perdonar.

En esta vez manifiesta
 A Simon Pedro, el Señor,
 Que perdone tantas veces
 Cuantas llegue el pecador.



CANTO XXIX.

EL HOMBRE QUE CAYO EN PODER
 DE LOS LADRONES.

(PARABOLA)

Un hombre a Jericó se dirigia,
 Mas unos salteadores le robaron,
 Herido en el camino le dejaron
 Y bañado en su sangre le halló el día.

Le miró un sacerdote, y su camino
 Siguió adelante sin hacerle caso;
 Le vió un levita, mas se fué de paso
 A donde le llamaba su destino.

A poco se acercó un Samaritano,
 Quien viéndole golpeado y sin aliento,
 Se acercó al infeliz con gran contento
 Y á un meson le condujo de la mano.

Cura á este hombre le dice al mesonero;
 Quiero torne á su casa salvo y sano:
 Así como le he traído de la mano
 Pagaré tu trabajo con dinero.

*Es buen prójimo el hombre que en la vida
 Se compadece del que sufre y llora.
 Y auxiliando á los pobres, no atesora,
 Y de hacer mal, á los demas, se cuida.*

CANTO XXX.

El rico ensancha sus paneras.

(PARABOLA)

Cosechas abundantes un rico recojia
Y al ver que en sus paneras no cabe el fruto ya,
Las manda echar por tierra y haciéndolas mas
Los frutos abundantes allí guardando va. [grandes,

Y lleno de alboroso se dice, al verlas llenas,
Ya puedes, alma mía, ya puedes descansar;
Mis frutos son inmensos, aunque haya seca y ham-
Por años numerosos el pan me ha de sobrar. [bre

Así el avaro, dice: atesorando vive,
Sin ver que cual relámpago su vida ha de pasar;
Que nada ha de llevarse, que al fin de la jornada,
De nada los tesoros á su alma servirán.

*Mejor le fuera al rico no haber nacido nunca,
Que sin las bellas flores de santa caridad,
Bajar hasta el asilo de la olvidada tumba,
Llegar á los umbrales de oscura eternidad.*

CANTOS Y SONETOS

133

CANTO XXXI.

PARABOLA DE LOS CONVIDADOS A LA CENA.

Cierto hombre rico preparó una cena,
Convidó á sus amigos;
Y llegada la noche, mandó á un criado
A llevarles consigo.

He comprado una granja y voy á verla;
El primero le dijo,
Dí á tu amo que me escuse si el convite
Aceptar no he podido.

Cinco yuntas de bueyes he comprado
Probarlas necesito;
Dijo el segundo; escúsame con tu amo
Por hoy, te lo suplico.

He tomado mujer, dijo el tercere,
Con semblante lascivo:
Que no me espere le dirás á tu amo,
No acepto su cumplido.

Las respuestas á su amo llevó el criado,
Y entónces resentido

Ve, le dice, á las calles y á las plazas,
Orillas y caminos:

Recoje pobres, ciegos, estropeados,
Enfermos y mendigos,
Hasta que no haya asiento en mi banquete
Que se encuentre vacío.

*La ambición, la avaricia y la soberbia,
Se ven en los amigos:
En el banquete el reino de los cielos,
Y en los pobres se ven los escójididos.*

CANTO XXXII.

Parábola del hijo pródigo.

Un hombre muy poderoso
Tuvo dos hijos; y un día
El menor, que era ambicioso,
Discurrió vivir ocioso
Entre el placer y la orgía.

Presentándose á su padre,
Le dijo: — Dadme la herencia
Que me tocó de mi madre,
Pues me voy, aunque no os cuadre,
Libre á pasar mi existencia.

El padre con triste pecho
La herencia entre ambos reparte,
Y el hijo ya en su derecho,
Tomando luego su parte,
Huye del paterno techo.

En país lejano se entrega
A vicios desenfrenados:
La herencia á agotarse llega;
La esquiva suerte le niega
Favores quizá, soñados.

Al verse del hambre presa
Va á servir de ínfimo criado,
Envidiando en su pobreza,
Las migajas de la mesa
Con que el perro es regalado.

A cuidar cerdos le envían,
Y allá bajo las parotas,
Las lágrimas que caían,
Anhelar triste le hacían
De los cerdos las bellotas.

«El hambre que me exaspera
«Tormento es que me taladre,
«Quién al pasado volviera!
«Quién las sobras recogiera
«De la mesa de mi padre!

«Oh cuán tarde he conocido
«El bien que perdiera un día,
«Cuando tras placer mentido,
«Orguloso, enloquecido,
«Salí de la casa mía!

«Mas de mi padre á las plantas
«Iré á postrarme de hinojos;
«Calmaré mis penas tantas
«Dejando en sus manos santas
«Las lágrimas de mis ojos.»

Esto diciendo, á la casa
De su padre se dirige,
Quien al mirarle le abraza,

No enojado le rechaza
Ni vengativo le affije.

—Matad luego una ternera,
Dice á los criados gustoso:
El placer reine doquiera
Porque hoy por la vez primera
Vierto lágrimas de gozo.

«Ha vuelto el hijo de mi alma,
Vestidle de rica tela;
Que nada turbe la calma,
Y brille él como la palma,
Do el ave cantando yuela.

En tanto el mayor hermano
Hace á su padre un reproche,
Y le dice al tierno anciano:
—No os he faltado villano,
Ni en el día, ni en la noche.

Y jamás he merecido,
En mi arreglada existencia,
Obsequio tan distinguido
Como el que hoy es concedido
Al que malgastó su herencia.

—Tú conmigo siempre unido,
Contesta el padre amoroso,
Nunca el hambre has conocido;
Mas tu hermano era perdido
Y en recobrarle me gozo.

*En el buen hijo se mira
Al justo que á Dios no deja,
Y en el prédigo se admira
Al que de Dios se retira
Y en pos del vicio se aleja.*

*Mas despues arrepentido
Rompiendo mundanos lazos,
Vuelve á Dios, padre querido,
Quien su culpa echa al olvido
Y le recibe en sus brazos.*

*Y al hipócrita judío
Se ve despues en el hijo
Que reprocha con desvío,
Del banquete el atavío,
De su padre el regocijo.*

CANTO XXXIII.

Parábola del mayordomo infiel.

Fué acusado un mayordomo
Como infiel discipador,

Y de su hacienda enojado,

Cuenta el amo le pidió.

«En adelante, le dijo,

Mayordomo no serás:

«Obraste de mala fé;

«Otro vendrá en tu lugar.

Affijido el mayordomo,

Exclama á solas «¿qué haré?»

A todos los que me deban

«La mitad perdonaré.

«Y con eso agradecidos

«Su casa me ofrecerán:

«No seré presa del hambre

«Pues no ha de faltarme pan.»

Ejecuta lo que piensa,

Lo sabe á poco el señor;

Y halla gracia el mayordomo

Por aquella buena accion.

Con esto Jesus enseña

Que es grande la caridad,

Que el que dá, ciento por uno

En lo alto recogerá.

Haz que mojando Lázaro la punta de su dedo
Las llamas que me abrasan se acerque á refrescar.

Allá desde su seno, Abraham le dice al réprobo:
—Un vil mendrugo nunca le diste de tu pan;
Justo es que ahora padezcas viendo gozar á Lá-
[zaro,
Su premio es el castigo mas grande que tendrás.

Tuviste en abundancia los bieres de fortuna,
El hambre, la miseria tus puertas no tocó;
A Lázaro abatieron terribles dolores,
El sol en el Oriente, sin pan siempre le halló.

A mas que la distancia que existe entre los ré-
Y entre las almas justas ninguno pasará. [probos
—Pues si esto nó se puede, el réprobo le dice,
Que avise á mis hermanos lo que es la eternidad.

—Moises y los profetas ya de ella les hablaron,
Y si ellos no creyeron, cual no creiste tú,
Ménos creerán á un muerto que deja de la tumba,
Para llevar aviso, las sombras y el capuz.

*Así los libertinos, los faltos de creencias
Se burlan y se rien de aquella eternidad;
Y dicen con descaro: los muertos nunca vuelven,
¿Quién pueda de la tumba decir el mas allá?*

*Los lábios del Dios hombre, del bien y el mal ha-
Del premio y el castigo aquí un ejemplo dió: ¡blaron:
¿Filósofos y sábios, errados literatos,
Me negareis osados que quien habló fué Dios?*

CANTO XXXIV.

EL RICO AVARIENTO.

(PARABOLA.)

Un hombre poderoso de púrpura vestido
Gloton y vanidoso, avaro, altivo, ruin;
Sentábase á su mesa cubierta de manjares,
De vinos generosos en copas de marfil.

Y Lázaro el mendigo, en tanto que él comia,
Desnudo ante su puerta mirábase temblar,
Que de hambre desmallaba, y falto de alimento
Las migajas del rico ansiaba devorar;

Mas imploraba en vano, en vano cada dia
Sentábase á su puerta buscando compasion:
El perro devoraba los restos de su mesa,
Y Lázaro tornaba con hambre á su rincon.

Murieron pobre y rico; y Lázaro mendigo
Al seno fué llevado de nuestro padre Abraham,
En tanto que el avaro al fondo del abismo
Encuéntrese arrojado por una eternidad.

Y desde allí mirando de Lázaro la gloria;
—¡Abraham! ¡Abraham! le dice, ¡Oh! ten de mi pie-
[dad!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
 FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
 INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
 BIBLIOTECA
 CAPITULO XVII.
LA ORACION.

Cuando Jesucristo concluyó de explicar las anteriores parábolas, volvió á hablar al gentío sobre la importancia de la oracion.

Para dar principio á este párrafo voy á valerme de la pregunta que sobre esto hace el Ripalda. ¿Qué cosa es orar? Orar es levantar á Dios el alma y pedirle mercedes.

Despues de oír una respuesta que reasume por sí sola, todo lo que pudiera escribirse en un volúmen, nada me resta que añadir.

Sin embargo, como todos estamos obligados á trabajar algo en bien de nuestros semejantes, quiero decir algo, esto es aprovechar la ocasion que se me presenta, para inculcar en el corazon de los niños, á quienes he didicado este libro, la importancia de la oracion.

El corazon de los niños gusta mas de la sencillez de las palabras que de un argumento que, por la riqueza de su adorno, suele hacerse incomprendible á su tierna inteligencia.

Jesucristo vino al mundo para salvarnos. Habriamos perecido si su bondad infinita, si su gran

misericordia, dispuesta siempre en favor de los pecadores, no se hubiera interpuesto entre la justicia de un Dios ofendido y de unos seres prevaricadores, que pretendieron elevarse á la altura de su Creador, por medio de la desobediencia.

Así pues, cuando el Hijo de Dios descendió á la tierra, trató de instruirnos en su santísima Doctrina; é instruyéndonos dejarnos antídotos especiales para preservarnos de los males del alma. Uno de ellos y quizá el mas necesario es la oracion: digo el mas necesario, porque el que ora, no cae fácilmente en pecado, ó si cae, con facilidad se levanta del estado de culpa. Esto queda explicado con las palabras que dirigió Jesucristo á sus Apóstoles en el Huerto de Getsemani, "Velad y orad para que no entreis en tentacion." Digo el mas necesario, porque con la oracion se alcanza la perfeccion, puesto que los santos no habrian llegado á serlo si no hubieran tenido como primer alimento la oracion.

Esta perfeccion de que hablo, es la humana perfeccion: divina solo en Dios puede haberla.

Por medio de la oracion se adquieren las virtudes; por medio de la oracion alcanzamos el remedio de nuestras necesidades y la conformidad en las adversidades de la vida; en fin, por medio de ella, nos acercamos á Dios, que es nuestro padre, y con el que deberiamos estar siempre unidos.

Es una necesidad imperiosa, para los que tenemos la dicha de ser católicos, consagrar algunas horas á la oracion. No es necesario faltar á nuestras ocupaciones; pues si las manos trabajan, el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
 FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
 INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
 DEPARTAMENTO DE HISTORIA
 HISTORIA DE LA ARGENTINA
 HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA
 HISTORIA DE LA LITERATURA
 HISTORIA DE LA FÍSICA
 HISTORIA DE LA QUÍMICA
 HISTORIA DE LA MATEMÁTICA
 HISTORIA DE LA MEDICINA
 HISTORIA DE LA FARMACIA
 HISTORIA DE LA PSICOLOGÍA
 HISTORIA DE LA EDUCACIÓN
 HISTORIA DE LA ECONOMÍA
 HISTORIA DE LA POLÍTICA
 HISTORIA DE LA SOCIOLOGÍA
 HISTORIA DE LA FILOSOFÍA
 HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA
 HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA
 HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA

LA ORACION.

Cuando Jesucristo concluyó de explicar las anteriores parábolas, volvió á hablar al gentío sobre la importancia de la oracion.

Para dar principio á este párrafo voy á valerme de la pregunta que sobre esto hace el Ripalda. ¿Qué cosa es orar? Orar es levantar á Dios el alma y pedirle mercedes.

Después de oír una respuesta que reasume por sí sola, todo lo que pudiera escribirse en un volúmen, nada me resta que añadir.

Sin embargo, como todos estamos obligados á trabajar algo en bien de nuestros semejantes, quiero decir algo, esto es aprovechar la ocasion que se me presenta, para inculcar en el corazón de los niños, á quienes he dedicado este libro, la importancia de la oracion.

El corazón de los niños gusta mas de la sencillez de las palabras que de un argumento que, por la riqueza de su adorno, suele hacerse incomprendible á su tierna inteligencia.

Jesucristo vino al mundo para salvarnos. Habríamos perecido si su bondad infinita, si su gran

misericordia, dispuesta siempre en favor de los pecadores, no se hubiera interpuesto entre la justicia de un Dios ofendido y de unos seres prevaricadores, que pretendieron elevarse á la altura de su Creador, por medio de la desobediencia.

Así pues, cuando el Hijo de Dios descendió á la tierra, trató de instruirnos en su santísima Doctrina; é instruyéndonos dejarnos antídotos especiales para preservarnos de los males del alma.

Uno de ellos y quizá el mas necesario es la oracion; digo el mas necesario, porque el que ora, no cae fácilmente en pecado, ó si cae, con facilidad se levanta del estado de culpa. Esto queda explicado con las palabras que dirigió Jesucristo á sus Apóstoles en el Huerto de Getsemani, "Velad y orad para que no entreis en tentacion." Digo el mas necesario, porque con la oracion se alcanza la perfeccion, puesto que los santos no habrían llegado á serlo si no hubieran tenido como primer alimento la oracion.

Esta perfeccion de que hablo, es la humana perfeccion: divina solo en Dios puede haberla.

Por medio de la oracion se adquieren las virtudes; por medio de la oracion alcanzamos el remedio de nuestras necesidades y la conformidad en las adversidades de la vida; en fin, por medio de ella, nos acercamos á Dios, que es nuestro padre, y con el que deberíamos estar siempre unidos.

Es una necesidad imperiosa, para los que tenemos la dicha de ser católicos, consagrar algunas horas á la oracion. No es necesario faltar á nuestras ocupaciones; pues si las manos trabajan, el

pensamiento y los labios están libres para levantarlos á Dios. Yo creo que la oracion que se hace en medio de los afanes ó del cumplimiento de nuestras obligaciones, es mas acepta á su Divina Magestad, que la que se hace desatendiendo á nuestros precisos deberes de familia.

Sin embargo, al expresarme de esta manera, no quiero decir que la oracion retirada y contemplativa, tenga ménos mérito á los ojos de Dios; nó, demasiado sabido es, que todos debemos separar diariamente, un corto espacio de tiempo para consagrarlo á la oracion, en honra de nuestro Creador y provecho de nuestra alma.

Así como nuestro cuerpo no puede pasarse sin el alimento que le dá fuerza y vida, porque sin él moriria, de la misma manera, nuestra alma sin el alimento de la oracion se debilitaria como esos arbustos que, naciendo en mala tierra, no pueden echar raíces, y al menor soplo, al menor vientecillo vienen por tierra impelidos por su misma debilidad.

La vida le faltaria á nuestra alma, porque la oracion alimenta la fé; la fé nos enseña á creer; y quien cree vive, y vive en Dios que es el principio de toda buena creencia; ¿y que vida puede tener una alma á quien falta el alimento de la oracion, que es su vida, porque es el único capaz de fortalecer el espíritu?

Concluyo, pues, diciendo: tenemos todos una obligación precisa de levantar el alma á Dios, porque es nuestro Padre y á El debemos acudir por el remedio de nuestras necesidades; porque es

nuestro Dios y le debemos amor, adoracion y alabanza; porque es nuestro Creador y puede como nuestro dueño, castigarnos si obramos mal y premiarnos si obramos bien; porque es, en fin, nuestro Redentor y le debemos gratitud y reconocimiento.

SUPLICA

Señor mio Jesucristo, que en vuestra peregrinacion por el mundo dijisteis: "Pedid y se os concederá," suplico á vuestra bondad infinita que nunca esté mi lábio torpe para alabaros, ni mi pensamiento atado á las cosas terrenas, para que pueda volar á vos y estar siempre unido á vuestra Divina Magestad. Amén.

CANTO XXXV.

Parábola de un Juez injusto y de una
viuda importuna.

En cierta ciudad habia

Un mal juez,

Que á nadie, ni á Dios temia

En su soberbia altivez.

Una viuda en su malicia,

Sin cesar,

Iba á pedirle justicia;

Mas sin justicia alcanzar.

Mas no por la negativa

De aquel juez,

Desmayó; constante iba

Del juez injusto á los pies.

Enfadado el juez sin duda,

Dijo al fin:

Justicia le haré á la viuda

Por quitármela de aquí.

Constantes debemos ser

En orar,

Que mas ha de merecer

El que mas supo esperar.

CANTO XXXVI.

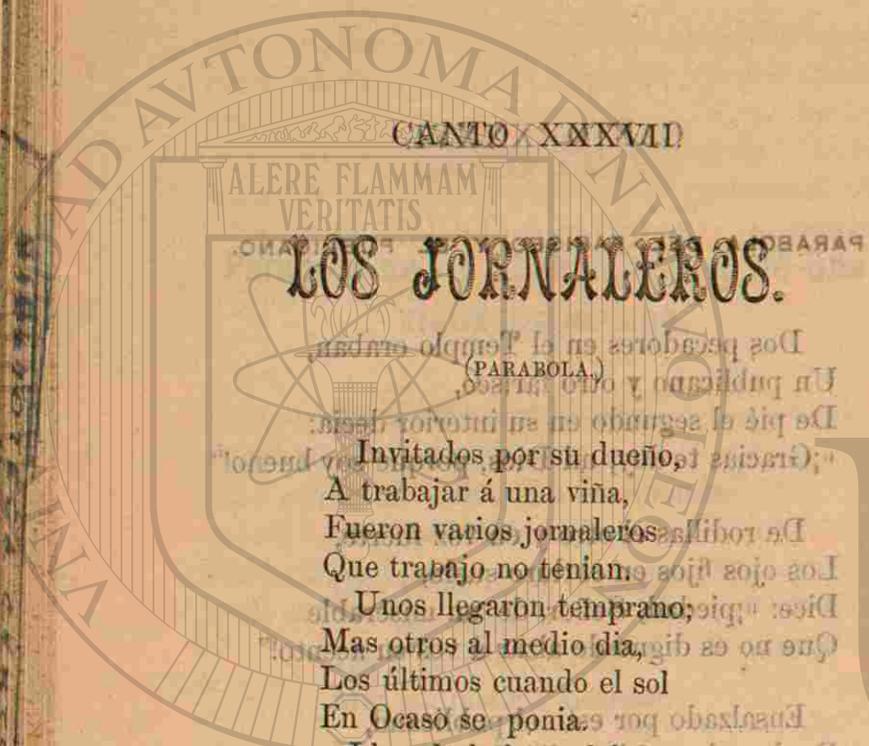
PARABOLA DEL FARISEO Y EL PUBLICANO.

Dos pecadores en el Templo oraban,
Un publicano y otro fariseo,
De pié el segundo en su interior decia:
"¡Gracias te doy, mi Dios, porque soy bueno!"

De rodillas el otro y en voz fuerte,
Los ojos fijos en el duro suelo,
Dice: "¡piedad, Señor, de un miserable
Que no es digno de alzar á vos su acento!"

Ensalzado por esto el publicano,
Perdonado y feliz salió del Templo:
En tanto que humillado fué á su casa,
Sin encontrar perdon el fariseo.

*Humillado ha de ser el que pretenda
Soberbio ser de todos el primero:
Ensalzado el que humilde se coloca,
Por creerse indigno, en el postrer asiento.*



CANTO XXXVII

LOS JORNALEROS.

Invitados por su dueño,
 A trabajar á una viña,
 Fueron varios jornaleros
 Que trabajo no tenían.
 Unos llegaron temprano,
 Mas otros al medio día,
 Los últimos cuando el sol
 En Ocaso se ponía.
 Llegada la hora del pago,
 Que fué al terminar el día,
 Le dice á su mayordomo,
 El dueño de aquella viña:
 «Comenzando por los últimos
 Que vinieron; vé con prisa
 Dando á cada uno un denario
 En pago de sus fatigas.»
 Los que llegaron primero
 Mayor pago solicitan,
 Al mirar que los postreros
 Igual pago recibían,

—¿Por qué han de ganar iguales,
 Los que llegaron ahorita,
 A nosotros que sin tregua
 Trabajamos todo el día?
 —¿Por ventura, dice el amo,
 No soy dueño de esta viña?
 Venisteis por un denario,
 ¿Por qué un denario os irrita?

*En el reino de mi Padre
 Es primero el que se humilla;
 Y al último puesto irá
 Quien el primero se mira.*



CANTO XXXVIII.

Parábola del banquete preparado por un rey.

Las bodas de un rico príncipe
Hizo preparar un rey,
Y mandó que se invitase
A varios grandes de allí.
Mas éstos por vez primera
Se negaron: ni uno fué,
Y el rey les dijo á sus siervos:
"Convidadlos otra vez;
"Decidles que mi banquete
"Rico y preparado está;
"Que se sienten á mi mesa,
"Que otra cual ella no habrá."
Hicieron aquellos siervos
Lo que les mandó el señor;
Mas estropeados volvieron
A la siguiente ocasion.
Irritado el rey entónces
Manda de pobres llenar
La mesa que preparada
Para los ricos está;
Y cuando lugar vacío
No se hallaba en el salón,

Entró el rey, quien entre todos
A un hombre muy sùcio halló,
Y al verlo dijo á los criados:
"Sacad á ese hombre de aquí,
Pues sin cambiarse de ropa
Osó á mi mesa venir.
Atado de piés y manos
Llebadlo, y sin compasion
Arrojadlo á las tinieblas
Del calabozo exterior."

*En los sierrros que golpeados
Volvieron á su señor,
Se demuestran los tormentos
Que hemos de sufrir por Dios.
Y aquel hombre que arrojado
Del banquete se miró,
Nos dice que sin la gracia
No se entra al reino de Dios.*

CANTO XXXIX.

Parábola de las Virgenes fatuas.

Invitadas á unas bodas,
 Con sus lámparas salieron
 Diez vírgenes; cinco necias,
 Y cinco prudentes fueron.
 Las prudentes no dejaron
 Las lámparas apagar;
 Mas á las necias á la hora
 Llegó el aceite á faltar,
 Y mirando que el esposo
 A esas horas ya venia,
 Fueron á comprar aceite
 A donde el aceite habia.
 Entró el esposo al banquete
 Llevando á las que quedaron;
 Y las otras al volver
 Cerrada la puerta hallaron.

*Así le sucede á la alma
 Que no viene preparada,
 Del banquete celestial
 La puerta hallará cerrada.*

CANTO XLII.

Parábola de los colonos.

Un padre de familia partió á lejana tierra
 Dejando á unos colonos su viña en alquiler;
 Llegado el tiempo mandó á sus criados
 Aquellas ventas á recojer;
 Mas luego los colónos quitáronles la vida,
 Y enviando el padre á otros lo mismo sucedió
 La misma suerte que á los primeros
 A los segundos se depaó.

Entónces mandó el padre, de pena consternado,
 Al hijo que adoraba, al hijo de su amor;
 Mas los colonos le dieron muerte,
 Le dieron muerte sin compasion.

*Mirando los tormentos de todos sus Profetas,
 El Dios Omnipotente á su Hijo nos mandó,
 Mas ¡ay! el mundo cual los colonos,
 Perfido, ingrato, muerte le dió.*

ALERE FLAM
VERITATIS

CAPITULO XVIII.

RESURRECCION DE LAZARO

Jesucristo habia estado varias veces en Jerusalem; y esta ciudad funesta, depravada y maldita, le habia visto siempre con envidia y con rencor. El poder de las tinieblas parecia tener allí su asiento, su foco destructor; pero la hora de Jesucristo no habia llegado todavía, y á pesar de que en todas esas veces se decretaba su muerte por los escribas y fariseos, que tanto le aborrecian, las manos de éstos permanecian como atadas por un poder superior, que les impedia por entonces llevar á cabo su maquiavelico proyecto contra el Redentor.

¡Empero todo tiene su plazo, y la vida admirable de Jesus iba tambien á tenerle!

Dirigióse nuevamente á Jerusalem; pero esta vez lo hacia para consumir el sacrificio que debia abrirnos el camino de la vida eterna, lavando con sangre tan preciosa las manchas de nuestra alma.

Durante este viaje, el último que iba á hacer sobre la tierra con sus amados Apóstoles, no cesó de hablarles de los tormentos que le esperaban en la ciudad deisida, de su cercano fin y de su gloriosa resurreccion.

Al llegar á Jericó, tomó por una ancha calle, que daba entrada á la ciudad, y en la que se veian algunas blancas casas, separadas entre sí por algunos grupos de árboles.

Bajo unos de estos árboles, se hallaba sentado un ciego que jamás habia visto la luz del dia: un perrillo de pelo oscuro, moviendo á ratos la esponjada cola, acariciaba sus desnudos pies, mientras el ciego pasando su mano por la sedosa piel del animal, lloraba en el alma su infortunio.

Un ruido de voces hirió derrepente los oidos del pobre ciego; y sintiendo pasos muy cerca de sí, preguntó levantándose:

—¿Quieres decirme qué novedad hay por aquí? Ese ruido demuestra que es mucha la gente que se acerca.

—No te engañas; mucha es la gente que sigue siempre á Jesus Nazareno, dijo una voz varonil, contestando al ciego.

—¿Jesus Nazareno! del que se cuentan grandes maravillas.....! murmuró el ciego, que sin esperar mas aclaraciones echó á correr hácia donde el ruido de voces se escuchaba, gritando con toda la fuerza de sus pulmones: "¡Jesus, Hijo de David, tened misericordia de mí!"

Jesus, que vió la carrera del ciego, y que oyó sus voces, le preguntó:

—Tu súplica es ferviente, ¿qué quieres que haga contigo?

—¡Quiero ver! quiero luz para mis ojos, porque las tinieblas me cansan y deseó conocerte!

—Luz hay en tus pupilas; abre los ojos y verás.

ALERE FLAM
VERITATIS

CAPITULO XVIII.

RESURRECCION DE LAZARO

Jesucristo habia estado varias veces en Jerusalem; y esta ciudad funesta, depravada y maldita, le habia visto siempre con envidia y con rencor. El poder de las tinieblas parecia tener allí su asiento, su foco destructor; pero la hora de Jesucristo no habia llegado todavía, y á pesar de que en todas esas veces se decretaba su muerte por los escribas y fariseos, que tanto le aborrecian, las manos de éstos permanecian como atadas por un poder superior, que les impedia por entónces llevar á cabo su maquiavelico proyecto contra el Redentor.

¡Empero todo tiene su plazo, y la vida admirable de Jesus iba tambien á tenerle!

Dirigióse nuevamente á Jerusalem; pero esta vez lo hacia para consumir el sacrificio que debia abrirnos el camino de la vida eterna, lavando con sangre tan preciosa las manchas de nuestra alma.

Durante este viaje, el último que iba á hacer sobre la tierra con sus amados Apóstoles, no cesó de hablarles de los tormentos que le esperaban en la ciudad deisida, de su cercano fin y de su gloriosa resurreccion.

Al llegar á Jericó, tomó por una ancha calle, que daba entrada á la ciudad, y en la que se veian algunas blancas casas, separadas entre sí por algunos grupos de árboles.

Bajo unos de estos árboles, se hallaba sentado un ciego que jamás habia visto la luz del dia: un perrillo de pelo oscuro, moviendo á ratos la esponjada cola, acariciaba sus desnudos pies, mientras el ciego pasando su mano por la sedosa piel del animal, lloraba en el alma su infortunio.

Un ruido de voces hirió derrepente los oidos del pobre ciego; y sintiendo pasos muy cerca de sí, preguntó levantándose:

—¿Quieres decirme qué novedad hay por aquí? Ese ruido demuestra que es mucha la gente que se acerca.

—No te engañas; mucha es la gente que sigue siempre á Jesus Nazareno, dijo una voz varonil, contestando al ciego.

—¿Jesus Nazareno! del que se cuentan grandes maravillas.....! murmuró el ciego, que sin esperar mas aclaraciones echó á correr hácia donde el ruido de voces se escuchaba, gritando con toda la fuerza de sus pulmones: "¡Jesus, Hijo de David, tened misericordia de mí!"

Jesus, que vió la carrera del ciego, y que oyó sus voces, le preguntó:

—Tu súplica es ferviente, ¿qué quieres que haga contigo?

—¡Quiero ver! quiero luz para mis ojos, porque las tinieblas me cansan y deseó conocertel

—Luz hay en tus pupilas; abre los ojos y verás.

El ciego abrió sus ojos, y glorificando el nombre divino del Salvador, le siguió; porque la luz no solo se comunicó á sus pupilas sino tambien á su alma.

Tres dias tenia Jesus en Jericó, cuando un hombre se le acercó diciendo:

—Las hermanas de Lázaro me envían á Vos para que os diga, que su hermano está gravemente enfermo. Jesucristo sonriendo con una dulzura infinita, dijo:

—Esa enfermedad de mi siervo Lázaro, no es para muerte, sino para gloria de Dios; porque en ella será magnificado su nombre. Vuélvete y díles que iré á consolarlas.

Empero el divino Salvador pareció olvidarse de la gravedad de Lázaro á quien mucho amaba; y no porque efectivamente se olvidase, sino porque queria manifestar en él la grandeza de su poder y la magnitud de su gloria.

Continuó predicando aun en Jericó, mientras Lázaro, agravándose aun mas, dejaba de existir, poco despues de que el enviado hablaba á Jesucristo.

Al dia siguiente, al cruzar Jesus por una calle de Jericó, un hombre de baja estatura y de fisonomía agradable, deseando conocerle, toma la altura de un sicomoro, cuyas verdes ramas caian hácia el lado por donde tenia que pasar. Parado entre las ramas y asido al tronco, le esperaba con ansiedad, porque deseaba conocerle y verle de cerca. Este hombre se llamaba Zaqueo, y era publicano.

Los publicanos, entre los judíos, estaban desprestigiados de tal manera, que se les consideraba como los mas grandes pecadores; y este era el motivo porque los fariseos se escandalizaban cuando veian á Jesus hablando con ellos.

Al pasar Jesus por bajo del arbolillo, levantó sus grandes ojos, y viéndole arriba, le dijo:

—Zaqueo, baja de ese sicomoro y guíame á tu casa, porque voy á hospedarme en ella.

—¡Ah Señor!, exclamó Zaqueo, muy miserable es mi casa para recibiros, pues no puede ser ménos la morada de un publicano; pero tengo gusto en ello, y agradeceré siempre el señalado favor que con esto recibo de Vos.

Bajóse el Zaqueo y echó á correr hácia su casa para esperarle y prepararle la comida. Su corazon rebosaba de júbilo y frotándose las manos iba y venia por la casa preparándolo todo.

El Zaqueo vió honrada su casa con la presencia de Jesus, y sintió desde entonces un inefable deseo de hacerse digno de la honra que recibia.

El Salvador al salir de allí, se dirigió á Betania, donde hacia tres dias habia acaecido la muerte de Lázaro.

Al dia siguiente, hallándose á las puertas de la ciudad, vió que se acercaba hácia él una mujer pálida y llorosa; era Marta que, sabedora de la llegada de Jesus á Betania, habia ido á encontrarle.

—Señor, exclamó Marta, mi hermano tiene hoy cuatro dias de muerto, por eso no le veis a-

quí, ¡ah! ¡pobre Lázaro! si viviera sería hoy el primero en venir hacia Vos!

Marta pronunció estas palabras con todo el dolor de su alma, mientras las lágrimas corrían abundantes por sus mejillas.

—¡Lázaro duerme, y voy á despertarle! dijo Jesus.

—Bien sé que lo que Vos pidierais á Dios, os será concedido: pero mi hermano ha muerto, y de ese sueño solo podrá volver en el último dia.

—¡Marta! ¡Marta! yo le volveré á la vida: porque yo soy la Resurrección y la Vida! El que cree en mí vivirá, aunque haya muerto; y no podrá morir jamás, dijo Jesus.

—¡Lo creo, Señor, lo creo! Vos sois Jesucristo, Hijo de Dios vivo: Vos podéis todo lo que queris, porque sois Omnipotente! murmuró Marta, arrodillándose á los pies de Jesus.

María Magdalena, avisada por Marta, llegó también al sitio donde Jesus se encontraba; y arrodillándose, le dijo:

—Si Vos hubierais estado aquí, Señor, mi hermano no habria muerto!

—Ten fé, Magdalena, y yo le volveré á la vida, tornó á decir Jesucristo.

Magdalena levantó la cabeza, y su frente coronada de blandos y sedosos rizos; apareció serena y dulce como un cielo azul en el Estío.

—Guíadme al sepulcro que guarda los restos de Lázaro, porque deseo verle, añadió Jesus.

Las hermanas de Lázaro tomaron entónces

por una callejuela solitaria y angosta. Jesus las seguía con sus Apóstoles, y además una multitud de judíos que habían seguido desde su casa á Marta y á María.

Pronto se encontraron en un delicioso valle, en el centro del cual, se veía un sepulcro recién removido; cubierto con una gran piedra, sombreado por un grupo de cipreses, cuyas ramas, movidas por el viento del dia parecían gemir.

Jesus se detuvo junto á él; é instintivamente se rodearon del sepulcro todos los que le acompañaban.

Marta y María, al ver la fosa que ocultaba á su hermano no pudieron contenerse. Un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos; sus mal comprimidos ayes turbaron el silencio de aquella tumba, y de los ojos de Jesus se escaparon dos lágrimas silenciosas.

Los Apóstoles guardaban silencio, y esperaban atónitos el desenlace de aquella escena conmovedora.

Jesus se arrodilló, y despues de una corta oración se levantó; y alzando su mano, señaló el sepulcro diciendo á los hombres que se hallaban mas cerca:

—¡Quitad esa piedra que cubre la bóveda!

Los hombres obedecieron; y una fetidez espantosa se dejó sentir á larga distancia.

Sin embargo, todos se inclinaron á ver el fondo de aquel lóbrego asilo donde yacía Lázaro en un estado completo de putrefacción. A la vista del cadáver, los semblantes de todos parecieron

desencajarse; un sudor frío les bañaba y un temblor nervioso se había apoderado de ellos.

Jesús tornó á orar; reflejándose en todo su Ser una hermosura superior y una grandeza infinita, se acercó al borde del sepulcro, diciendo con voz de mando: *¡Lázaro, sal fuera!*

Pero, ¿cuál sería el asombro de los circunstantes, cuando al pronunciar Jesús aquellas tres palabras, vieron á Lázaro levantarse y salir fuera sano y lleno de vida!

María y Marta lloraban de alegría; y Lázaro no sabía cómo manifestar al Señor su gratitud.

Tan ruidoso milagro no podía pasar en silencio. Los escribas y fariseos, al tener noticia de él se reunieron en consejo; y deliberando sobre las consecuencias que la fama de aquella maravilla les acarrearía, decretaron solemnemente la muerte de Jesucristo.

El Salvador pasó algunos días entre Efen y Betania. En esta última aldea, en una cena que le prepararon las hermanas de Lázaro, Magdalena se le acercó, llevando una libra de unguento de nardo; y en el éxtasis de su amor ungió con él los divinos pies de Jesús; y según su piadosa costumbre, los enjugó luego con su blonda y abundante cabellera.

Pero la piedad de Magdalena no llegaba hasta aquí; había ungió los pies del Salvador y deseaba ungir también su santísima cabeza. Esperó, pues, el momento oportuno para satisfacer sus ardientes deseos. Este momento no tardó mucho en presentarse, porque Jesús fué convidado á ce-

mer en la casa de Simón el leproso, vecino también de Betania.

Magdalena entró al salón con otro vaso de rico unguento; y cuando la comida terminaba, le derramó sobre la cabeza del Redentor.

Judas Iscariote murmuró la conducta de Magdalena, como lo había hecho siempre que esta piadosa mujer le ungió; pero Jesús, oyéndole, exclamó:

—En verdad; en verdad os digo, que esta mujer ha hecho una buena acción, ungiendo mi cuerpo para la sepultura! Pobres tendreis siempre á la puerta de vuestra casa; mas á mí, no siempre me tendreis entre vosotros.

SUPLICA

¡Oh Dios! á cuya bondad, misericordia y amor, debió Lázaro ser devuelto á la vida, de la lobreguez de la tumba. Te suplico, con toda mi alma, que arrancándome de las tinieblas del pecado, me vuelvas á la vida de la gracia, para que al fin de ella, mi alma vuelva á Tí, arrebatada por la dulzura inefable de tu amor. Amén.

CANTO XLI.

DOMINGO DE RAMOS.

De la hermosa Betania,
Dirigióse Jesus hácia Betfage,
De sus tiernos Apóstoles seguido.
Era la última vez que aquel camino
Con ellos andaria:
La hora se acercaba,
Y Jesus á sus solas meditaba,
Y con semblante triste
Aquellos sitios, al dejar, miraba.
Al término me encuentro, se decía,
Pronto mi sangre lavará la culpa
Del hombre delincuente,
Que en el paraíso por su mal un día,
Comió desobediente
Del fruto que mi Padre le prohibía.
Para muchos quizás inútilmente
Mi sangre regará la Palestina,
Que hay estériles almas donde nunca
La semilla del bien produjo frutos,

"Almas sin fé que en medio á sus abrojos
"No quieren creer ni lo que ven sus ojos.

"No volverá mi planta humanizada
"A tocar estos sitios
"En donde la Doctrina de mi Padre,
"Brotando de mis labios,
"Cual la buena simiente,
"Ha recojido por el uno el ciento."

Llegados á Betfage, Jesus dice,
A dos de sus discípulos:
"Al frente hay una aldea,
"Donde atados á un tronco,
"Un pollino hallareis y una pollina,
"Traedlos sin demora, y si su dueño
"Con vosotros se irrita,
"Y oponerse pretende,
"Le direis que el Señor los necesita."

Cumpliendo aquel mandato,
Trajeron el pollino y la pollina,
Y por ratos Jesus montado en ambos
Hácia Jerusalem triste camina.

II.
El sol en el Zenit resplandecía
Como cascada rutilante de oro;
Las crestas coloreando de los montes
Brillar haciendo el agua
Donde su sed calmaban los bizontes.

Parleras avecillas
 En bosques de arrayanes y de almendrós
 Aleteaban cantando y caprichosas
 De ramaje en ramaje iban saltando
 Mientras las mariposas
 De distintos tamaños y colores,
 La dulce miel libaban de las rosas.

Caminaba Jesus, y los Apóstoles
 Cabisbajos y místios le seguian;
 Mas poco á poco le siguió un gentío
 Tan grande tan inmenso,
 Como el oleaje de crecido río.
 Al oír sus palabras compasivas
 Y ver la multitud de sus prodigios,
 Manifestar quisieron de su alma
 El respeto, el amor, el sentimiento;
 Y llenos de contento
 Las capas arrojaban á su paso,
 Sirviéndole de alfombra,
 Y en la mano ostentaban verdes ramos
 De fresco olivo, de vistosa palma;
 Regaban á sus pies plantas y flores,
 Y á una voz entonaban con el alma:
 "¡Hosanna! ¡Hosanna de David al Hijo!
 "¡Bendito el Rey de Israel! bendito sea!
 "¡En nombre del Señor á vernos viene,
 "Trayendo lá salud á la Judea!"

Así llegó Jesus á la orgullosa
 Y opulenta ciudad de los Heródes,
 De quien dijo su lábio en ese día:

"De tu belleza de hoy,
 "No ha de quedar ni piedra sobre piedra:
 "¡Ay! ¡ay de tí, Jerusalem impía!
 "Te acediarán legiones extrageras
 "Con fuertes lanzas y broqueles duros,
 "Te cercarán de fosos y trincheras,
 "Por tierra echando tus soberbios muros.
 "Con tus viles harapos, pordiosera
 "Mendigarás el pan para tus hijos;
 "¡Ciudad ingrata! ¡Tierra delincuente,
 "La marca del baldon pondré á tu frente!"

CAPITULO XIX.

LA ULTIMA CENA.

Al fin voy á tocar un episodio digno, por mil títulos, de la admiración y respeto de todos los que nos preciamos de hijos de Jesucristo.

¡Episodio grandioso! en el cual Jesucristo impulsado por una caridad ardiente, y obedeciendo solo á los impulsos de su amor inmenso hácia la humanidad, instituye la mas admirable y sublime de todas sus instituciones, cual fué el sacramento de la Santa Eucaristía.

Cuando contemplamos á Jesucristo dándose por alimento á las almas, no sabemos qué admirar mas, si su grande humildad ó la inmensidad de su amor hácia nosotros. Así es en efecto.

Mirando á Jesucristo en el apoteosis de su divina grandeza, nos parece como imposible que un Dios, cuyo alcázar es el cielo, que tiene por peana el firmamento, cuyo poder no tiene límites, que lo abarca todo desde lo pasado hasta lo venidero y á quien sirven escuadrones de ángeles; nos parece imposible, repito, que se humillara tanto por amor al hombre.

Y sin embargo, y á pesar de su grandeza in-

comprensible, porque somos muy ignorantes para comprenderla, indefinible porque somos muy pequeños para definirla, inmensa porque no tiene principio ni fin; le tenemos continuamente, de dia y de noche en el Santísimo Sacramento del Altar; no en apariencia sino real y verdaderamente.

Jesucristo en la última cena que celebró con sus Apóstoles, quiso, antes de separarse de ellos, dejarles una prenda notoria de inestimable precio; una prenda que les recordase siempre su amor ardiente.

¿Y qué prenda de mas precio podia dejarles que la sustancia purísima de su purísimo Ser?

Al bendecir el pan y el vino, que en esa memorable noche dió á sus Apóstoles, su corazón abrasado en llamas de infinita caridad, solo vió la necesidad que teníamos de vivir unidos á El, de tenerle cerca de nosotros; y lleno de amor consumió el misterio santísimo de la Eucaristía.

¡Misterio que no somos capaces de comprender!

¡Misterio que veneran los ángeles doblando sus alillas y sin osar ni aun levantar los ojos!

¡Misterio, en fin, por medio del cual somos alimentados durante nuestra peregrinacion por este valle de lágrimas;

SUPLICA

¡Oh Jesus sacramentado! Jesus divino, que continuamente te hallas dispuesto á recibir al peca-

CAPITULO XIX.

LA ULTIMA CENA.

Al fin voy á tocar un episodio digno, por mil títulos, de la admiración y respeto de todos los que nos preciamos de hijos de Jesucristo.

¡Episodio grandioso! en el cual Jesucristo impulsado por una caridad ardiente, y obedeciendo solo á los impulsos de su amor inmenso hácia la humanidad, instituye la mas admirable y sublime de todas sus instituciones, cual fué el sacramento de la Santa Eucaristía.

Cuandó contemplamos á Jesucristo dándose por alimento á las almas, no sabemos qué admirar mas, si su grande humildad ó la inmensidad de su amor hácia nosotros. Así es en efecto.

Mirando á Jesucristo en el apoteosis de su divina grandeza, nos parece como imposible que un Dios, cuyo alcázar es el cielo, que tiene por peana el firmamento, cuyo poder no tiene límites, que lo abarca todo desde lo pasado hasta lo venidero y á quien sirven escuadrones de ángeles; nos parece imposible, repito, que se humillara tanto por amor al hombre.

Y sin embargo, y á pesar de su grandeza in-

comprensible, porque somos muy ignorantes para comprenderla, indefinible porque somos muy pequeños para definirla, inmensa porque no tiene principio ni fin; le tenemos continuamente, de dia y de noche en el Santísimo Sacramento del Altar; no en apariencia sino real y verdaderamente.

Jesucristo en la última cena que celebró con sus Apóstoles, quiso, antes de separarse de ellos, dejarles una prenda notoria de inestimable precio; una prenda que les recordase siempre su amor ardiente.

¿Y qué prenda de mas precio podia dejarles que la sustancia purísima de su purísimo Ser?

Al bendecir el pan y el vino, que en esa memorable noche dió á sus Apóstoles, su corazón abrasado en llamas de infinita caridad, solo vió la necesidad que teníamos de vivir unidos á El, de tenerle cerca de nosotros; y lleno de amor consumó el misterio santísimo de la Eucaristía.

¡Misterio que no somos capaces de comprender!

¡Misterio que veneran los ángeles doblando sus alillas y sin osar ni aun levantar los ojos!

¡Misterio, en fin, por medio del cual somos alimentados durante nuestra peregrinacion por este valle de lágrimas;

SUPLICA

¡Oh Jesus sacramentado! Jesus divino, que continuamente te hallas dispuesto á recibir al peca-

Solo y desamparado allí se mira,
 Sus discípulos Juan, Santiago y Pedro
 Duermen tranquilos junto al pié de un cedro,
 Y al mirarlos Jesus, ¡gime y suspira!

Dos veces les despierta cariñoso,
 «Velad y orad, les dice con dulzura,
 «Mi alma está triste y llena de amargura,
 «¡Hasta la muerte encontrará reposo!»

Se arrodilla otra vez, de nuevo observa
 El sangriento episodio de su muerte;
 Y sangre pura de su cuerpo vierte,
 Y sin aliento cae sobre la yerba.

«¡Padre! dice, con voz triste y sombría,
 «El cáliz del dolor de mí retira,
 «De tu Hijo amado los tormentos mira.....
 «¡Mas, haz tu voluntad, no hagas la mia!»

La blanca luna cae sobre su frente,
 Tiembla su cuerpo, defallece su alma:
 El silencio es letal; ¡aquella calma
 Solo la turba el ruido del torrente!

Si el Padre celestial no sostuviera
 Con su inmenso peder que no halla nombre,
 El terrible dolor del Dios hecho hombre,
 El Hijo de aquel Padre allí muriera.

Los olivos se inclinan doloridos,
 Se entrecierran las rosas de aquel huerto,

Se estremecen las aguas del Mar Muerto,
 Y los ángeles lloran conmovidos.

Jehová de su Hijo al contemplar la pena
 Hace bajar un ángel de alba ropa,
 Quien al mostrarle la brillante copa,
 De fortaleza en su dolor le llena.

En una blanca y vaporosa nube
 Que la luna plateando va en su giro,
 Al alejarse el ángel, da un suspiro,
 Y á los pies de Jehová llorando sube.

Y Jesus de la tierra se levanta,
 Al cielo eleva su preciosa frente;
 Y las risueñas brisas del torrente
 Besan estremecidas su garganta.



BESO DE JUDAS.

A través de las sombras de la noche, penetra un hombre en la ruidosa ciudad de los Herodes.

Parte de su rostro vá oculto entre los pliegues de su manto.

Su paso inseguro y medroso revela al hombre que se recata á las miradas ajenas; al criminal que avanza cautelosamente para perpetrar un crimen horrendo.

De cuando en cuando, la amortiguada luz de los faroles que penden de las aceras, deja ver su rostro cadavérico y contraído. Gruesas gotas de sudor surcan por sus lívidas y duras mejillas, las que al ser vistas infunden cierto pavor indefinible, cierta repulsion que calosfría el cuerpo y hiela el corazón.

Sus ojos hundidos en las órbitas, tienen la mirada del buitre, remedo de la que debió brillar en las pupilas de Satan, cuando las rojizas llamas consumieron á Sodoma, Gomorra y Seboin.

Sus cabellos crespos y levantados, son como la negra nube pronta á despedir un rayo estermiador sobre un campo de azucenas.

Tomando por las calles mas oscuras y ménos frecuentadas llega hasta el salon, donde el gran Consejo delibera la muerte de Jesus.

—¿Quién sois y qué quereis? le pregunta Caifas, al verle en su presencia.

—Soy Judas Iscariote, discipulo de Jesus el Galileo; y vengo á tratar con vosotros la entrega de su persona, dijo con ronca voz.

Los pontifices se vieron con asombro unos á otros y en sus semblantes irradió la alegría.

Caifas preguntó de nuevo:

—¿Qué precio pones á la cabeza de tu Maestro?

—Treinta monedas de plata me bastan; dádmelas y os conduciré hasta él.

El Consejo entregó á Judas los treinta ciclos ó reales, y éste les dijo:

—Aquel á quien yo besare es Jesus, prendedle.

Encaminóse despues al huerto de Getsemaní, donde Jesus oraba, y acercándose á El, seguido de una numerosa tropa, le besó en la frente diciendo: "Dios te salve, Maestro."

Aquel beso arrancó á los ángeles un torrente de lágrimas.

Las rocas se movieron: el mar lanzó un gemitido: las violetas cerraron su cáliz con amargura: las aves, el viento y las brisas, suspiraron dolientes.

Un grito desgarrador debió arrancarse del fondo de la creacion entera.

¡Beso de Judas! sangriento sarcasmo arrojado sobre la amistad, el amor y el respeto!

¡Beso de Judas! borron que no ha de lavarse ni con todo el agua de los cinco Oceanos, ni con todas las lágrimas de todos los seres que han cruzado, cruzan y cruzarán el átomo del mundo!

¡Beso de Judas! carcajada horrible, arrojada sobre el rostro angélico de la inocencia!

¡Beso de Judas! profanacion inaudita de la prenda mas bella que tiene el amor!

Su eco resuena aun todavía sobre los escombros de la ciudad maldita: su eco aun mueve las ondas silenciosas del Mar muerto: aun se oye su vibracion en las escarpadas montañas de la Judea.

Los siglos han pasado: las generaciones se han sucedido; pero él alienta en los bosques de Sion como el aliento emponzoñado que despidе la mordedura de una víbora: él marchita en boton las flores de Samaria: él es el padron de infamia que hace de la Turquía un fango de miseria, de donde la felicidad huye espantada y la virtud se aleja temerosa de manchar sus alas.

¡Beso maldito! sentencia fuiste de la muerte del Justo!

¡Los siglos sucediéndose unos á otros tendrán para tí una maldicion, y las edades todas te mirarán con horror; porque digno eres del oprobio que pesa sobre tí!

SUPLICA

Soberano Señor de todo el universo, aquí me tienes en tu presencia, no para levantar á Tí la

frente que hundida en el polvo debe permanecer, sino para pedirte el perdor, de que tanto necesita mi alma. Como Judas mil veces he hecho traicion á tu divina ley; como Judas te he vendido con el beso de la iniquidad. Pero tú puedes salvarme, porque nadie llega tarde á tus sagrados pies cuando se arrepiente. Hazme la gracia, Dios mio, de que nunca mas vuelva á ofenderte, faltando á tu santísima ley para que andando siempre en tu presencia, pueda ir algun dia á alabarte en el cielo, en compañía de tus elegidos. Amén.

CANTO XLIII.

LOS TRIBUNALES.

Aun se oye el beso del traidor apóstol
Cuando á Jesus la turba se adelanta
Con hachas y linternas encendidas,
Lanzas, espadas, palos y broqueles.

«¿A quien buskais?» pregunta Jesucristo
Tres veces á la tropa de soldados:
Y tres veces caen sobre la tierra
Cadavéricos, mústios y aterrados.

Saca Pedro su espada
Y la oreja de Malco airado corta;
Mas Jesus le reprende con dulzura
Y con su mano blanca á Malco cura.

Mas de tal modo empedernido se halla
El corazon del mísero Judío,
Que ni el ver los prodigios le contiene,
Y en su loco y sacrílego extravío
Voraginoso sed de sangre tiene.

Ligan sus manos con cordeles duros,
Y de Anás al palacio le conducen;
Pero Anás á su yerno le remite.
Caifas, gran sacerdote,
Le ve con alegría;
Porque era su enemigo mas terrible,
Y el que mas en Salem le aborrecia.

Le interroga con voz terrible y fiera;
Y al decir que es el Hijo del Eterno
Recibe una terrible bofetada
En la blanca mejilla
Que queda de dolor amoratada.

Allí pasa la noche: allí recibe
Improperios baldones y sarcasmos:
Allí le escupen la preciosa cara,
En que se ven los ángeles,
Y le vendan los ojos y le hieren
Y le arrojan al rostro carcajadas,
Carcajadas malditas,
Que van á resonar en el averno,
Como resuena el rayo estrepitoso
En el barranco cóncavo y hundoso.
Allí sentado Pedro,
Su discípulo leal, el mas amado,
Al calor de la lumbre,
Niega tres veces á Jesus su Maestro,
Y al cantido del gallo
Recuerda del Señor la profecía:

Vuelve á El la cabeza,
A El á quien ofende, á quien adora,
Recibe de perdon una mirada,
Que de dolor el alma le atraviesa
¡Y amargamente su pecado llora!

Al despuntar el dia,
Iluminando las soberbias torres,
Los palacios de oro y de granito,
Del Sinai la magestuosa cumbre,
Conducen á Jesus ante Pilatos,
Quien le remite á Herodes.

Herodes le interroga,
Y le manda vestir túnica blanca,
Una caña por cetro dá á su mano,
Y doblando por mofa una rodilla

«¡Dios te salve, le dice,
«Rey del pueblo judío!
«¿Por qué no haces milagros aquí ahora?
«Muestra tu poderío,
«Ese templo destruye
«Y con milagros á tu rey arguye.»

Ya de Pilatos vuelve á la presencia
El Supremo Hacedor del universo
Y le manda azotar; y aunque conoce
Que es inocente de delito y culpa,
Lavándose las manos,
A muerte le sentencia despiadado,
¡Muerte de cruz, ignominiosa, horrible,
Ante la cual el cuerpo se estremece,
La sangre no circula,
El alma desfallece.....!

«Ved aquí al hombre» diceles Pilatos
Presentándolo al pueblo en sus balcones,
Coronada de espinas la cabeza,
Desnudo y azotado,
Bañado en sangre su divino cuerpo,
Cárdeno el rostro, sin aliento el alma:

«¡Ved aquí al hombre!» mas la turba impía,
«¡Crucifícale! grita, ¡crucifícale!
«¡Caiga su sangre, caiga gota á gota
«Sobre nuestra cabeza y nuestros hijos!
«¡Que muera quien al pueblo
«Con sus falsas doctrinas alborota!»

CAPITULO XXI.

MUERTE DE JESUS.

¡Ardiendo el sol sobre el cielo tristísimo de
la Palestina, derrama torrentes de fuego de su a-
brasado disco!

¡Despiden las piedras y la tierra un vapor
plomizo, muy semejante al que despide el cráter
combustente de un volcan en erupcion!

¡El viento del Líbano y las brisas del Tor-
rente huyeron: ni una hoja se mueve, ni una ave-
cilla canta en los bosques de la ciudad maldita!

Solo se oye, de cuando en cuando, el lúgubre
sumbido que causa el pesado volar del águila, que
ruza lentamente el horizonte en busca de una ro-
ca ó el agudo silbar de la jaspeada serpiente, que
desenrollándose levanta su redonda y achatada
cabeza, dejando ver su afilada y venenosa lengua.

¡Triste está Jerusalem! mas triste que un lu-
gar de tumbas; mucho mas triste que el gemido
de una madre, á quien arrebatan un hijo de sus
brazos!

De la casa de Pilatos, como bandada de bui-
tres sobre su presa, sale una multitud de judíos,
llevando en el centro á Jesus, con la cabeza hecha
mil pedazos por las agudas puntas de una espino-

Herodes le interroga,
Y le manda vestir túnica blanca,
Una caña por cetro dá á su mano,
Y doblando por mofa una rodilla

«¡Dios te salve, le dice,
«Rey del pueblo judío!»

«¿Por qué no haces milagros aquí ahora?

«Muestra tu poderío,

«Ese templo destruye

«Y con milagros á tu rey arguye.»

Ya de Pilatos vuelve á la presencia

El Supremo Hacedor del universo

Y le manda azotar; y aunque conoce

Que es inocente de delito y culpa,

Lavándose las manos,

A muerte le sentencia despiadado,

¡Muerte de cruz, ignominiosa, horrible,

Ante la cual el cuerpo se estremece,

La sangre no circula,

El alma desfallece.....!

«Ved aquí al hombre» diceles Pilatos

Presentándolo al pueblo en sus balcones,

Coronada de espinas la cabeza,

Desnudo y azotado,

Bañado en sangre su divino cuerpo,

Cárdeno el rostro, sin aliento el alma:

«¡Ved aquí al hombre!» mas la turba impía,

«¡Crucifícale! grita, ¡crucifícale!»

«¡Caiga su sangre, caiga gota á gota

«Sobre nuestra cabeza y nuestros hijos!

«¡Que muera quien al pueblo

«Con sus falsas doctrinas alborota!»

CAPITULO XXI.

MUERTE DE JESUS.

¡Ardiendo el sol sobre el cielo tristísimo de
la Palestina, derrama torrentes de fuego de su a-
brasado disco!

¡Despiden las piedras y la tierra un vapor
plomizo, muy semejante al que despide el cráter
combustente de un volcan en erupcion!

¡El viento del Líbano y las brisas del Tor-
rente huyeron: ni una hoja se mueve, ni una ave-
cilla canta en los bosques de la ciudad maldita!

Solo se oye, de cuando en cuando, el lúgubre
sumbido que causa el pesado volar del águila, que
ruza lentamente el horizonte en busca de una ro-
ca ó el agudo silbar de la jaspeada serpiente, que
desenrollándose levanta su redonda y achatada
cabeza, dejando ver su afilada y venenosa lengua.

¡Triste está Jerusalem! mas triste que un lu-
gar de tumbas; mucho mas triste que el gemido
de una madre, á quien arrebatan un hijo de sus
brazos!

De la casa de Pilatos, como bandada de bui-
tres sobre su presa, sale una multitud de judíos,
llevando en el centro á Jesus, con la cabeza hecha
mil pedazos por las agudas puntas de una espino-

sa corona, la pesada cruz sobre el hombro y una nudosa soga al cuello.

Jesus, no es ya el bellissimo Niño á quien los zagales adoraron en la humilde gruta de Belen: no es el precioso Niño á quien los Doctores escucharon embelesados bajo las altas bóvedas del Templo de Salomon: ni tampoco es el que habia logrado poco ántes conmovier el corazon de la Magdalena.

Su cuerpo en que se ven los ángeles, está despedazado; su carne hecha girones y su rostro amoratado; sus ojos garzos y dulces, hundidos en las órbitas parecen haber perdido su luz; las fuerzas le abandonan á cada momento.

Tres veces cae con la cruz sobre la dura tierra, y otras tantas le levantan con furia los sallones que le cercan.

Su amargura es grande, muy grande; pero aun lo es mas cuando ve que su Santísima Madre viene á encontrarle con los ojos anegados en lágrimas y el pecho rasgado por agudísimos dolores.

A su sola vista se siente desfallecer. La ve pálida, convulsa y temblando como la hoja del árbol azotada por el viento; y gruesas gotas de sudor corren por su cárdena mejilla: oye sus débiles gemidos, y el corazon se le parte en pedazos. Pero no le es dado mitigar el dolor de su desventurada Madre; porque ella tan inocente y tan pura, está destinada por los decretos del Altísimo á presenciár el sacrificio expiatorio de su Hijo Santísimo y á regar con sus lágrimas virginales el árbol santo de la cruz.

Al acercarse á la puerta Judiciaria, los ayes

que se arrancan del pecho de algunas mujeres piadosas que le siguen, le hacen volver el rostro: «¡Hijas de Jerusalem, les dice, no lloreis por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos!»

Hacia el Occidente se eleva un árido monte, donde ni las ortigas crecen, ni las aves cantan: el monte de las Calaveras, llamado así por ajusticiarse en él á todos los delincuentes.

Jesus llega hasta su enlutecida cumbre, donde, despues de aplicar á sus divinos lábios hiel y vinagre, le desnudan y le clavan en la cruz.

El mas afilado puñal no habria ocasionado dolor mas agudo en el corazon sin mancha de María que los golpes del martillo: ¡No murió entonces la Santísima Virgen porque el Eterno Padre la sostenia, mientras la sujetaba á tan terrible prueba!

Levantán la cruz y la colocan en lo mas alto del monte como trofeo de victoria.

Gestas y Dimas se hallan crucificados tambien al lado de Jesus, ladrones ambos, ambos criminales.

Gestas le injuria, y Dimas que le oye le reprehende diciendo: «No injuries al Justo que no ha merecido la muerte, digna solo de tí y de mí.»

Sobre la dura roca, casi muerta de dolor se halla María, muy cercana á la cruz.

Juan y Magdalena le contemplan llorando.

Siete veces se abren los lábios de Jesus: ora, perdona y decreta su última voluntad en favor de la miserable humanidad. Perdona á Dimas, ofreciéndole el paraíso, y nos dá por madre á María.

¡Qué cambio tan triste para María! ¡Sustituir al Señor con el esclavo, al Rey con el vasallo, á un Dios con un hombre, al Hijo amado con el discípulo.....!

El reloj de los tiempos marca tres campanadas que resuenan lúgubres y terribles en el corazón de la Madre. ¡Jesus espira.....!

El velo del Templo se rasga, sacudido en sus cimientos por un espantoso terremoto: las peñas se dan unas con otras, arrojadas fuera de sus sitios: los muertos abandonan sus tumbas, apareciendo sobre la tierra: la atmósfera se condensa, hasta ocultarse el sol y la luna, con una capa enrojecida plomiza.

Nadie puede tenerse en pié. Las aguas del Torrente agitadas por el terremoto parecen prontas á fugarse de su cauce: las palmeras y los cedros casi tocan al suelo con su ruidosa copa; y muchos de los que se hallan en el monte confiesan la divinidad de Jesucristo.

Pero ya cesa el terremoto; todo vuleve á su estado natural.

El sol rompe las tinieblas que le cubren y vuelve á brillar, pero triste y opaco, cual si el trastorno de la naturaleza le hubiera arrebatado la mitad de su brillo.

Un soldado se acerca á Jesus; y para satisfacer al pueblo de su muerte, le rasga el costado izquierdo con una lanzada que le dá.

Agua y sangre manan en abundancia de aquella herida de amor.

¡Copiosa lluvia de bendiciones; fuente fecunda en bienes para la miserable humanidad!

Poco á poco vá retirándose del Calvario la multitud farisaica.

El monte queda desierto, por decirlo así, y sumido en un profundo silencio, silencio que solo es interrumpido por los sollosos y suspiros de la atribulada Virgen, que acompañada de S. Juan y de Magdalena, permanece sobre las rocas calcinadas, al pié de la cruz, donde el Libertador del mundo derrama aun el inestimable tesoro de su bendita sangre.

¡Tres horas pasan lentas y terribles para la Virgen mártir del Calvario!

Ve á su Hijo pendiente en lo alto de la cruz, sin tener licencia para bajarle; pero aunque la tuviera, ¿quién podría desclavarle, careciendo como carecia, de escala, tenazas para sacar los clavos, y otros instrumentos que le eran tan necesarios?

¿A quién volverá sus ojos la paloma solitaria del desierto, si ya ha perdido al amante de su corazón?

Sus ojos se vuelven á menudo hácia la ciudad impía en busca de alguno que piadoso pueda socorrerla en tan terrible angustia.

Las sombras de la noche comienzan á dibujarse sobre los montes.

Pronto será de noche, y se verá precisada á permanecer en aquel sitio, regado con sus lágrimas y enrojecido con la sangre de su inocente Hijo.

¡La acerada punta de la espada de Simeon,

no le fue nunca tan terrible como en esas amargas horas de pobreza, soledad y angustia!

José de Arimatea y Nicodemo, jueces ambos del Sanedrín y, secretamente, discípulos de Jesús, inspirados por el Altísimo, llegaron a la presencia de Pilato, para pedirle el cuerpo divino de su Maestro.

Pilato accedió a su petición y Nicodemo comprando cien libras de mirra y acibar, y proveyéndose además de lienzos y sábanas, se dirigió al monte acompañado de José.

Erán las seis de la tarde cuando bajaron al Señor de la cruz.

María Santísima le recibió en sus brazos, ¡qué comprensión tan dolorosa hizo entonces entre su pasado y su presente! ¡Cuántos años había estado por primera vez a su amoroso seno, en el establo de Belén!

De allí a entonces, ¡cuántas veces, había acariciado su divina cabeza! ¡Cuántas horas le había arrullado en su puro regazo, y qué de ocasiones había impreso sus labios, nacidos como la flor del terebinto, en su tersa frente!

Ahora le tenía en sus brazos, ¡pero como y en qué estado?

Su cuerpo se hallaba hecho mil pedazos, casi no se atrevía a tocarle temerosa de causarle dolor, porque la inmensidad de su amargura y de su amor le representaba á su imaginación capaz de sentir.

Nicodemo embalsamó el cuerpo de Jesús con la mirra y el acibar que había llevado; le cubrió de lienzos aromatizados con aquel precioso bálsamo, y le envolvió en unas blancas sábanas de lino.

José, que era poseedor de un sepulcro nuevo, construido en el centro de un huerto, ayudado de Nicodemo, le sepultó, colocando después una losa sobre el sepulcro que guardaba tan divinos restos.

Ya era de noche cuando María descendió del monte con el corazón traspasado de dolor.

Al llegar á la ciudad, encontró una guardia pretoriana que salía con dirección al Calvario.

Era la que el pueblo judío mandaba para velar el Santo Sepulcro, temeroso de que los Apóstoles robasen el cuerpo de su Maestro, haciéndoles creer despues que había resucitado, como Jesucristo lo tenía anunciado.

SÚPLICA

¡Oh, mi Jesús dulcísimo! de qué manera podré compensar tus sacrificios y tu muerte? ¡De qué manera retribuiré esa sangre preciosa derramada tantas veces y tantas veces pisoteada por mis culpas? ¡Cómo corresponderé á la inmensidad de un amor que te hizo humillarte hasta espirar como un criminal entre dos ladrones? ¡Oh, Jesús mío! mucho haz sufrido y muy mal he pagado tus finezas. Si contemplo tu sagrada cabeza, la veo coronada de espinas, traspasada por mil puntas

agudísimas: si atiendo á tus pies, manos y costado, los hallo manando sangre: si miro tu rostro, le miro desfigurado á fuerza de golpes y bofetadas: y todo tu cuerpo aparece à mi vista hecho una sola llaga. ¿Qué he hecho yo para merecer que sacrificases tu inocente vida por mí? Nada, Dios mio, nada mas que ofenderte; mas ya desde ahora me tienes á tus plantas, heridas por mi amor: quiero bañarlas con mis lágrimas, y como Magdalena, no separarme de ellas, hasta alcanzar el perdón de mis iniquidades. Amén.



CANTO XLIV.

LA RESURRECCION.

Su lecho de oro dejando el alba,
Del horizonte tras el confin,
Su faz asoma risueña y pura:
Le hacen las aves alegre salva,
Y corte le hacen á su hermosura
Las nubecillas de oro y carmin.

De su diadema brillante y bella
Rueda cuajado blanco cristal,
Brillantes puros en que se mira
De la mañana la blanca estrella,
La linda Espiga, la hermosa Lira
Que allá á lo lejos se ve brillar.

El velo oscuro de la alta noche,
Gasa flotante, negro crespon,
Cae á sus plantas, y poco á poco
Abren las flores su casto broche;
Y en los palmares de dulce coco
De parda niebla se ve un jiron.

La negra tumba Jesus dejando,
En una aureola de blanca luz,

Del antro oscuro sutil se aleja,
 Cual un suspiro, suspiro blando;
 Tras sí un perfume celeste deja,
 Ve hacia el Calvario do está la cruz.

Bajo las ramas del té y canelo
 La guardia toda dormida está:
 Y mil querubés sobre la roca,
 Flotar dejando su blanco velo,
 Ponen un dedo sobre la boca,
 Dulce silencio para indicar.

Mas que mil soles, resplandeciente
 Sobre la loza, Jesus se ve;
 Sus ojos brillan con luz preciosa,
 Rayos despide su tersa frente,
 Su vestidura blanca ondulosa
 Plateada brilla sobre su pié.

Mas casi al punto desaparece
 Sin que allí quede luz ni fulgor:
 Se sienta un ángel sobre la tumba;
 Vacila el orbe, y se estremece,
 En sus entrañas la tierra zumba,
 Y huye la guardia con gran pavor.

CAPITULO XXII.

DESPUES DE LLORAR.

¡Dora el sol las cimeras de los montes con
 los primeros reflejos que despide de su diamanti-
 na corona!

El gorjeo de las aves comunica alegría al huér-
 to donde estuvo sepultado el Hijo de María.

Una mujer, hermosa sobremanera; pero páli-
 da como el nardo, se halla sentada á corta distan-
 cia del sepulcro.

De sus ojos grandes, azules y bellos como el
 cielo de la Palestina, corren abundantes lágrimas,
 que van á perderse entre los ondulantes rizos que
 ruedan sobre su alabastrino cuello.

Suspiros mil se escapan de su pecho para
 perderse en la inmensidad.

¡Qué hace allí? Alma enamorada y tierna
 espera encontrar á su Amado; pero su Amado no
 parece.

¡Oh! exclama, ¿dónde podré encontrarte á
 «Tí, centro de todas mis delicias? ¿Cuándo me se-
 rá dado volver á mirar tu divino semblante?»

«Enemigos terribles te han arrebatado de
 «mis ojos, sin ver que eras tú, la luz de su pupila!

Del antro oscuro sutil se aleja,
 Cual un suspiro, suspiro blando;
 Tras sí un perfume celeste deja,
 Ve hacia el Calvario do está la cruz.

Bajo las ramas del té y canelo
 La guardia toda dormida está:
 Y mil querubés sobre la roca,
 Flotar dejando su blanco velo,
 Ponen un dedo sobre la boca,
 Dulce silencio para indicar.

Mas que mil soles, resplandeciente
 Sobre la loza, Jesus se ve;
 Sus ojos brillan con luz preciosa,
 Rayos despide su tersa frente,
 Su vestidura blanca ondulosa
 Plateada brilla sobre su pié.

Mas casi al punto desaparece
 Sin que allí quede luz ni fulgor:
 Se sienta un ángel sobre la tumba;
 Vacila el orbe, y se estremece,
 En sus entrañas la tierra zumba,
 Y huye la guardia con gran pavor.

CAPITULO XXII.

DESPUES DE LLORAR.

¡Dora el sol las cimeras de los montes con
 los primeros reflejos que despide de su diamanti-
 na corona!

El gorjeo de las aves comunica alegría al huér-
 to donde estuvo sepultado el Hijo de María.

Una mujer, hermosa sobremanera; pero páli-
 da como el nardo, se halla sentada á corta distan-
 cia del sepulcro.

De sus ojos grandes, azules y bellos como el
 cielo de la Palestina, corren abundantes lágrimas,
 que van á perderse entre los ondulantes rizos que
 ruedan sobre su alabastrino cuello.

Suspiros mil se escapan de su pecho para
 perderse en la inmensidad.

¡Qué hace allí? Alma enamorada y tierna
 espera encontrar á su Amado; pero su Amado no
 parece.

¡Oh! exclama, ¿dónde podré encontrarte á
 «Tí, centro de todas mis delicias? ¿Cuándo me se-
 rá dado volver á mirar tu divino semblante?»

«Enemigos terribles te han arrebatado de
 «mis ojos, sin ver que eras tú, la luz de su pupila»

«Mi corazón es hoy un desierto árido donde
«solo hay lágrimas y suspiros.

«No me apartaré de este sitio hasta encon-
«trar tus huellas!

«El astro de la noche me hallará llorando
«como me encuentra el día! mas mi afligido espí-
«ritu no descansará hasta encontrarte!

«El sol no tiene el fulgor de tus ojos, ni las
«magnolias el perfume de tu aliento, ni el almíbar
«la dulzura de tu voz.

«Todo cuanto me cerca es triste: todo cuanto
«me rodea tiene el sello de la muerte!

«El murmurio del Torrente resuena en mi al-
«ma como un gemido lúgubre y continuado.

«El ruido de la ciudad me cansa sin tu amor
«que es mi felicidad; por eso vengo à sentarme
«bajo estas solitarias palmeras, desde donde do-
«mino el sitio en que te dejé.

«Aromas exquisitos he traído para ungirte
«como te ungi en la casa de Simon Fariseo.

«Pero, ¡ay! en vano han sido mis afanes!

«Como las tórtolas, à quienes el halcon arre-
«bata al objeto de sus ansias, gemirá mi alma ena-
«morada hasta que vuelva à unirse à su Amado.

«Porque mas lágrimas tienen mis ojos que
«rocío las nubes!»

La preciosa cabeza de la enamorada mujer,
que lloraba y dejaba salir de su alma tan sentidos
lamentos, volvióse hácia atras como arrastrada
por una fuerza superior.

Un hombre se hallaba parado cerca de ella,
hacia gran rato.

«—¿Por qué lloras mujer? le preguntó con dul-
«ce voz.

«—Lloro porque el cuerpo de Jesus ha sido
robado de ese sepulcro; lloro porque no le encuen-
tro, porque mis ojos le buscan en vano; pero vos
sois el hortelano de este huerto, decidme donde
se halla, decidme donde le habeis puesto; si no
quereis que muera de pena en este apartado lugar.

«—¡María!! exclamó el desconocido fijando en
ella sus grandes y divinos ojos.

Magdalena, pues era ella, al poder de aque-
lla palabra cayó de rodillas à los pies de Jesus; les
bañó con sus lágrimas: le manifestó con sus pa-
labras todo el amor de su alma, y trató de tocar
con su mano las orlas de su blanco manto.

Pero Jesus levantando una mano hácia ella,
le dijo:

«—No me toques, María; conozco la inmensi-
dad de tu amor, y he leído en tu alma, mejor que
tù misma los sufrimientos de ella. Levántate; ya
es hora de que mis Apóstoles, sepan que he resu-
citado segun las escrituras. Dí à Pedro que me
has visto y que pronto estaré sentado à la dere-
cha de mi Padre.

Al terminar estas palabras desapareció el
Señor.

Magdalena sin perder un momento fué en bus-
ca de los Apóstoles; pero éstos dudaban de la ve-
racidad de sus palabras, y la trataban de visio-
naria.

Magdalena volvió al sepulcro, y encontró cer-
ca de él, à María Salomé, Juana y otras piadosas

mujeres, que habian tenido la dicha de ver tambien al Señor.

Segunda vez se presentó con ellas á los Apóstoles para dar testimonio de su veracidad; pero aunque Pedro creyó, los demas se negaron á creer.

En esta alternativa propuso Pedro á los demas Apóstoles ir á Galilea, donde el Señor habia prometido encontrarles despues de su resurreccion.

Llegada la noche se dispersaron por temor á los judíos, y se dirigieron á Galilea por distintos senderos.

SUPLICA

¡Oh Jesus miot cuán grandes é innumerables son los beneficios que dispensas á las almas que verdaderamente te aman, y lo dejan todo para ir en pos de Ti! Quisiera, Señor, amarte como te amó Magdalena, y buscarte con la fé con que te buscaron las Marías, para merecer como ellas, la gracia de mirar tu semblante y de bañar con mis lágrimas tus sagrados pies. Enciende, Señor y Dios mio, mi corazon; tú sabes que deseo amarte como eres digno de ser amado: apártale del amor al mundo para que solo viva en Ti, centro de toda perfeccion. Amén.

CAPITULO XXIII.

LA ASCENCION.

Maria Virgen, la misteriosa flor de Nazareth, fué la primer persona á quien Jesucristo se apareció despues de su resurreccion, que fué el domingo. Los Apóstoles le vieron varias veces durante cuarenta dias que permaneci6 sobre la tierra, despues de ella; pero su amantísima Madre no dejó de verle un solo dia.

Y era natural, porque sabemos que Jesucristo recompensa de una manera espléndida los sufrimientos de los que le aman.

¡Y quién le amó nunca, ni le amará, como le amó María, que no solo le vió y le oyó como los Apóstoles sino que tuvo la incomparable dicha de ser su Madre, de alimentarlo con su sangre purísima, de llevarlo en su seno y en sus brazos, de guiar su infancia, de seguirlo mas tarde hasta la cumbre del Calvario y de fecundizar con sus inocentes lágrimas el árbol augusto de la Redencion?

¡Sus dolores y su amor fueron inmensos; inmensos debian ser sus regocijos!

No podia el Señor presentarse á los otros dejando á su santísima Madre en el olvido, devoran-

mujeres, que habian tenido la dicha de ver tambien al Señor.

Segunda vez se presentó con ellas á los Apóstoles para dar testimonio de su veracidad; pero aunque Pedro creyó, los demas se negaron á creer.

En esta alternativa propuso Pedro á los demas Apóstoles ir á Galilea, donde el Señor habia prometido encontrarles despues de su resurreccion.

Llegada la noche se dispersaron por temor á los judíos, y se dirigieron á Galilea por distintos senderos.

SUPLICA

¡Oh Jesus miot cuán grandes é innumerables son los beneficios que dispensas á las almas que verdaderamente te aman, y lo dejan todo para ir en pos de Ti! Quisiera, Señor, amarte como te amó Magdalena, y buscarte con la fé con que te buscaron las Marías, para merecer como ellas, la gracia de mirar tu semblante y de bañar con mis lágrimas tus sagrados pies. Enciende, Señor y Dios mio, mi corazon; tú sabes que deseo amarte como eres digno de ser amado: apártale del amor al mundo para que solo viva en Ti, centro de toda perfeccion. Amén.

CAPITULO XXIII.

LA ASCENCION.

Maria Virgen, la misteriosa flor de Nazareth, fué la primer persona á quien Jesucristo se apareció despues de su resurreccion, que fué el domingo. Los Apóstoles le vieron varias veces durante cuarenta dias que permaneci6 sobre la tierra, despues de ella; pero su amantísima Madre no dejó de verle un solo dia.

Y era natural, porque sabemos que Jesucristo recompensa de una manera espléndida los sufrimientos de los que le aman.

¡Y quién le amó nunca, ni le amará, como le amó María, que no solo le vió y le oyó como los Apóstoles sino que tuvo la incomparable dicha de ser su Madre, de alimentarlo con su sangre purísima, de llevarlo en su seno y en sus brazos, de guiar su infancia, de seguirlo mas tarde hasta la cumbre del Calvario y de fecundizar con sus inocentes lágrimas el árbol augusto de la Redencion?

¡Sus dolores y su amor fueron inmensos; inmensos debian ser sus regocijos!

No podia el Señor presentarse á los otros dejando á su santísima Madre en el olvido, devoran-

do sus lágrimas que habían sido tantas y tan amargas en aquellos tres días de soledad.

A María la visitaba frecuentemente para consolarla; á los Apóstoles para instruirlos y fortalecerlos en la fé.

En una de estas entrevistas dió á Pedro la potestad de perdonar los pecados y de bautizar.

Así como un rico negociante cuando tiene que emprender un largo viaje ó se separa de sus negocios por algun otro accidente, nombra un administrador y le dá facultad sobre todo aquello de que le hace entrega; Jesucristo nombró á Pedro cabeza visible del colegio apostólico; le instruyó, le iluminó, por decirlo así, con su propia luz. De pescador que era lo elevó á la supremasía de la Iglesia, de tal manera, que ningun ser humano podía pertenecer á ella, sin estar bajo la potestad de su dominio.

A la mitad del cielo se encontraba la abri-llantada órbita del sol, cuando Jesus salió del Cenáculo acompañado de su santa Madre, de los Apóstoles y discípulos, que en número de ciento veinte le seguían.

Era juéves: la naturaleza entera sonreía; gran número de barcos rasgaba las ondas del mar de Tiberiades; el Cedron se deslizaba tranquilo sobre su cauce, en que brillaban al reflejo del sol, metalizadas arenillas; las gaviotas y las garzas revoloteaban en las playas conchíferas del mar de Mármara; gallardos tulipanes, movidos por el viento, besaban el perfumado cáliz de las blancas azu-

enas; las verdes higueras del Olivete se mecían suavemente, y en lo espeso de su ramaje, mil aves de variado plumaje trinaban y sacudían sus sedosas alillas; doradas y blancas mariposas formaban aquí y allí volantes y remolinos, jugueteando unas tras otras; y el cielo diáfano y sereno, ostentaba en su cóncavo cortinaje, uno que otro nimbo plateado y vaporoso.

Al sonar la hora de doce, Jesus, extendiendo sus manos mas blancas que la nieve, bendijo á todos los que le habían seguido hasta allí, en tanto que una bellissima nube de oro y grana, sirviendo de trono á millares de ángeles, se colocó á sus plantas y le fué alejando poco á poco de la tierra.

Ondeaba su túnica blanca, y de sus ojos se derramaban efluvios de luz; la cabellera cayendo megestuosa sobre la espalda, brillaba como el oro, y un resplandor de fuego le circundaba.

Absortos se arrodillaron todos con la vista elevada al cielo, los brazos levantados en actitud de admirar, y los labios asombrados entreabiertos.

La nube iba tomando crecimiento en proporción á la distancia en que se hallaba, y ocultando el resplandeciente cuerpo de Jesus, hasta que lo envolvió del todo en su nacarado crespon.

Largo rato hacia que había desaparecido, y la multitud aun permanecía en el mismo sitio, como esperando volver á verle.

Indudablemente les habría encontrado la noche en aquel éxtasis de arrobamiento, si un ángel descendiendo hácia ellos, no les hubiera ordenado que se volviesen á Jerusalem!

Bajaron todos unidos la pendiente del cerro, seguidos de la Virgen, Magdalena y las otras Marías.

Entraron al Cenáculo, donde permanecieron largo rato en oración.

En el rostro de cada uno se pintaba el gozo mas puro por la gloria del Señor.

La vida de Jesucristo habia terminado; de su sagrada historia, quedaba alli Maria.

María, que en lo de adelante seria la consultora del apostolado; la lumbrera mas fuerte de la naciente Iglesia; la fortaleza de los mártires del cristianismo; la madre, en fin, de todo el género humano.

SÚPLICA

Poderosa Reina del cielo y de la tierra, Madre y Señora mia, en yo santo nombre tantas veces he invocado, y ante cuya grandeza tantas veces me he avergonzado. Aquí me tienes a tus plantas, como el sediento en busca de la fuente que ha de mitigar su sed. Causa fueron mis culpas de que mi Jesus muriere y de que tus ojos derramaran tantas lágrimas. Demasiado sé que soy una infeliz indigna de darte el nombre de Madre; pero tu corazón es todo ternura y misericordia; en él espero: las flores del desierto necesitan del rocío para vivir, yo necesito de tu gracia para que mi alma no muera, y pueda algún dia adorar en el cielo la grandeza y magestad de mi Dios como tú la adoraste en su gloriosa Ascension. Amén.

CANTO XLV.

DESTRUCCION DE JERUSALEN.

Fuerte con su armadura y sus broqueles,
Sus despóticas leyes y su sólio,
Competir quiere la ciudad deicida
Con la Roma del alto Capitolio.
Se sueña libre, poderosa y grande;
Reina quiere vivir, no tributaria,
Y maquina en silencio, de venganza,
Hacer arder la roja luminaria.

Germina la ambicion en su cerebro;
Se cree dominadora en un segundo;
Cual creyó Napoleon en otro dia
Ser el dominador de todo el mundo.

A sus plantas contempla el Palatino,
Ve al Quirinal sirviéndole de muro;
Y sultana se ve sobre la Roma,
Roma que se hunde en el olvido oscuro.

Y tantas ilusiones y tan grandes
La hacen soberbia preparar metralas,

Cotas, corazas, lanzas y broqueles,
Y fosos, y trincheras, y murallas.

Mas suena sin cesar sobre sus muros
Una amenaza horrible, aterradora,
Fatídicas palabras que se escuchan
Por toda la ciudad, y à toda hora:

«Desgraciada ciudad de los Herodes,
«Jerusalen Jerusalen deicida!
«Desgraciados tus hijos! ¡desgraciados,
«El festin de los buitres te convida!

«Ya resuenà en los montes de Judea
«El toque funeral de tu agonía;
«Ya alumbran los blandones tu cadáver...
«¡Ay! ¡ay de tí, Jerusalen impía!

«No ha de quedar de tu soberbio Templo
«Ni cimientos, ni piedra sobre piedra:
«Sobre ruinas y escombros espantosos
«Triste sus hojas tenderà la yedra.

«En tus ricos palacios de granito
«Se arrastrará la víbora que mata;
«Las palomas huirán de tus jardines...
«¡Ay! ¡ay de tí, Jerusalen ingrata!

«El extranjero que tu polvo pise
«Solo hallará desolacion y ruinas:
«Estériles serán tus sementeras,
«Lóbregas y desiertas tus colinas!

«¡Ay de Capheta y de tu Torre Antonia!
«No le valdrán sus fuertes ni su altura:
«¡Ay de tu Sanedrin y de tus Jueces!.....
«¡Ay! ¡ay de tí, Jerusalen impura!

«En sangre rojo se verá el Torrente,
«Y bramarán sus espumosas ondas,
«Y entre densas columnas de humo y fuego
«Envueltas se veràn tus nubes blondas.

«El aguijon del hambre te hará trizas;
«Se oirá en tus puertas espantosa grita;
«Lágrimas de dolor han de regarte....
«¡Ay! ¡ay de tí Jerusalen maldita!"

II

Hácia el Norte, perdida entre la bruma,
Espesa polvareda se levanta:
El poderoso ejército de Tito
A la ciudad deicida se adelanta.

Brillan los cascos de bruñido acero,
Los equipos de guerra no se cuentan;
Los bélicos romanos en su pecho
Sed de venganza y de esterminio alientan.

Tito al mirar los muros y torreones
De la ciudad por el Señor maldita,
Volviéndose à sus huestes numerosas,
Terrible y esforzado así les grita:

«Ahí teneis, romanos, à la esclava

«Que á su señor desconocer pretende;
 «A la bella ciudad de los Herodes,
 «Ramera vil que al deshonor se vende.»

«Ahí teneis á la que arroja el guante
 «A la temible y poderosa Roma:
 ¡Trizas hac-dla! ni cenizas queden!...»

«¡Nuestra muerte, soldados, ó su toma!
 «Lucio Nercn sabrá recompensaros
 «La humillacion de la rebelde esclava,
 «¡Porque manchas como ésta, en las coronas,
 «Solo la sangre del rebelde lava!»

Enardecidos oyen sus palabras,
 Como buitres se arrojan á su presa;
 Alzan fosos, murallas y trincheras;
 ¡Un sitio de hambre en la ciudad empieza!

Los romanos asaltan esforzados,
 Se oye de guerra el alarido horrendo:
 Degüellan niños, hombres y mujeres,
 Y el Templo se desploma con estruendo.

Columnas de humo y fuego se levantan,
 En horno convirtiendo el horizonte,
 ¡Todo ha concluido! de la Torre Antonia
 No quedan ni cimientos sobre el monte!

Es la mano de Dios; maldita estabas,
 ¡Jerusalen, Jerusalen impía!

Con la sangre del justo te manchaste,
 Aciago ha sido para tí este dia.

Un anatema llevas en la frente
 Escrito con la sangre del Ungido,
 Que á borrarle no bastan, si se juntan,
 Los siglos que serán, y los que han sido.

En vano intentarás sobre tus sienes
 Colocar de los reyes la diadema;
 Siempre inclinada te verás; sí, siempre,
 Al peso abrumador del anatema.

La maldicion, la maldicion del cielo
 Resuena en tus montañas todavía:
 ¡Cumplido está lo que Jesus predijo....!
 ¡Llora ingrata ciudad, ciudad impía!

Con las manos y faz ensangrentadas,
 La púrpura del manto hecha pedazos,
 La caridad impleras del viajero
 Que viene á tus escombros y ribazos.

Llora, infeliz mendiga; llora, llora.....
 Camina á tu destino paso á paso:
 ¡Tus grandezas de un tiempo se eclipsaron!
 ¡De tus pompas el sol llegó á su ocaso!

FIN.

INDICE.

Juicio del Sr. Canónigo D. Florencio N. Parga,	75.
Licencia,	76.
Dedicatoria,	77.
Prólogo,	79.
CAPITULOS.	
Introduccion. Justicia y Clemencia,	111.
I. ¡María!	20.
II. "La paz sea contigo"	21.
III. La Circuncision,	46.
IV. La Purificacion,	57.
V. El pan del desterrado,	71.
VI. La muerte del Justo	84.
VII. Ingratitud de los Nazareos,	99.
VIII. "He allí el Cordero de Dios"	107.
IX. Jesus va por primera vez a Jerusalem,	115.
X. Las Bienaventuranzas,	126.
XI. Fé de Jairo,	136.
XII. Jesucristo se compadece de la viuda de Nain,	150.
XIII. Peticion de las Marias,	170.
XIV. Multiplicacion de los cinco panes,	182.
XV. La palabra de Dios,	204.
XVI. La Transfiguracion,	211.
XVII. La Oracion,	232.
XVIII. Resurreccion de Lázaro,	244.
XIX. La última cena,	256.
XX. Beso de Judas,	262.
XXI. Muerte de Jesus,	269.
XXII. Despues de llorar,	278.
XXIII. La Ascencion,	282.

CANTOS.

I. Zacarías,	17.
II. La Encarnacion,	26.
III. Nacimiento del Mesías,	40.
IV. Los Magos,	50.
V. Los primeros mártires del Cristianismo,	62.
VI. Muerte de Herodes,	68.
VII. El Niño de Nazareth,	79.
VIII. En el Jordan,	89.
IX. La tentacion,	94.
X. Cafarnaun,	104.
XI. Las Bodas de Caná,	113.
XII. La Samaritana,	120.
XIII. La barca,	133.
XIV. Prision del Bautista,	143.
XV. En la Piscina,	147.
XVI. La Magdalena,	156.
XVII. Salomé,	176.
Parábolas (8 cantos),	192—203.
XXVI. La Cananea,	208.
Parábolas (8 cantos),	218—231.
Parábolas (6 cantos),	236—243.
XLI. Domingo de Ramos,	252.
XLII. La Oracion d l Huerto,	259.
XLIII. Los tribunales,	266.
XLIV. La Resurreccion,	276.
XLV. Destruccion de Jerusalem,	287.

FE DE ERRATAS.

<i>Dice.</i>		<i>Léase.</i>
Precursos	pág. 18, cuarteto 1.º verso 3.º	Precursor
de	24, línea 18,	te
bendedida	27, octava 2.ª verso 6.º	benedicida
Roma	60, línea 19,	Ramá
Tarixeos	90, cuarteto 3.º verso 3.º	Fariseos
darante	175, Súplica, línea 2.ª	durante
Flotar en alto	179, cuarteto 1.º verso 4.º	Flotar en lo alto
aves	209, octava 1.ª verso 1.º	rosas
didicado	232, línea 15,	dedicado
peder	260, cuarteto 6.º verso 2.º	poder

JUANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DEPARTAMENTO GENERAL DE BIBLIOTECAS



